

# El príncipe

## NICCOLÒ MACHIAVELLI

### EL PRÍNCIPE

POR

NICOLÁS MAQUIAVELO

SECRETARIO Y CIUDADANO DE FLORENCIA

---

ESPASA - CALPE, S. A.

*Al magnifico Lorenzo de Médicis*

*Los que quieren lograr la gracia de un príncipe tienen la costumbre de presentarle las cosas que se reputan como que le son más agradables, o en cuya posesión se sabe que él se complace más. Le ofrecen en su consecuencia: los unos, caballos; los otros, armas; cuáles, telas de oro; varios, piedras preciosas u otros objetos igualmente dignos de su grandeza.*

*Queriendo presentar yo mismo a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda que pudiera probarle todo mi rendimiento para con ella, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más querida, y de que haga yo más caso, que mi conocimiento de la conducta de los mayores estadistas que han existido. No he podido adquirir este conocimiento más que con una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y por medio de una continuada lectura de las antiguas historias. Después de haber examinado por mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditándolas con la más seria atención, he encerrado el resultado de esta penosa y profunda tarea en un reducido volumen; y el cual remito a Vuestra Magnificencia.*

*Aunque esta obra me parece indigna de Vuestra Grandeza, tengo, sin embargo, la confianza de que vuestra bondad le proporcionará la honra de una favorable acogida, si os dignáis considerar que no me era posible haceros un presente más precioso que el de un libro, con el que podréis comprender en pocas horas lo que yo no he conocido ni comprendido más que en muchos años, con suma fatiga y grandísimos peligros.*

*No he llenado esta obra de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentación de ciencia, ni adornándola con frases pomposas, hinchadas expresiones y todos los demás atractivos ajenos de la materia, con que muchos autores tienen la costumbre de engalanar lo que tienen que decir<sup>1</sup>. He querido que mi libro no tenga otro adorno ni gracia más que la verdad de las cosas y la importancia de la materia.*

*Desearía yo, sin embargo, que no se mirara como una reprehensible presunción en un hombre de condición inferior, y aun baja si se quiere, el atrevimiento que él tiene de discurrir sobre los gobiernos de los príncipes, y de aspirar a darles reglas. Los pintores encargados de dibujar un paisaje, deben estar, a la verdad, en las montañas, cuando tienen necesidad de que los valles se descubran bien a sus miradas; pero también únicamente desde el fondo de los valles pueden ver bien en toda su extensión las montañas y elevados sitios<sup>2</sup>. Sucede lo propio en la política: si para conocer la naturaleza de los pueblos es preciso ser príncipe, para conocer la de los principados, conviene estar entre el pueblo. Reciba Vuestra Magnificencia este escaso presente con la misma intención que yo tengo al ofrecérselo. Cuando os dignéis leer esta obra y meditarla con cuidado, reconoceréis en ella el extremo deseo que tengo de veros llegar a aquella elevación que vuestra suerte y eminentes prendas os permiten. Y si os dignáis después, desde lo alto de vuestra majestad, bajar a veces vuestras miradas hacia la humillación en que me hallo, comprenderéis toda la injusticia de los extremados rigores que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción.*

# Capítulo I

## Cuántas clases de principados hay, y de qué modo ellos se adquieren

Cuántos Estados, cuántas dominaciones ejercieron y ejercen todavía una autoridad soberana sobre los hombres, fueron y son Repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios cuando la familia del que los sostiene los poseyó por mucho tiempo, o son nuevos.

Los nuevos son, o nuevos en un todo<sup>3</sup>, como lo fue el de Milán para Francisco Sforza; o como miembros añadidos al Estado ya hereditario del príncipe que los adquiere. Y tal es el reino de Nápoles con respecto al Rey de España.

O los Estados nuevos, adquiridos de estos dos modos, están habituados a vivir bajo un príncipe, o están habituados a ser libres.

O el príncipe que los adquirió, lo hizo con las armas ajenas, o los adquirió con las suyas propias.

O la fortuna se los proporcionó, o es deudor de ellos a su valor.

# Capítulo II

## De los príncipes hereditarios

Pasaré aquí en silencio las repúblicas, a causa de que he discurrido ya largamente sobre ellas en otra obra; y no dirigiré mis miradas más que hacia el principado<sup>4</sup>. Volviendo en mis discursos a las distinciones que acabo de establecer, examinaré el modo con que es posible gobernar y conservar los principados.

Digo, pues, que en los Estados hereditarios que están acostumbrados a ver reinar la familia de su príncipe, hay menos dificultad para conservarlos, que cuando ellos son nuevos<sup>5</sup>. El príncipe entonces no tiene necesidad más que de no traspasar el orden seguido por sus mayores, y de contemporizar con los acaecimientos, después de lo cual le basta una ordinaria industria para conservarse siempre, a no ser que haya una fuerza extraordinaria, y llevada al exceso, que venga a privarle de su Estado. Si él le pierde, le recuperará, si lo quiere, por más poderoso y hábil que sea el usurpador que se ha apoderado de él<sup>6</sup>.

Tenemos para ejemplo, en Italia, al Duque de Ferrara, a quien no pudieron arruinar los ataques de los venecianos, en el año de 1484; ni los del Papa Julio, en el de 1510, por el único motivo de que su familia se hallaba establecida de padres en hijos, mucho tiempo hacía, en aquella soberanía.

Teniendo el príncipe natural menos motivos y necesidad de ofender a sus gobernados, está más amado por esto mismo; y si no tiene vicios muy irritantes que le hagan aborrecible, le amarán sus gobernados naturalmente y con razón. La antigüedad y continuación del reinado

de su dinastía, hicieron olvidar los vestigios y causas de las mudanzas que le instalaron: lo cual es tanto más útil cuanto una mudanza deja siempre una piedra angular para hacer otra<sup>7</sup>.

## Capítulo III

### De los principados mixtos

Se hallan las dificultades en el principado mixto; y primeramente, si él no es enteramente nuevo, y que no es más que un miembro añadido a un principado antiguo que ya se posee, y que por su reunión puede llamarse, en algún modo, un principado mixto<sup>8</sup>, sus incertidumbres dimanar de una dificultad que es conforme con la naturaleza de todos los principados nuevos. Consiste ella en que los hombres que mudan gustosos de señor con la esperanza de mejorar su suerte (en lo que van errados), y que, con esta loca esperanza, se han armado contra el que los gobernaba, para tomar otro, no tardan en convencerse por la experiencia, de que su condición se ha empeorado. Esto proviene de la necesidad en que aquel que es un nuevo príncipe, se halla natural y comúnmente de ofender a sus nuevos súbditos, ya con tropas, ya con una infinidad de otros procedimientos molestos que el acto de su nueva adquisición llevaba consigo<sup>9</sup>.

Con ello te hallas tener por enemigos todos aquellos a quienes has ofendido al ocupar este principado, y no puedes conservarte por amigos a los que te colocaron en él, a causa de que no te es posible satisfacer su ambición hasta el grado que ellos se habían lisonjeado; ni hacer uso de medios rigurosos para reprimirlos, en atención a las obligaciones que ellos te hicieron contraer con respecto a sí mismos<sup>10</sup>. Por más fuerte que un príncipe fuera con sus ejércitos, tuvo siempre necesidad del favor de una parte a lo menos de los habitantes de la provincia, para entrar en ella. He aquí por qué Luis XII, después de haber ocupado Milán con facilidad, le perdió inmediatamente<sup>11</sup>; y no hubo necesidad para quitárselo, esta primera vez, más que de las fuerzas de Ludovico; porque los milaneses, que habían abierto sus puertas al rey, se vieron desengañados de su confianza en los favores de su gobierno, y de la esperanza que habían concebido para lo venidero<sup>12</sup>, y no podían ya soportar el disgusto de tener un nuevo príncipe.

Es mucha verdad que al recuperar Luis XII por segunda vez los países que se habían rebelado, no se los dejó quitar tan fácilmente, porque prevaleciéndose de la sublevación anterior, fue menos reservado en los medios de consolidarse. Castigó a los culpables, quitó el velo a los sospechosos y fortificó las partes más débiles de su anterior gobierno<sup>13</sup>.

Si, para hacer perder Milán al rey de Francia la primera vez, no hubiera sido menester más que la terrible llegada del Duque Ludovico hacia los confines del Milanésado, fue necesario para hacérselo perder la segunda que se armasen todos contra él, y que sus ejércitos fuesen arrojados de Italia, o destruidos<sup>14</sup>.

Sin embargo, tanto la segunda como la primera vez, se le quitó el Estado de Milán. Se han visto los motivos de la primera pérdida suya que él hizo, y nos resta conocer los de la segunda, y decir los medios que él tenía, y que podía tener cualquiera que se hallara en el mismo caso, para mantenerse en su conquista mejor que lo hizo<sup>15</sup>.

Comenzaré estableciendo una distinción: o estos Estados que, nuevamente adquiridos, se reúnen con un Estado ocupado mucho tiempo hace por el que los ha conseguido se hallan ser de la misma provincia, tener la misma lengua, o esto no sucede así.

Cuando ellos son de la primera especie, hay suma facilidad en conservarlos, especialmente cuando no están habituados a vivir libres en república<sup>16</sup>. Para poseerlos seguramente, basta haber extinguido la descendencia del príncipe que reinaba en ellos<sup>17</sup>; porque en lo restante, conservándoles sus antiguos estatutos, y no siendo allí las costumbres diferentes de las del pueblo a que los reúnen, permanecen sosegados, como lo estuvieron la Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que fueron reunidas a la Francia, mucho tiempo hace<sup>18</sup>. Aunque hay, entre ellas, alguna diferencia de lenguaje, las costumbres, sin embargo, se asemejan allí, y estas diferentes provincias pueden vivir, no obstante, en buena armonía.

En cuanto al que hace semejantes adquisiciones, si él quiere conservarlas, le son necesarias dos cosas: la una, que se extinga el linaje del príncipe que poseía estos Estados<sup>19</sup>; la otra, que el príncipe que es nuevo no altere sus leyes, ni aumente los impuestos<sup>20</sup>. Con ello, en brevísimo tiempo, estos nuevos Estados pasarán a formar un solo cuerpo con el antiguo suyo<sup>21</sup>.

Pero cuando se adquieren algunos Estados en un país que se diferencia en las lenguas, costumbres y constitución, se hallan entonces las dificultades<sup>22</sup>; y es menester tener bien propicia la fortuna, y una suma industria, para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces medios a este efecto, sería que el que la adquiere fuera a residir en ellos; los poseería entonces del modo más seguro y durable, como lo hizo el Turco con respecto a la Grecia. A pesar de todos los demás medios de que se valía para conservarla, no lo hubiera logrado, si no hubiera ido a establecer allí su residencia<sup>23</sup>.

Cuando el príncipe reside en este nuevo Estado, si se manifiestan allí desórdenes, puede reprimirlos muy prontamente; en vez de que si reside en otra parte, y que los desórdenes no son de gravedad, no hay remedio ya.

Cuando permaneces allí, no es despojada la provincia por la codicia de los empleados<sup>24</sup>; y los súbditos se alegran más de poder recurrir a un príncipe que está cerca de ellos, que no a un príncipe distante que le verían como extraño: tienen ellos más ocasiones de cogerle amor<sup>25</sup>, si quieren ser buenos; y temor, si quieren ser malos. Por otra parte, el extranjero que hubiera apetecido atacar este Estado, tendrá más dificultad para determinarse a ello. Así, pues, residiendo el príncipe en él, no podrá perderle, sin que se experimente una suma dificultad para quitársele<sup>26</sup>.

El mejor medio, después del precedente, consiste en enviar algunas colonias a uno o dos parajes que sean como la llave de este nuevo Estado; a falta de lo cual sería preciso tener allí mucha caballería e infantería<sup>27</sup>. Formando el príncipe semejantes colonias, no se empeña en sumos dispendios; porque aun sin hacerlos, o haciéndolos escasos, las envía y mantiene allí. En ello no ofende más que a aquellos de cuyos campos y casas se apodera para darlos a los nuevos moradores, que no componen, todo bien considerado, más que una cortísima parte de este Estado; y quedando dispersos y pobres aquellos a quienes ha ofendido, no pueden perjudicarle nunca<sup>28</sup>. Todos los demás que no han recibido ninguna ofensa en sus personas y bienes, se apaciguan fácilmente, y son temerosamente atentos a no hacer faltas, a fin de que no les acaezca el ser despojados como los otros<sup>29</sup>. De lo cual es menester concluir que estas

colonias que no cuestan nada o casi nada, son más fieles y perjudican menos; y que hallándose pobres y dispersos los ofendidos, no pueden perjudicar, como ya he dicho<sup>30</sup>.

Debe notarse que los hombres quieren ser acariciados o reprimidos, y que se vengan de las ofensas cuando son ligeras<sup>31</sup>. No pueden hacerlo cuando ellas son graves; así, pues, la ofensa que se hace a un hombre debe ser tal que le inhabilite para hacerlos temer su venganza<sup>32</sup>.

Si, en vez de colonias, se tienen tropas en estos nuevos Estados, se expende mucho, porque es menester consumir, para mantenerlas, cuantas rentas se sacan de semejantes Estados<sup>33</sup>. La adquisición suya que se ha hecho, se convierte entonces en pérdida, y ofende mucho más, porque ella perjudica a todo el país con los ejércitos que es menester alojar allí en las casas particulares. Cada habitante experimenta la incomodidad suya; y son unos enemigos que pueden perjudicarle, aun permaneciendo sojuzgados dentro de su casa<sup>34</sup>. Este medio para guardar un Estado es, pues, bajo todos los aspectos, tan inútil como el de las colonias es útil.

El príncipe que adquiere una provincia cuyas costumbres y lenguaje no son los mismos que los de su Estado principal, debe hacerse también allí el jefe y protector de los príncipes vecinos que son menos poderosos que él, e ingeniarse para debilitar a los más poderosos de ellos<sup>35</sup>. Debe, además, hacer de modo que un extranjero tan poderoso como él no entre en su nueva provincia; porque acaecerá entonces que llamarán allí a este extranjero los que se hallen descontentos con motivo de su mucha ambición o de sus temores<sup>36</sup>. Así fue como los etolios introdujeron a los romanos en la Grecia y demás provincias en que éstos entraron; los llamaban allí siempre los habitantes<sup>37</sup>.

El orden común de las causas es que luego que un poderoso extranjero entra en un país, todos los demás príncipes que son allí menos poderosos, se le unan por un efecto de la envidia que habían concebido contra el que los sobrepujaba en poder, y a los que él ha despojado<sup>38</sup>. En cuanto a estos príncipes menos poderosos, no hay mucho trabajo en ganarlos; porque todos juntos formarán gustosos cuerpo con el Estado que él ha conquistado<sup>39</sup>. El único cuidado que ha de tenerse, es el de impedir que ellos adquieran mucha fuerza y autoridad. El nuevo príncipe, con el favor de ellos y sus propias armas, podrá abatir fácilmente a los que son poderosos, a fin de permanecer en todo el árbitro de aquel país<sup>40</sup>.

El que no gobierne hábilmente esta parte, perderá bien pronto lo que él adquirió; y mientras que lo tenga, hallará en ello una infinidad de dificultades y sentimientos<sup>41</sup>.

Los romanos guardaron bien estas precauciones en las provincias que ellos habían conquistado. Enviaron allá colonias, mantuvieron a los príncipes de las inmediaciones menos poderosas que ellos, sin aumentar su fuerza; debilitaron a los que tenían tanta como ellos mismos, y no permitieron que las potencias extranjeras adquiriesen allí consideración ninguna<sup>42</sup>. Me basta citar para ejemplo de esto la Grecia en que ellos conservaron a los acayos y etolios, humillaron el reino de Macedonia y echaron a Antioco<sup>43</sup>. El mérito que los acayos y etolios contrajeron en el concepto de los romanos, no fue suficiente nunca para que éstos les permitiesen engrandecer ninguno de sus Estados<sup>44</sup>. Nunca los redujeron los discursos de Filipo hasta el grado de tratarle como amigo sin abatirle; ni nunca el poder de Antíoco pudo reducirlos a permitir que él tuviera ningún Estado en aquel país<sup>45</sup>.

Los romanos hicieron en aquellas circunstancias lo que todos los príncipes cuerdos deben hacer cuando tienen miramiento, no solamente con los actuales perjuicios, sino también con

los venideros, y que quieren remediarlos con destreza. Es posible hacerlo precaviéndolos de antemano; pero si se aguarda a que sobrevengan, no es ya tiempo de remediarlos, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede, en este particular, lo que los médicos dicen de la tisis, que, en los principios es fácil de curar y difícil de conocer; pero que, en lo sucesivo, si no la conocieron en su principio, ni le aplicaron remedio ninguno, se hace, en verdad, fácil de conocer, pero difícil de curar<sup>46</sup>. Sucede lo mismo con las cosas del Estado: si se conocen anticipadamente los males que pueden manifestarse, lo que no es acordado más que a un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados bien pronto; pero cuando, por no haberlos conocido, les dejan tomar incremento de modo que llegan al conocimiento de todas las gentes, no hay ya arbitrio ninguno para remediarlos. Por esto, previendo los romanos de lejos los inconvenientes, les aplicaron el remedio siempre en su principio, y no les dejaron seguir nunca su curso por el temor de una guerra. Sabían que ésta no se evita; y que si la diferimos, es siempre con provecho ajeno<sup>47</sup>. Cuando ellos quisieron hacerla contra Filipo y Antíoco en Grecia, era para no tener que hacérsela en Italia. Podían evitar ellos entonces a uno y otro; pero no quisieron, ni les agradó aquel consejo de *gozar de los beneficios del tiempo*, que no se les cae nunca de la boca a los sabios de nuestra era<sup>48</sup>. Les acomodó más el consejo de su valor y prudencia, el tiempo que echa abajo cuanto subsiste, puede acarrear consigo tanto el bien como el mal, pero igualmente tanto el mal como el bien<sup>49</sup>.

Volvamos a la Francia, y examinaremos si ella hizo ninguna de estas cosas. Hablaré, no de Carlos VIII, sino de Luis XII, como de aquel cuyas operaciones se conocieron mejor, visto que él conservó por más tiempo sus posesiones en Italia; y se verá que hizo lo contrario para retener un Estado de diferentes costumbres y lenguas<sup>50</sup>.

El rey Luis fue atraído a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, por medio de su llegada, ganar la mitad del Estado de Lombardía. No intento afear este paso del rey, ni su resolución sobre este particular; porque queriendo empezar a poner el pie en Italia, no teniendo en ella amigos, y aun viendo cerradas todas las puertas a causa de los estragos que allí había hecho el rey Carlos VIII, se veía forzado a respetar los únicos aliados que pudiera haber allí<sup>51</sup>; y su plan hubiera tenido un completo acierto si él no hubiera cometido falta ninguna en las demás operaciones. Luego que hubo conquistado, pues, la Lombardía, volvió a ganar repentinamente en Italia la consideración que Carlos había hecho perder en ella a las armas francesas. Génova cedió; se hicieron amigos suyos los florentinos; el Marqués de Mantua, el Duque de Ferrara, Bentivoglio (príncipe de Bolonia), el señor de Forli, los de Pésaro, Rímini, Camerino, Piombino, los luqueses, pisanos, sieneses, todos, en una palabra, salieron a recibirle para solicitar su amistad<sup>52</sup>. Los venecianos debieron reconocer entonces la imprudencia de la resolución que ellos habían tomado, únicamente para adquirir dos territorios de la provincia lombarda; e hicieron al rey dueño de los dos tercios de la Italia<sup>53</sup>.

Que cada uno ahora comprenda con cuán poca dificultad podía Luis XII, si hubiera seguido las reglas de que acabamos de hablar, conservar su reputación en Italia, y tener seguros y bien defendidos a cuantos amigos se había hecho él allí. Siendo numerosos éstos, débiles, por otra parte, y temiendo el uno al Papa y el otro a los venecianos, se veían siempre en la precisión de permanecer con él; y por medio de ellos le era posible contener fácilmente lo que había de más poderoso en toda la península<sup>54</sup>.

Pero apenas llegó el rey a Milán, cuando obró de un modo contrario, supuesto que ayudó al papa Alejandro VI a apoderarse de la Romaña. No echó de ver que con esta determinación se hacía débil, por una parte, desviando de sí a sus amigos y a los que habían ido a ponerse

bajo su protección; y que, por otra, extendía el poder de Roma<sup>55</sup>, agregando una tan vasta dominación temporal a la potestad espiritual que le daba ya tanta autoridad<sup>56</sup>.

Esta primera falta le puso en la precisión de cometer otras; de modo que para poner un término a la ambición de Alejandro, e impedirle hacerse dueño de la Toscana, se vio obligado a volver a Italia.

No le bastó el haber dilatado los dominios del Papa y desviado a sus propios amigos, sino que el deseo de poseer el reino de Nápoles, se le hizo repartir con el rey de España<sup>57</sup>. Así, cuando él era el primer árbitro de la Italia, tomó en ella a un asociado, al que cuantos se hallaban descontentos con él debían recurrir naturalmente; y cuando le era posible dejar en aquel reino a un rey que no era ya más que pensionado suyo<sup>58</sup>, le echó a un lado para poner a otro capaz de arrojarle a él mismo<sup>59</sup>.

El deseo de adquirir es, a la verdad, una cosa ordinaria y muy natural; y los hombres que adquieren, cuando pueden hacerlo, serán alabados y nunca vituperados por ello; pero cuando no pueden ni quieren hacer su adquisición como conviene, en esto consiste el error y motivo de vituperio<sup>60</sup>.

Si la Francia, pues, podía atacar con sus fuerzas Nápoles, debía hacerlo; si no lo podía, no debía dividir aquel reino; y si la repartición que ella hizo de la Lombardía con los venecianos es digna de disculpa a causa de que halló el rey en ello un medio de poner el pie en Italia, la empresa sobre Napoleón merece condenarse a causa de que no había motivo ninguno de necesidad que pudiera disculparla<sup>61</sup>.

Luis había cometido, pues, cinco faltas, en cuanto había destruido las reducidas potencias de Italia<sup>62</sup>, aumentado la dominación de un príncipe ya poderoso, introducido a un extranjero que lo era mucho, no residido allí él mismo, ni establecido colonias.

Estas faltas, sin embargo, no podían perjudicarle en vida suya, si él no hubiera cometido una sexta: la de ir a despojar a los venecianos<sup>63</sup>. Era cosa muy razonable y aun necesaria el abatirlos, aun cuando él no hubiera dilatado los dominios de la Iglesia, ni introducido a la España en Italia; pero no debía consentir en la ruina de ellos, porque siendo poderosos de sí mismos, hubieran tenido distantes siempre de toda empresa sobre Lombardía a los otros, ya porque los venecianos no hubieran consentido en ello sin ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubieran querido quitarla a la Francia para dársela a ellos, o no tenido la audacia de ir a atacar a estas dos potencias<sup>64</sup>.

Si alguno dijera que el rey Luis no cedió la Romaña a Alejandro y el reino de Nápoles a la España, más que para evitar una guerra, respondería con las razones ya expuestas, que no debemos dejar nacer un desorden para evitar una guerra, porque acabamos no evitándola; la diferimos únicamente: y no es nunca más que con sumo perjuicio nuestro<sup>65</sup>.

Y si algunos otros alegaran la promesa que el rey había hecho al Papa de ejecutar en favor suyo esta empresa para obtener la disolución de su matrimonio con Juana de Francia y el capelo de Cardenal para el Arzobispado de Ruán, responderé a esta objeción con las explicaciones que daré ahora mismo sobre la fe de los príncipes y modo con que deben guardarla<sup>66</sup>.

El rey Luis perdió, pues, la Lombardía por no haber hecho nada de lo que hicieron cuantos tomaron provincias y quisieron conservarlas. No hay en ello milagro, sino una cosa razonable y ordinaria. Hablé en Nantes de esto con el Cardenal de Ruán, cuando el duque de Valentinois, al que llamaban vulgarmente César Borgia, hijo de Alejandro, ocupaba la Romaña; y habiéndome dicho el cardenal que los italianos no entendían nada de la guerra, le respondí que los franceses no entendían nada de las cosas de Estado, porque si ellos hubieran tenido inteligencia en ellas, no hubieran dejado tomar al Papa un tan grande incremento de dominación temporal<sup>67</sup>. Se vio por experiencia que la que el Papa y la España adquirieron en Italia, les había venido de la Francia, y que la ruina de esta última en Italia dimanó del Papa y de la España<sup>68</sup>. De lo cual podemos deducir una regla general que no engaña nunca, o que a lo menos no extravía más que raras veces: es que el que es causa de que otro se vuelva poderoso obra su propia ruina<sup>69</sup>. No le hace volverse tal más que con su propia fuerza o industria; y estos dos medios de que él se ha manifestado provisto, permanecen muy sospechosos al príncipe que, por medio de ellos, se volvió más poderoso<sup>70</sup>.

## Capítulo IV

### Por qué ocupado el reino de Darío por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de éste después de su muerte<sup>71</sup>

Considerando las dificultades que se experimentan en conservar un Estado adquirido recientemente, podría preguntarse con asombro, cómo sucedió que hecho dueño Alejandro Magno del Asia en un corto número de años, y habiendo muerto a poco tiempo de haberla conquistado, sus sucesores, en una circunstancia en que parecía natural que todo este Estado se pusiese en rebelión, le conservaron, sin embargo<sup>72</sup>, y no hallaron para ello más dificultad que la que su ambición individual ocasionó entre ellos<sup>73</sup>. He aquí mi respuesta: los principados conocidos son gobernados de uno u otro de estos dos modos: el primero consiste en serlo por un príncipe, asistido de otros individuos que, permaneciendo siempre súbditos bien humildes al lado suyo, son admitidos por gracia o concesión en clase de servidores solamente, para ayudarle a gobernar. El segundo modo con que se gobierna, se compone de un príncipe, asistido de barones, que tienen su puesto en el Estado, no de la gracia del príncipe, sino de la antigüedad de su familia. Estos barones mismos tienen Estados y gobernados que los reconocen por señores suyos, y les dedican su afecto naturalmente<sup>74</sup>.

El príncipe, en los primeros de estos Estados en que gobierna él con algunos ministros esclavos, tiene más autoridad, porque en su provincia no hay ninguno que reconozca a otro más que a él por superior: y si se obedece a otro no es por un particular afecto a su persona, sino solamente porque él es Ministro y empleado del príncipe<sup>75</sup>.

Los ejemplos de estas dos especies de gobiernos son, en nuestros días, el del Turco y el del rey de Francia. Toda la monarquía del Turco está gobernada por un señor único; sus adjuntos no son más que criados suyos; y dividiendo en provincias su reino, envía a ellas diversos administradores, a los cuales muda y coloca en nuevo puesto a su antojo<sup>76</sup>. Pero el rey de Francia se halla en medio de un sinnúmero de personajes, ilustres por la antigüedad de su familia, señores ellos mismos en el Estado, y reconocidos como tales por sus particulares gobernados, quienes, por otra parte, les profesan afecto. Estos personajes tienen preeminencias personales, que el rey no puede quitarles sin peligrar él mismo<sup>77</sup>.

Así, cualquiera que se ponga a considerar atentamente uno y otro de estos dos Estados, hallará que habría suma dificultad en conquistar el del Turco; pero que si uno le hubiera conquistado, tendría una grandísima facilidad en conservarle. Las razones de las dificultades para ocuparle son que el conquistador no puede ser llamado allí de las provincias de este imperio, ni esperar ser ayudado en esta empresa con la rebelión de los que el soberano tiene al lado suyo: lo cual dimana de las razones expuestas más arriba<sup>78</sup>. Siendo todos esclavos suyos, y estándole reconocidos por sus favores, no es posible corromperlos tan fácilmente; y aun cuando se lograra esto, no podría esperarse mucha utilidad, porque no les sería posible atraer hacia sí a los pueblos, por las razones que hemos expuesto<sup>79</sup>. Conviene, pues, ciertamente, que el que ataca al Turco, reflexione que va a hallarle unido con su pueblo, y que pueda contar más con sus propias fuerzas que con los desórdenes que se manifestarán a favor suyo en el imperio<sup>80</sup>. Pero después de haberle vencido y derrotado en una campaña sus ejércitos, de modo que él no pueda ya rehacerlos, no quedará ya cosa ninguna temible más que la familia del príncipe. Si uno la destruye, no habrá allí ya ninguno a quien deba temerse; porque los otros no gozan del mismo valimiento al lado del pueblo. Así como el vencedor, antes de la victoria, no podía contar con ninguno de ellos, así también no debe cogerles miedo ninguno después de haber vencido<sup>81</sup>.

Sucedará lo contrario en los reinos gobernados como el de Francia. Se puede entrar allí con facilidad, ganando a algún barón, porque se hallan siempre algunos malcontentos del genio de aquellos que apetecen mudanzas<sup>82</sup>. Estas gentes, por las razones mencionadas, pueden abrirte el camino para la posesión de este Estado, y facilitarte el triunfo; pero cuando se trate de conservarte en él, este triunfo mismo te dará a conocer infinitas dificultades, tanto por la parte de los que te auxiliaron como por la de aquellos a quienes has oprimido<sup>83</sup>. No te bastará el haber extinguido la familia del príncipe, porque quedarán siempre allí varios señores que se harán cabezas de partido para nuevas mudanzas; y como no podrás contentarlos ni destruirlos enteramente<sup>84</sup>, perderás este reino luego que se presente la ocasión de ello<sup>85</sup>.

Si consideramos ahora de qué naturaleza de gobierno era el de Darío, le hallaremos semejante al del Turco<sup>86</sup>. Le fue necesario primeramente a Alejandro el asaltarle por entero, y hacerse dueño de la campaña. Después de esta victoria, y la muerte de Darío, quedó el Estado en poder del conquistador de un modo seguro por las razones que llevamos expuestas: y si hubieran estado unidos los sucesores de éste, podían gozar de él sin la menor dificultad; porque no sobrevino ninguna otra disensión más que la que ellos mismos suscitaron.

En cuanto a los Estados constituidos como el de Francia, es imposible poseerlos tan sosegadamente<sup>87</sup>. Por esto hubo, tanto en España como en Francia, frecuentes rebeliones, semejantes a las que los romanos experimentaron en la Grecia, a causa de los numerosos principados que se hallaban allí. Mientras que la memoria suya subsistió en aquel país, no tuvieron los romanos más que una posesión incierta; pero luego que no se hubo pensado ya en ello, se hicieron seguros poseedores por medio de la dominación y estabilidad de su imperio<sup>88</sup>.

Cuando los romanos pelearon allí unos contra otros, cada uno de ambos partidos pudo atraerse una posesión de aquellas provincias según la autoridad que él había tomado allí: porque habiéndose extinguido la familia de sus antiguos dominadores, aquellas provincias reconocían ya por únicos a los romanos. Haciendo atención a todas estas particularidades, no causarán ya extrañeza la facilidad que Alejandro tuvo para conservar el Estado de Asia, y las dificultades que sus sucesores experimentaron para mantenerse en la posesión de lo que habían adquirido, como Pirro y otros muchos. No provinieron ellas del muchísimo o

poquísimo talento por parte del vencedor, sino de la diversidad de los Estados que ellos habían conquistado.

## Capítulo V

### **De qué modo deben gobernarse las ciudades o principados que, antes de ocuparse por un nuevo príncipe, se gobernaban con sus leyes particulares**

Cuando uno quiere conservar aquellos Estados que estaban acostumbrados a vivir con sus leyes y en República, es preciso abrazar una de estas tres resoluciones: debes o arruinarlos<sup>89</sup>, o ir a vivir en ellos, o, finalmente, dejar a estos pueblos sus leyes<sup>90</sup>, obligándolos a pagarte una contribución anual, y creando en su país un tribunal de un corto número que cuide de conservártelos fieles. Creándose este Consejo por el príncipe, y sabiendo que él no puede subsistir sin su amistad y dominación, tiene el mayor interés en conservarle en su autoridad. Una ciudad habituada a vivir libre, y que uno quiere conservar, se contiene mucho más fácilmente por medio del inmediato influjo de sus propios ciudadanos que de cualquier otro modo<sup>91</sup>. Los espartanos y romanos nos lo probaron con sus ejemplos.

Sin embargo, los espartanos, que habían tenido Atenas y Tebas por medio de un Consejo de un corto número de ciudadanos, acabaron perdiéndolas; y los romanos, que para poseer Capua, Cartago y Numancia, las habían desorganizado, no las perdieron. Cuando éstos quisieron tener la Grecia con corta diferencia, como la habían tenido los espartanos, dejándola libre con sus leyes, no les salió acertada esta operación, y se vieron obligados a desorganizar muchas ciudades de esta provincia por aguardarla. Hablando con verdad, no hay medio ninguno más seguro para conservar semejantes Estados que el de arruinarlos<sup>92</sup>. El que se hace señor de una ciudad acostumbrada a vivir libre, y no descompone su régimen, debe contar con ser derrocado él mismo por ella. Para justificar semejante ciudad su rebelión, tendrá el nombre de libertad, y sus antiguas leyes, cuyo hábito no podrán hacerle perder nunca el tiempo ni los beneficios del conquistador. Por más que se haga, y aunque se practique algún expediente de previsión, si no se desunen y dispersan sus habitantes, no olvidará ella nunca aquel nombre de libertad, ni sus particulares estatutos; y aun recurrirá a ellos, en la primera ocasión, como lo hizo Pisa, aunque ella había estado numerosos años, y aun hacía ya un siglo, bajo la dominación de los florentinos<sup>93</sup>.

Pero cuando las ciudades o provincias están habituadas a vivir bajo la obediencia de un príncipe, como están habituadas por una parte a obedecer y que por otra carecen de su antiguo señor, no concuerdan los ciudadanos entre sí para elegir a otro nuevo; y no sabiendo vivir libres, son más tardos en tomar las armas. Se puede conquistarlos<sup>94</sup> con más facilidad, y asegurar la posesión suya.

En las repúblicas, por el contrario, hay más valor, una mayor disposición de odio contra el conquistador que allí se hace príncipe, y más deseo de venganza contra él. Como no se pierde en ellas la memoria de la antigua libertad, y que ella le sobrevive con toda su actividad, el más seguro partido consiste en disolverlas<sup>95</sup> o habitar en ellas<sup>96</sup>.

## Capítulo VI

### De las soberanías nuevas que uno adquiere con sus propias armas y valor

Que no cause extrañeza, si al hablar, ya de los Estados que son nuevos bajo todos los aspectos, ya de los que no lo son más que bajo el del príncipe, o el del Estado mismo, presento grandes ejemplos de la antigüedad. Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y no hacen casi más que imitar a sus predecesores, en las acciones que se les ve hacer<sup>97</sup>; pero como no pueden seguir en todo el camino abierto por los antiguos, ni se elevan a la perfección de los modelos que ellos se proponen, el hombre prudente debe elegir únicamente los caminos trillados por algunos varones insignes, e imitar a los de ellos que sobrepusieron a los demás, a fin de que si no consigue igualarlos, tengan sus acciones a lo menos alguna semejanza con las suyas<sup>98</sup>. Debe hacer como los ballesteros bien advertidos que, viendo su blanco muy distante para la fuerza de su arco, apuntan mucho más alto que el objeto que tienen en mira, no para que su vigor y flechas alcancen a un punto de mira en esta altura, sino a fin de poder, asestando así, llegar en línea parabólica a su verdadero blanco<sup>99</sup>.

Digo, pues, que en los principados que son nuevos en un todo, y cuyo príncipe, por consiguiente, es nuevo, hay más o menos dificultad en conservarlos, según que el que los adquirió es más o menos valeroso. Como el suceso por el que un hombre se hace príncipe, de particular que él era, supone algún valor o dicha<sup>100</sup>, parece que la una o la otra de estas dos cosas allanan en parte muchas dificultades; sin embargo, se vio que el que no había sido auxiliado de la fortuna, se mantuvo por más tiempo. Lo que proporciona también algunas facilidades, es que no teniendo un semejante príncipe otros Estados, va a residir en aquel de que se ha hecho soberano.

Pero volviendo a los hombres que, con su propio valor y no con la fortuna, llegaron a ser príncipes<sup>101</sup>, digo que los más dignos de imitarse son: Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros semejantes. Y, en primer lugar, aunque no debemos discurrir sobre Moisés, porque él no fue más que un mero ejecutor de las cosas que Dios le había ordenado hacer, diré, sin embargo, que merece ser admirado, aunque no fuera más que por aquella gracia que le hacía digno de conversar con Dios<sup>102</sup>. Pero considerando a Ciro y a los otros que adquirieron o fundaron reinos, los hallaremos dignos de admiración<sup>103</sup>. Y si se examinaran sus acciones e instituciones en particular, no parecieran ellas diferentes de las de Moisés, aunque él había tenido a Dios por señor. Examinando sus acciones y conducta, no se verá que ellos tuviesen cosa ninguna de la fortuna más que una ocasión propicia, que les facilitó el medio de introducir en sus nuevos Estados la forma que les convenía<sup>104</sup>. Sin esta ocasión, el valor de su ánimo se hubiera extinguido, pero también, sin este valor, se hubiera presentado en balde la ocasión<sup>105</sup>. Le era, pues, necesario a Moisés el hallar al pueblo de Israel esclavo en Egipto y oprimido por los egipcios, a fin de que este pueblo estuviera dispuesto a seguirle, para salir de esclavitud<sup>106</sup>. Convenía que Rómulo, a su nacimiento, no quedara en Alba, y fuera expuesto, para que él se hiciera rey de Roma y fundador de un Estado de que formó la patria suya<sup>107</sup>. Era menester que Ciro hallase a los persas descontentos del imperio de los Medos, y a éstos afeminados con una larga paz, para hacerse Soberano suyo<sup>108</sup>. Teseo no hubiera podido desplegar su valor, si no hubiera hallado dispersados a los atenienses<sup>109</sup>.

Estas ocasiones, sin embargo, constituyen la fortuna de semejantes héroes; pero su excelente sabiduría les dio a conocer el valor de estas ocasiones; y de ello provinieron la ilustración y prosperidad de sus Estados<sup>110</sup>.

Los que por medios semejantes llegan a ser príncipes no adquieren su principado sin trabajo, pero le conservan fácilmente; y las dificultades que ellos experimentan al adquirirle dimanar en parte de las nuevas leyes y modos que les es indispensable introducir para fundar su Estado y su seguridad<sup>111</sup>. Debe notarse bien que no hay cosa más difícil de manejar, ni cuyo acierto sea más dudoso, ni se haga con más peligro, que el obrar como jefe para introducir nuevos estatutos<sup>112</sup>. Tiene el introductor por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los antiguos estatutos<sup>113</sup>, mientras que los que pudieran sacar el suyo de los nuevos no los defienden más que con tibieza<sup>114</sup>. Semejante tibieza proviene en parte de que ellos temen a sus adversarios que se aprovecharon de las antiguas leyes, y en parte de la poca confianza que los hombres tienen en la bondad de las cosas nuevas, hasta que se haya hecho una sólida experiencia de ellas<sup>115</sup>. Resulta de esto que siempre que los que son enemigos suyos hallan una ocasión de rebelarse contra ellas, lo hacen por espíritu de partido; no las defienden los otros entonces más que tibiamente, de modo que peligró el príncipe con ellas<sup>116</sup>.

Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precisión de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, o si dependen de los otros; es decir, si para dirigir su operación, tienen necesidad de rogar o si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa ninguna a lo bueno<sup>117</sup>; pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por esto, todos los profetas armados tuvieron acierto<sup>118</sup>, y se desgraciaron cuantos estaban desarmados<sup>119</sup>.

Además de las cosas que hemos dicho, conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Se podrá hacerles creer fácilmente una cosa; pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia<sup>120</sup>. En consecuencia de lo cual es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible precisarlos a creer todavía<sup>121</sup>. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones, si hubieran estado desarmados, como le sucedió al fraile Jerónimo Savonarola, que se desgració en sus nuevas instituciones. Cuando la multitud comenzó a no creerle ya inspirado, no tenía él medio ninguno para mantener forzosamente en su creencia a los que la perdían, ni para precisar a creer a los que no creían.

Los príncipes de esta especie experimentan, sin embargo, sumas dificultades en su conducta; todos sus pasos van acompañados de peligros y les es necesario el valor para superarlos<sup>122</sup>. Pero cuando han triunfado de ellos, y que empiezan a ser respetados, como han subyugado entonces a los hombres que tenían envidia a su calidad de príncipe, se quedan poderosos, seguros, reverenciados y dichosos<sup>123</sup>.

A estos tan relevantes ejemplos, quiero añadirles otro de una clase inferior, que, sin embargo, no estará en desproporción con ellos; y me bastará escoger, entre todos los otros el de Hierón el Siracusano<sup>124</sup>. De particular que él era, llegó a ser príncipe de Siracusa, sin tener cosa ninguna de la fortuna más que una favorable ocasión. Hallándose oprimidos los siracusanos, le nombraron por caudillo suyo; en cuyo cargo mereció ser elegido después para príncipe suyo<sup>125</sup>. Había sido tan virtuoso en su condición privada que, en sentir de los historiadores, no le faltaba entonces para reinar más que poseer un reino<sup>126</sup>. Luego que hubo empuñado el cetro, licenció las antiguas tropas, formó otras nuevas, dejó a un lado a sus antiguos amigos, haciéndose otros nuevos; y como tuvo entonces amigos y soldados que eran realmente suyos, pudo establecer, sobre tales fundamentos, cuanto quiso; de modo que conservó sin trabajo lo que no había adquirido más que con largos y penosos afanes<sup>127</sup>.

## Capítulo VII

### De los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas ajenas y la fortuna

Los que de particulares que ellos eran, fueron elevados al principado por la sola fortuna, llegan a él sin mucho trabajo<sup>128</sup>; pero tienen uno sumo para la conservación suya<sup>129</sup>. No hallan dificultades en el camino para llegar a él, porque son elevados como en alas; pero cuando le han conseguido se les presentan entonces todas las especies de obstáculos<sup>130</sup>.

Estos príncipes no pudieron adquirir su Estado más que de uno u otro de estos dos modos: o comprándolo o haciéndolo dar por favor; como sucedió, por una parte, a muchos en la Grecia para las ciudades de la Iona y Helesponto, en que Darío hizo varios príncipes que debían tenerlas por su propia gloria, como también por su propia seguridad<sup>131</sup>; y por otra, entre los romanos, a aquellos particulares que se hacían elevar al imperio por medio de la corrupción de los soldados. Semejantes príncipes no tienen más fundamentos que la voluntad o fortuna de los hombres que los exaltaron; pues bien, ambas cosas son muy variables, y totalmente destituidas de estabilidad. Fuera de esto, ellos no saben ni pueden saber mantenerse en esta elevación<sup>132</sup>. No lo saben, porque a no ser un hombre de ingenio y superior talento, no es verosímil que después de haber vivido en una condición privada<sup>133</sup> se sepa reinar. No lo pueden, a causa de que no tienen tropa ninguna con cuyo apego y fidelidad puedan contar<sup>134</sup>.

Por otra parte, los Estados que se forman repentinamente son como todas aquellas producciones de la naturaleza que nacen con prontitud; no pueden ellos tener raíces ni las adherencias que les son necesarias para consolidarse<sup>135</sup>. Los arruinará el primer choque de la adversidad<sup>136</sup>, si, como lo he dicho, los que se han hecho príncipes de repente, no son de un vigor bastante grande para estar dispuestos inmediatamente a conservar lo que la fortuna acaba de entregar en sus manos, ni se han proporcionado los mismos fundamentos que los demás príncipes se habían formado antes de serlo<sup>137</sup>.

Para uno y otro de estos dos modos de llegar al principado, es, a saber, con el valor o fortuna<sup>138</sup>, quiero exponer dos ejemplos que la historia de nuestros tiempos nos presenta: son los de Francisco Sforza y de César Borgia.

Francisco, de simple particular que él era, llegó a ser duque de Milán por medio de un gran valor y de los recursos que su ingenio podía suministrarle<sup>139</sup>:

por lo mismo conservó sin mucho trabajo lo que él no había adquirido más que con sumos afanes. Por otra parte, César Borgia, llamado vulgarmente el duque de Valentinois, que no adquirió sus Estados más que por la fortuna de su padre, los perdió luego que ella le hubo faltado, aunque hizo uso, entonces, de todos los medios imaginables para retenerlos, y practicó, para consolidarse en los principados que las armas y fortuna ajenas le habían adquirido, cuanto podía practicar un hombre prudente y valeroso<sup>140</sup>.

He dicho que el que no preparó los fundamentos de su soberanía antes de ser príncipe, podría hacerlo después si él tenía un talento superior<sup>141</sup>, aunque estos fundamentos no pueden formarse entonces más que con muchos disgustos para el arquitecto y con muchos peligros para el edificio<sup>142</sup>. Si se consideran, pues, los progresos del duque de Valentinois, se verá que

él había preparado poderosos fundamentos para su futura dominación<sup>143</sup>; y no tengo por inútil el darlos a conocer<sup>144</sup>, porque no me es posible dar lecciones más útiles a un *príncipe nuevo*, que las acciones de éste. Si sus instituciones no le sirvieron de nada, no fue falta suya, sino la de una extremada y muy extraordinaria malignidad de la fortuna<sup>145</sup>.

Alejandro VI quería elevar a su hijo el duque a una grande dominación, y veía para ello fuertes dificultades en lo presente y futuro. Primeramente, no sabía cómo hacerle señor de un Estado que no perteneciera a la Iglesia; y cuando volvía sus miras hacia un Estado de la Iglesia para quitársele en favor de su hijo, preveía que el duque de Milán y los venecianos no consentirían en ello<sup>146</sup>. Faenza y Rímíni, que él quería cederle desde luego, estaban ya bajo la protección de los venecianos. Veía, además, que los ejércitos de la Italia, y sobre todo aquellos de los que él hubiera podido valerse, estaban en poder de los que debían temer el engrandecimiento del Papa; y no podía fiarse de estos ejércitos, porque todos ellos estaban mandados por los Ursinos, Colonnas, o allegados suyos. Era menester, pues, que se turbara este orden de cosas, que se introdujera el desorden en los Estados de Italia<sup>147</sup>, a fin de que le fuera posible apoderarse, seguramente, de una parte de ellos<sup>148</sup>. Esto le fue posible a causa de que él se hallaba en aquella coyuntura<sup>149</sup> en que, movidos de razones particulares, los venecianos se habían resuelto a hacer que los franceses volvieran otra vez a Italia. No solamente no se opuso a ello, sino que aun facilitó esta maniobra, mostrándose favorable a Luis XII con la sentencia de la disolución de su matrimonio con Juana de Francia<sup>150</sup>. Este monarca vino, pues, a Italia con la ayuda de los venecianos<sup>151</sup> y el consentimiento de Alejandro. No bien hubo estado en Milán, cuando el Papa obtuvo algunas tropas para la empresa que había meditado sobre la Romaña; y le fue cedida ésta a causa de la reputación del rey.

Habiendo adquirido finalmente el duque con ello aquella provincia, y aun derrotado también a los Colonnas, quería conservarla e ir más adelante; pero le embarazaban dos obstáculos. El uno se hallaba en el ejército de los Ursinos de que él se había servido, pero de cuya fidelidad se desconfiaba, y el otro consistía en la oposición que la Francia podía hacer a ello. Temía, por una parte, que le faltasen las armas de los Ursinos, y que ellas no solamente le impidiesen conquistar, sino que también le quitasen lo que él había adquirido, mientras que, por otra parte, se recelaba de que el rey de Francia obrara con respecto a él como los Ursinos<sup>152</sup>. Su desconfianza, relativa a estos últimos, estaba fundada en que cuando, después de haber tomado Faenza, asaltó Bolonia, los había visto obrar con tibieza. En cuanto al rey, comprendió lo que podía temer de él, cuando, después de haber tomado el ducado de Urbino, atacó la Toscana, pues el rey le hizo desistir de esta empresa. En semejante situación, resolvió el duque no depender ya de la fortuna y ajenas armas<sup>153</sup>. A cuyo efecto comenzó debilitando, hasta en Roma, las facciones de los Ursinos y Colonnas, ganando a cuantos nobles le eran adictos<sup>154</sup>. Hízolos gentileshombres suyos, los honró con elevados empleos y les confió, según sus prendas personales, varios gobiernos o mandos; de modo que se extinguió en ellos a pocos meses el espíritu de la facción a que se adherían; y su afecto se volvió todo entero hacia el duque<sup>155</sup>. Después de lo cual aceleró la ocasión de arruinar a los Ursinos<sup>156</sup>. Había dispersado ya a los partidarios de la casa Colonna, que se le volvió favorable; y la trató mejor<sup>157</sup>. Habiendo advertido muy tarde los Ursinos que el poder del duque y el del Papa como soberano acarrearán su ruina, convocaron una Dieta en Magione, país de Perugia. Resultó de ello contra el duque la rebelión de Ursino, como también los tumultos de la Romaña, e infinitos peligros para él<sup>158</sup>; pero superó todas estas dificultades con el auxilio de los franceses<sup>159</sup>. Luego que hubo recuperado alguna consideración, no fiándose ya en ellos ni en las demás fuerzas que le eran ajenas, y queriendo no estar en la necesidad de probarlos de nuevo, recurrió a la astucia, y supo encubrir en tanto grado su genio<sup>160</sup>, que los Ursinos, por la

mediación del señor Paulo, se reconciliaron con él. No careció de medios serviciales para asegurárselos, dándoles vistosos trajes, dinero, caballos; tan bien que, aprovechándose de la simplicidad de su confianza, acabó reduciéndolos a caer en su poder, en Sinigaglia<sup>161</sup>. Habiendo destruido en esta ocasión a sus jefes, y formándose de sus partidarios otros tantos amigos de su persona<sup>162</sup>, proporcionó con ello harto buenos fundamentos a su dominación, supuesto que toda la Romaña con el ducado de Urbino, y que se había ganado ya todos sus pueblos, en atención a que bajo su gobierno habían comenzado a gustar de un bienestar desconocido entre ellos hasta entonces<sup>163</sup>.

Como esta parte de la vida de este duque merece estudiarse, y aun imitarse por otros, no quiero dejar de exponerla con alguna especificación<sup>164</sup>.

Después que él hubo ocupado la Romaña, hallándola mandada por señores inhábiles que más bien habían despojado que corregido a sus gobernados<sup>165</sup>, y que habían dado motivo a más desuniones que uniones<sup>166</sup>, en tanto grado que esta provincia estaba llena de latrocinios, contiendas, y de todas las demás especies de desórdenes<sup>167</sup>; tuvo por necesario para establecer en ella la paz, y hacerla obediente a su príncipe, el darle un vigoroso gobierno<sup>168</sup>.

En su consecuencia, envió allí por presidente a messer Ramiro d'Orco, hombre severo y expedito, al que delegó una autoridad casi ilimitada<sup>169</sup>. Éste, en poco tiempo, restableció el sosiego en aquella provincia, reunió con ella a los ciudadanos divididos, y aun le proporcionó una grande consideración<sup>170</sup>. Habiendo juzgado después el duque que la desmesurada autoridad de Ramiro no convenía allí<sup>171</sup>, y temiendo que ella se volviera muy odiosa, erigió en el centro de la provincia un tribunal civil, presidido por un sujeto excelente, en el que cada ciudad tenía su defensor<sup>172</sup>. Como le constaba que los rigores ejercidos por Ramiro d'Orco habían dado origen a algún odio contra su propia persona, y queriendo tanto desterrarle de los corazones de sus pueblos como ganárselos en un todo, trató de persuadirles que no debían imputársele a él aquellos rigores<sup>173</sup>, sino al duro genio de su ministro. Para convencerlos de esto, resolvió castigar por ellos a su ministro<sup>174</sup>, y una cierta mañana mandó dividirle en dos pedazos y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajo de madera al lado<sup>175</sup>. La ferocidad de semejante espectáculo hizo que sus pueblos, por algún tiempo, quedaran tan satisfechos como atónitos.

Pero volviendo al punto de que he partido, digo que hallándose muy poderoso el duque, y asegurado en parte contra los peligros de entonces, porque se había armado a su modo, y que tenía destruidas en gran parte las armas de los vecinos que podían perjudicarle, le quedaba el temor de la Francia, supuesto que él quería continuar haciendo conquistas. Sabiendo que el rey, que había echado de ver algo tarde su propia falta, no sufriría que el duque se engrandeciera más, echose a buscar nuevos amigos; desde luego tergiversó<sup>176</sup> con respecto a la Francia cuando marcharon los franceses hacia el reino de Nápoles contra las tropas españolas que sitiaban Gaeta. Su intención era asegurarse de ellos; y hubiera tenido un pronto acierto si hubiera continuado viviendo Alejandro<sup>177</sup>.

Éstas fueron sus precauciones en las circunstancias de entonces; pero en cuanto a las futuras, tenía que temer primeramente que el sucesor de Alejandro VI no le fuera favorable y tratara de quitarle lo que le había dado Alejandro.

Para precaver estos inconvenientes<sup>178</sup> imaginó cuatro medios<sup>179</sup>. Fueron: primero, extinguir las familias de los señores a quienes él había despojado, a fin de quitar al Papa los socorros que ellos hubieran podido suministrarle<sup>180</sup>; segundo, ganarse a todos los hidalgos de

Roma, a fin de poder poner con ellos, como lo he dicho, un freno al Papa hasta en Roma; tercero, conciliarse, lo más que le era posible, el sacro colegio de los cardenales; y cuarto, adquirir, antes de la muerte de Alejandro<sup>181</sup>, una tan grande dominación que él se hallará en estado de resistir por sí mismo al primer asalto cuando no existiera ya su padre. De estos cuatro expedientes, los tres primeros por el duque habían conseguido ya su fin al morir el papa Alejandro, y el cuarto estaba ejecutándose.

Hizo perecer a cuantos había podido coger de aquellos señores a quienes tenía despojados, y se le escaparon pocos<sup>182</sup>. Había ganado a los hidalgos de Roma<sup>183</sup>, y adquirió un grandísimo influjo en el sacro colegio. En cuanto a sus nuevas conquistas, habiendo proyectado hacerse señor de la Toscana, poseía ya Perusa y Piombino, después de haber tomado Pisa bajo su protección. Como no estaba obligado ya a tener miramientos con la Francia, que no le guardaba ya realmente ninguno, en atención a que los franceses se hallaban a la sazón despojados del reino de Nápoles por los españoles, y que unos y otros estaban precisados a solicitar su amistad<sup>184</sup>, se echaba sobre Pisa; lo cual bastaba para que Luca y Siena le abriesen sus puertas, sea por celos contra los florentinos, sea por temor de la venganza suya; y los florentinos carecían de medios para oponerse a ellos. Si esta empresa le hubiera salido acertada, y se hubiese puesto en ejecución el año en que murió Alejandro, hubiera adquirido el duque tan grandes fuerzas y tanta consideración que, por sí mismo, se hubiera sostenido, sin depender de la fortuna y poder ajeno<sup>185</sup>. Todo ello no dependía ya más que de su dominación y talento<sup>186</sup>.

Pero Alejandro murió cinco años después que el duque había comenzado a desenvainar la espada. Únicamente el Estado de la Romaña estaba consolidado; permanecían vacilantes todos los otros, hallándose, además, entre dos ejércitos enemigos poderosísimos; y se veía últimamente asaltado de una enfermedad mortal el duque mismo<sup>187</sup>. Sin embargo, era de tanto valor y poseía tan superiores talentos; sabía también cómo pueden ganarse o perderse los hombres; y los fundamentos que él se había formado en tan escaso tiempo eran tan sólidos que si no hubiera tenido por contrarios aquellos ejércitos, y lo hubiera pasado bien, hubiera triunfado de todos los demás impedimentos. La prueba de que sus fundamentos eran buenos es perentoria, supuesto que la Romaña le aguardó sosegadamente más de un mes<sup>188</sup>, y que enteramente moribundo como él estaba, no tenía que temer nada en Roma<sup>189</sup>. Aunque los Vaglionis, Vitelis y Ursinos habían venido allí, no emprendieron nada contra él. Si no pudo hacer Papa al que él quería, a lo menos impidió que lo fuera aquel a quien no quería<sup>190</sup>. Pero si al morir Alejandro hubiera gozado de robusta salud, hubiera hallado facilidad para todo. Me dijo, aquel día en que Julio II fue creado Papa, que él había pensado en cuanto podía acaecer muerto su padre; y que había hallado remedio para todo; pero que no había pensado en que pudiera morir él mismo entonces<sup>191</sup>.

Después de haber recogido así y cotejado todas las acciones del duque, no puedo condenarle; aun me parece que puedo, como lo he hecho, proponerle por modelo a cuantos la fortuna o ajenas armas elevaron a la soberanía<sup>192</sup>. Con las relevantes prendas y profundas miras que él tenía, no podía conducirse de diferente modo<sup>193</sup>. No tuvieron sus designios más obstáculos reales que la breve vida de Alejandro y su propia enfermedad<sup>194</sup>.

El que tenga, pues, por necesario, en su nuevo principado<sup>195</sup>, asegurarse de sus enemigos, ganarse nuevos amigos, triunfar por medio de la fuerza o fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, seguir y respetar de los soldados, mudar los antiguos estatutos en otros recientes, desembarazarse de los hombres que pueden y deben perjudicarle, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la tropa infiel, y formar otra nueva, conservar la amistad de los

reyes y príncipes, de modo que ellos tengan que servirle con buena gracia, o no ofenderle más que con miramiento, aquél, repito, no puede hallar ejemplo ninguno más fresco que las acciones de este duque, a lo menos hasta la muerte de su padre<sup>196</sup>.

Su política cayó después gravemente en falta cuando, a la nominación del sucesor de Alejandro, dejó hacer el duque una elección adversa para sus intereses en la persona de Julio II<sup>197</sup>. No le era posible la creación de un Papa de su gusto<sup>198</sup>; pero teniendo la facultad de impedir que éste o aquel fueran papas, no debía permitir jamás que se confiriera el pontificado a ninguno de los cardenales a quienes él había ofendido, o de aquellos que, hechos pontífices, tuvieran motivos de temerle<sup>199</sup>, porque los hombres ofenden por miedo o por odio. Los cardenales a quienes él había ofendido eran, entre otros, el de San Pedro esliens, los cardenales Colonna, de San Jorge y Escagne<sup>200</sup>. Elevados una vez todos los demás al pontificado, estaban en el caso de temerle<sup>201</sup>, excepto el cardenal de Ruán, a causa de su fuerza, supuesto que tenía por sí el reino de Francia, y los cardenales españoles, con los que estaba confederado y que le debían favores<sup>202</sup>.

Así el duque debía, ante todas cosas, hacer elegir por Papa a un español; y si no podía hacerlo, debía consentir en que fuera elegido el cardenal de Ruán, y no el de San Pedro esliens. Cualquiera que cree que los nuevos beneficios hacen olvidar a los eminentes personajes las antiguas injurias<sup>203</sup> camina errado. Al tiempo de esta elección, cometió el duque, pues, una grave falta, y tan grave que ella ocasionó su ruina.

## Capítulo VIII

### De los que llegaron al principado por medio de maldades

Pero como uno, de simple particular, llega a ser también príncipe de otros dos modos, sin deberlo todo a la fortuna o valor, no conviene que omita yo aquí el tratar de uno y otro de estos dos modos, aunque puedo reservarme el discurrir con más extensión sobre el segundo, al tratar de las repúblicas<sup>204</sup>. El primero es cuando un particular se eleva por una vía malvada y detestable al principado<sup>205</sup>, y el segundo cuando un hombre llega a ser príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos<sup>206</sup>.

En cuanto al primer modo, presenta la historia de dos ejemplos suyos: el uno antiguo, y el otro moderno. Me ceñiré a citarlos sin profundizar de otro modo la cuestión, porque soy de parecer que ellos dicen bastante para cualquiera que estuviera en el caso de imitarlos<sup>207</sup>.

El primer ejemplo es del siciliano Agatocles, quien, habiendo nacido en una condición no solamente ordinaria, sino también baja y vil, llegó a empuñar, sin embargo, el cetro de Siracusa<sup>208</sup>. Hijo de un alfarero, había tenido en todas las circunstancias una conducta reprensible<sup>209</sup>; pero sus perversas acciones iban acompañadas de tanto vigor corporal y fortaleza de ánimo<sup>210</sup> que habiéndose dado a la profesión militar ascendió, por los diversos grados de la milicia, hasta el de pretor de Siracusa<sup>211</sup>. Luego que se hubo visto elevado a este puesto, resolvió hacerse príncipe, y retener con violencia, sin ser deudor de ello a ninguno, la dignidad que él había recibido del libre consentimiento de sus conciudadanos<sup>212</sup>. Después de haberse entendido a este efecto con el general cartaginés Amílcar, que estaba en Sicilia con su ejército<sup>213</sup>, juntó una mañana al pueblo y Senado de Siracusa, como si tuviera que deliberar con ellos sobre cosas importantes para la República; y dando en aquella Asamblea a sus

soldados la señal acordada, les mandó matar a todos los senadores y a los más ricos ciudadanos que allí se hallaban. Librado de ellos, ocupó y conservó el principado de Siracusa sin que se manifestara guerra ninguna civil contra él<sup>214</sup>. Aunque se vio, después, dos veces derrotado y aun sitiado por los cartagineses, no solamente pudo defender su ciudad, sino que también, habiendo dejado una parte de sus tropas para custodiarla, fue con otra a atacar la África; de modo que en poco tiempo libró Siracusa sitiada y puso a los cartagineses en tanto apuro que se vieron forzados a tratar con él, se contentaron con la posesión del África y le abandonaron enteramente la Sicilia<sup>215</sup>.

Si consideramos sus acciones y valor, no veremos nada o casi nada que pueda atribuirse a la fortuna. No con el favor de ninguno, como lo he dicho más arriba, sino por medio de los grados militares adquiridos a costa de muchas fatigas y peligros, consiguió la soberanía<sup>216</sup>; y si se mantuvo en ella por medio de una infinidad de acciones tan peligrosas como estaban llenas de valor<sup>217</sup>, no puede aprobarse ciertamente lo que él hizo para conseguirla. La matanza de sus conciudadanos, la traición de sus amigos, su absoluta falta de fe, de humanidad y religión, son ciertamente medios con los que uno puede adquirir el imperio; pero no adquiere nunca con ellos ninguna gloria<sup>218</sup>.

No obstante esto, si consideramos el valor de Agatocles en el modo con que arrostra con los peligros y sale de ellos, y la sublimidad de su ánimo en soportar y vencer los sucesos que le son adversos<sup>219</sup>, no vemos por qué le tendríamos por inferior al mayor campeón de cualquiera especie<sup>220</sup>. Pero su feroz crueldad y despiadada inhumanidad, sus innumerables maldades, no permiten alabarle, como si él mereciera ocupar un lugar entre los hombres insignes más eminentes<sup>221</sup>; y vuelvo a concluir que no puede atribuirse a su fortuna ni valor lo que él adquirió sin uno ni otro<sup>222</sup>.

El segundo ejemplo más inmediato a nuestros tiempos es el de Oliverot de Fermo<sup>223</sup>. Después de haber estado, durante su niñez, en poder de su tío materno, Juan Fogliani, fue colocado por éste en la tropa del capitán Paulo Viteli<sup>224</sup>, a fin de llegar allí bajo un semejante maestro a algún grado elevado en las armas. Habiendo muerto después Paulo, y sucediéndole su hermano Viteloro en el mando, peleó bajo sus órdenes Oliverot; y como él tenía talento, siendo por otra parte robusto de cuerpo y sumamente valeroso, llegó a ser en breve tiempo el primer hombre de su tropa. Juzgando entonces que era una cosa servil el permanecer confundido entre el vulgo de los capitanes, concibió el proyecto de apoderarse de Fermo, con la ayuda de Viteloro, y de algunos ciudadanos de aquella ciudad que tenían más amor a la esclavitud que a la libertad de su patria<sup>225</sup>. En su consecuencia escribió, desde luego, a su tío Juan Fogliani, que era cosa natural que, después de una tan dilatada ausencia, quisiera volver él para abrazarle, ver su patria, reconocer en algún modo su patrimonio, y que iba a volver a Fermo; más que para adquirir algún honor, y queriendo mostrar a sus conciudadanos que él no había malogrado el tiempo bajo este aspecto, creía deber presentarse de un modo honroso, acompañado de cien soldados de a caballo, amigos suyos, y de algunos servidores<sup>226</sup>. Le rogó, en su consecuencia, que hiciera de modo que le recibieran los ciudadanos de Fermo con distinción, que no habiéndose fatigado durante tan larga ausencia «en atención a que, le decía, un semejante recibimiento no solamente le honraría a él mismo, sino que también redundaría en gloria de su tío, supuesto que él era su discípulo». Juan no dejó de hacerle los favores que él solicitaba, y a los que le parecía ser acreedor su sobrino. Hizo que le recibieran los habitantes de Fermo con honor, y le hospedó en su palacio. Oliverot, después de haberlo dispuesto todo para la maldad que él estaba premeditando, dio en él una espléndida comida a la que convidó a Juan Fogliani y todas las personas más visibles de Fermo<sup>227</sup>. Al fin de la comida, y cuando, según el estilo, no se hacía más que conversar sobre cosas de que se habla

comúnmente en la mesa, hizo recaer Oliverot diestramente la conversación sobre la grandeza de Alejandro VI y de su hijo César, como también sobre sus empresas. Mientras que él respondía a los discursos de los otros, y que los otros replicaban a los suyos, se levantó de repente diciendo que era una materia de que no podía hablarse más que en el más oculto lugar; y se retiró a un cuarto particular, al que Fogliani y todos los demás ciudadanos visibles le siguieron. Apenas se hubieron sentado allí, cuando, por salidas ignoradas de ellos, entraron diversos soldados que los degollaron a todos, sin perdonar a Fogliani. Después de esta matanza, Oliverot montó a caballo, recorrió la ciudad, fue a sitiar en su propio palacio al principal magistrado, tan bien que poseídos del temor todos los habitantes se vieron obligados a obedecerle y formar un nuevo gobierno cuyo soberano se hizo él<sup>228</sup>.

Librado Oliverot por este medio de todos aquellos hombres cuyo descontento podía serle temible<sup>229</sup>, fortificó su autoridad con nuevos estatutos civiles<sup>230</sup> y militares<sup>231</sup>, de modo que en el espacio de un año que él poseyó la soberanía<sup>232</sup> no solamente estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que también se hizo formidable a todos sus vecinos; y hubiera sido tan inexpugnable como Agatocles si no se hubiera dejado engañar de César Borgia cuando, en Sinigaglia, sorprendió éste, como lo llevo dicho, a los Ursinos y Vitelios. Habiendo sido cogido Oliverot mismo en esta ocasión, un año después de su parricidio<sup>233</sup>, le dieron garrote con Vitellozo, que había sido su maestro de valor y maldad<sup>234</sup>.

Podría preguntarse por qué Agatocles y algún otro de la misma especie pudieron, después de tantas traiciones e innumerables crueldades, vivir por mucho tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin ejercer actos crueles; como también por qué los conciudadanos de éste no se conjuraron nunca contra él, mientras que haciendo otros muchos uso de la crueldad, no pudieron conservarse jamás en sus Estados, tanto en tiempo de paz como en el de guerra.

Creo que esto dimana del buen o del mal uso que se hace de la crueldad. Podemos llamar buen uso los actos de crueldad -si, sin embargo, es lícito hablar bien del mal- que se ejercen de una vez<sup>235</sup>, únicamente por la necesidad de proveer a su propia seguridad<sup>236</sup>, sin continuarlos después<sup>237</sup>, y que al mismo tiempo trata uno de dirigirlos, cuanto es posible, hacia la mayor utilidad de los gobernados<sup>238</sup>.

Los actos de severidad mal usados son aquellos que, no siendo más que en corto número a los principios, van siempre aumentándose, y se multiplican de día en día, en vez de disminuirse y de mirar a su fin<sup>239</sup>.

Los que abrazan el primer método pueden, con los auxilios divinos y humanos, remediar, como Agatocles, la incertidumbre de su situación. En cuanto a los demás, no es posible que ellos se mantengan<sup>240</sup>.

Es menester, pues, que el que toma un Estado haga atención, en los actos de rigor que le es preciso hacer, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente<sup>241</sup>, a fin de no estar obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente haciéndoles bien.

El que obra de otro modo por timidez, o siguiendo malos consejos<sup>242</sup>, está precisado siempre a tener la cuchilla en la mano<sup>243</sup>; y no puede contar nunca con sus gobernados, porque ellos mismos, con el motivo de que está obligado a continuar y renovar incesantemente semejantes actos de crueldad, no pueden estar seguros con él.

Por la misma razón que los actos de severidad deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos ofenden menos<sup>244</sup>; los beneficios deben hacerse poco a poco, a fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor<sup>245</sup>.

Un príncipe debe, ante todas cosas, conducirse con sus gobernados de modo que ninguna casualidad, buena o mala, le haga variar<sup>246</sup>, porque si acaecen tiempos penosos, no le queda ya lugar para remediar el mal<sup>247</sup>; y el bien que hace entonces, no se convierte en provecho suyo<sup>248</sup>. Le miran como forzoso, y no te lo agradecen.

## Capítulo IX

### Del principado civil

Vengamos al segundo modo con que un particular puede hacerse príncipe sin valerse de crímenes ni violencias intolerables<sup>249</sup>. Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega a reinar en su patria. Pues bien, llamo civil este principado. Para adquirirle, no hay necesidad ninguna de cuanto el valor o fortuna pueden hacer, sino más bien de cuanto una acertada astucia puede combinar<sup>250</sup>. Pero digo que no se eleva uno a esta soberanía con el favor del pueblo o el de los grandes<sup>251</sup>.

En cualquiera ciudad hay dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado ni oprimido por los grandes; y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo. Del choque de ambas inclinaciones, dimana una de estas tres cosas: o el establecimiento del principado, o el de la república, o la licencia y anarquía. En cuanto al principado, se promueve su establecimiento por el pueblo o por los grandes, según que el uno u otro de estos dos partidos tienen ocasión para ello. Cuando los magnates ven que ellos no pueden resistir al pueblo<sup>252</sup>, comienzan formando una gran reputación a uno de ellos<sup>253</sup>, y dirigiendo todas las miradas hacia él hacerlo después príncipe<sup>254</sup>, a fin de poder dar, a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus inclinaciones. El pueblo procede del mismo modo con respecto a uno solo, cuando ve que no puede resistir a los grandes, a fin de que le proteja su autoridad<sup>255</sup>.

El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes se mantiene con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo<sup>256</sup>; porque siendo príncipe, se halla cercado de muchas gentes que se tienen por iguales con él<sup>257</sup>, y no puede mandarlas ni manejarlas a su discreción.

Pero el que llega a la soberanía con el favor popular<sup>258</sup> se halla sólo en su exaltación; y entre cuantos le rodean, no hay ninguno, o más que poquísimos a lo menos, que no estén prontos a obedecerle<sup>259</sup>.

Por otra parte, no se puede con decoro, y sin agraviar a los otros, contentar los deseos de los grandes<sup>260</sup>. Pero contenta uno fácilmente los del pueblo, porque los deseos de éste tienen un fin más honrado que el de los grandes, en atención a que los últimos quieren oprimir, y que el pueblo limita su deseo a no serlo.

Añádase a esto que, si el príncipe tiene por enemigo al pueblo, no puede estar jamás en seguridad; porque el pueblo se forma de un grandísimo número de hombres. Siendo poco

numerosos los magnates, es posible asegurarse de ellos más fácilmente. Lo peor que el príncipe tiene que temer de un pueblo que no le ama es el ser abandonado por él; pero si le son contrarios los grandes, debe temer no solamente verse abandonado, sino también atacado y destruido por ellos; porque teniendo estos hombres más previsión y astucia, emplean bien el tiempo para salir de aprieto, y solicitan dignidades al lado de aquel al que esperan ver reinar en su lugar<sup>261</sup>.

Además, el príncipe está en la necesidad de vivir siempre con este mismo pueblo; pero puede obrar ciertamente sin los mismos magnates, supuesto que puede hacer otros nuevos y deshacerlos todos los días; como también darles crédito, o quitarles el que tienen, cuando esto le acomoda<sup>262</sup>.

Para aclarar más lo relativo a ellos, digo que los grandes deben considerarse bajo dos aspectos principales o se conducen de modo que se unan en un todo con la fortuna u obran de modo que se pasen sin ella. Los que se enlazan con la fortuna, si no son rapaces<sup>263</sup>, deben ser honrados y amados. Los otros que no se unen a ti personalmente, pueden considerarse bajo dos aspectos: o se conducen así por pusilanimidad o una falta de ánimo, y entonces debes servirte de ellos como de los primeros, especialmente cuando te dan buenos consejos, porque te honran en tu prosperidad, y no tienes que temer nada de ellos en la adversidad<sup>264</sup>. Pero los que no se empeñan más que por cálculo o por causa de ambición<sup>265</sup>, manifiestan que piensan más en sí que en ti. El príncipe debe estar sobre sí contra ellos y mirarlos como a enemigos declarados, porque en su adversidad ayudarán a hacerle caer<sup>266</sup>.

Un ciudadano hecho príncipe con el favor del pueblo debe tirar a conservarse su afecto; lo cual le es fácil porque el pueblo le pide únicamente el no ser oprimido. Pero el que llegó a ser príncipe con la ayuda de los magnates y contra el voto del pueblo, debe, ante todas cosas, tratar de conciliársele; lo que le es fácil cuando le toma bajo su protección<sup>267</sup>. Cuando los hombres reciben bien de aquel de quien no esperaban más que mal, se apegan más y más a él<sup>268</sup>. Así, pues, el pueblo sometido por un nuevo príncipe que se hace bienhechor suyo, le coge más afecto que si él mismo, por benevolencia, le hubiera elevado a la soberanía. Luego el príncipe puede conciliarse el pueblo de muchos modos; pero éstos son tan numerosos y dependen de tantas circunstancias variables, que no puedo dar una regla fija y cierta sobre este particular. Me limito a concluir que es necesario que el príncipe tenga el afecto del pueblo<sup>269</sup>, sin lo cual carecerá de recurso en la adversidad<sup>270</sup>.

Nabis, príncipe nuevo entre los espartanos, sostuvo el sitio de toda la Grecia y de un ejército romano ejercitado en las victorias; defendió fácilmente contra uno y otro su patria y Estado, porque le bastaba, a la llegada del peligro, el asegurarse de un corto número de enemigos interiores. Pero no hubiera logrado él estos triunfos, si hubiera tenido al pueblo por enemigo.

¡Ah!, no se crea impugnar la opinión que estoy sentado aquí, con objetarme aquel tan repetido proverbio «que el que se fía en el pueblo, edifica en la arena»<sup>271</sup>. Esto es verdad, cénfiésolo, para un ciudadano privado, que, contento en semejante fundamento, creyera que le libraría el pueblo, si él se viera oprimido por sus enemigos o los magistrados. En cuyo caso, podría engañarse a menudo en sus esperanzas, como esto sucedió en Roma a los Gracos y en Florencia a mosén Jorge Scali. Pero si el que se funda sobre el pueblo es príncipe suyo; si puede mandarle y que él sea hombre de corazón, no se atemorizará en la adversidad; si no deja de hacer, por otra parte, las conducentes disposiciones, y que mantenga con sus estatutos

y valor el de la generalidad de los ciudadanos, no será engañado jamás por el pueblo, y reconocerá que los fundamentos que él se ha formado con éste, son buenos<sup>272</sup>.

Estas soberanías tienen la costumbre de peligrar, cuando uno las hace subir del orden civil al de una monarquía absoluta, porque el príncipe manda entonces o por sí mismo o por el intermedio de sus magistrados. En este postrer caso, su situación es más débil y peligrosa, porque depende enteramente de la voluntad de los que ejercen las magistraturas, y que pueden quitarle con una grande facilidad el Estado, ya sublevándose contra él, ya no obedeciéndole<sup>273</sup>. En los peligros, semejante príncipe no está ya a tiempo de recuperar la autoridad absoluta, porque los ciudadanos y gobernados que tienen la costumbre de recibir las órdenes de los magistrados, no están dispuestos, en estas circunstancias críticas, a obedecer a las suyas<sup>274</sup>; y que en estos tiempos dudosos carece él siempre de gentes en quienes pueda fiarse<sup>275</sup>.

Semejante príncipe no puede fundarse sobre lo que él ve en los momentos pacíficos, cuando los ciudadanos necesitan del Estado; porque entonces cada uno vuela, promete y quiere morir por él, en atención a que está remota la muerte<sup>276</sup>. Pero en los tiempos críticos, cuando el Estado necesita de los ciudadanos, no se hallan más que poquísimos de ellos.

Esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto uno no puede hacerla más que una vez<sup>277</sup>; en su consecuencia, un prudente príncipe debe imaginar un modo, por cuyo medio sus gobernados tengan siempre, en todo evento y circunstancias de cualquier especie, una grandísima necesidad de su principado<sup>278</sup>. Es el expediente más seguro para hacérselos fieles para siempre.

## Capítulo X

### Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados

O el principado es bastante grande para que en él halle el príncipe, en caso necesario, con qué sostenerse por sí mismo<sup>279</sup>, o es tal que, en semejante caso, se ve precisado a implorar el auxilio de los otros<sup>280</sup>.

Pueden sostenerse los príncipes por sí mismos, cuando tienen suficientes hombres y dinero para formar el correspondiente ejército, con el que estén habilitados para dar batalla a cualquiera que llegara a atacarlos<sup>281</sup>. Necesitan de los otros, los que no pudiendo salir a campaña contra los enemigos, se ven obligados a encerrarse dentro de sus muros y ceñirse a guardarlos<sup>282</sup>.

Se ha hablado del primer caso; y le mentaremos todavía, cuando se presente la ocasión de ello.

En el segundo caso, no podemos menos de alentar a semejantes príncipes a mantener y fortificar la ciudad de su residencia sin inquietarse por lo restante del país<sup>283</sup>. Cualquiera que haya fortificado bien el lugar de su mansión, y se haya portado bien con sus gobernados, como lo hemos dicho más arriba y lo diremos adelante, no será atacado nunca más que con mucha circunspección, porque los hombres miran con tibieza siempre las empresas que les

presentan dificultades; y que no puede esperarse un triunfo fácil, atacando a un príncipe que tiene bien fortificada su ciudad y no está aborrecido de su pueblo<sup>284</sup>.

Las ciudades de Alemania son muy libres; tienen, en sus alrededores, poco territorio que les pertenezca; obedecen al emperador cuando lo quieren; y no le temen a él ni a ningún otro potentado inmediato, a causa de que están fortificadas, y cada uno de ellos ve que le sería dificultoso y adverso el atacarlas<sup>285</sup>. Todas tienen fosos, murallas, una suficiente artillería, y conservan en sus bodegas, cámaras y almacenes con qué comer, beber y hacer lumbre durante un año. Fuera de esto, a fin de tener suficientemente alimentado al populacho, sin que sea gravoso al público, tienen siempre, es común con qué darle de trabajar por espacio de un año en aquellas especies de obras que son el nervio y alma de la ciudad, y con cuyo producto se sustenta este populacho. Mantienen también en una grande consideración los ejercicios militares, y tienen sumo cuidado de que permanezcan ellos en vigor<sup>286</sup>.

Así, pues, un príncipe que tiene una ciudad fuerte y no se hace aborrecer en ella, no puede ser atacado; y si lo fuera, se volvería con oprobio el que le atacara. Son tan variables las cosas terrenas, que es casi imposible que el que ataca, siendo llamado en su país por alguna vicisitud inevitable de sus Estados, permanezca rodando un año con su ejército bajo unos muros que no le es posible atacar<sup>287</sup>.

Si alguno objetara que en el caso de que teniendo un pueblo sus posesiones afuera y las viera quemar perdería paciencia, y que un dilatado sitio y su interés le hacían olvidar el de su príncipe, responderé que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades; ya haciendo esperar a sus gobernados que el mal no será largo, ya haciéndoles temer diversas crueldades por parte del enemigo, o ya, últimamente, asegurándose con arte de aquellos súbditos que le parezcan muy osados en sus quejas<sup>288</sup>.

Fuera de esto, habiendo debido naturalmente el enemigo, desde su llegada, quemar y asolar el país, cuando estaban los sitiados en el primer ardor de la defensa, el príncipe debe tener tanto menos desconfianza después, cuanto a continuación de haberse pasado algunos días se han enfriado los ánimos, los daños están ya hechos, los males sufridos y sin que les quede remedio ninguno. Los ciudadanos entonces llegan tanto mejor a unirse a él, cuanto les parece que ha contraído una nueva obligación con ellos, con motivo de haberse arruinado sus posesiones y casas en defensa suya<sup>289</sup>. La naturaleza de los hombres es de obligarse unos a otros, así tanto con los beneficios que ellos acuerdan como con los que reciben. De ello es preciso concluir que, considerándolo todo bien, no le es difícil a un príncipe, que es prudente, el tener al principio y en lo sucesivo durante todo el tiempo de un sitio, inclinados a su persona los ánimos de sus conciudadanos, cuando no les falta con qué vivir ni con qué defenderse<sup>290</sup>.

## Capítulo XI

### De los principados eclesiásticos

No nos resta hablar ahora más que de los principados eclesiásticos, sobre los que no hay dificultad ninguna más que para adquirir la posesión suya; porque hay necesidad, a este efecto, de valor o de una buena fortuna. No hay necesidad de uno ni otro para conservarlos; se sostiene uno en ellos por medio de instituciones, que fundadas antiguamente, son tan

poderosas y tienen tales propiedades, que ellas conservan al príncipe en su Estado de cualquier modo que él proceda y se conduzca<sup>291</sup>.

Únicamente estos príncipes tienen Estados sin estar obligados a defenderlos, y súbditos sin experimentar la molestia de gobernarlos. Estos Estados, aunque indefensos, no les son quitados; y estos súbditos, aunque sin gobierno como ellos están, no tienen zozobra ninguna de esto; no piensan en mudar de príncipe, y ni aun pueden hacerlo. Son, pues, estos Estados los únicos que prosperan y están seguros.

Pero como son gobernados por causas superiores a que la razón humana no alcanza, los pasaré en silencio; sería menester ser bien presuntuoso y temerario para discurrir sobre unas soberanías erigidas y conservadas por Dios mismo<sup>292</sup>.

Alguno, sin embargo, me preguntará de qué proviene que la Iglesia Romana se elevó a una tan superior grandeza en las cosas temporales, de tal modo que la dominación pontificia de la que, antes del Papa Alejandro VI los potentados italianos, y no solamente los que se llaman potentados, sino también cada barón, cada señor, por más pequeños que fuesen, hacían corto aprecio en las cosas temporales, hace temblar ahora a un Rey de Francia, aun pudo echarle de Italia, y arruinar a los venecianos. Aunque estos hechos son conocidos, no tengo por cosa en balde el representarlos en parte<sup>293</sup>.

Antes que el Rey de Francia, Carlos VIII, viniera a Italia, esta provincia estaba distribuida bajo el imperio del Papa, Venecianos, rey de Nápoles, duque de Milán y Florentinos. Estos potentados debían tener dos cuidados principales: el uno que ningún extranjero trajera ejércitos a Italia, y el otro que no se engrandeciera ninguno de ellos. Aquellos contra quienes más les importaba tomar estas precauciones, eran el Papa y los venecianos. Para contener a los venecianos era necesaria la unión de todos los otros, como se había visto en la defensa de Ferrara; y para contener al Papa se valían estos potentados de los barones de Roma, que, hallándose divididos en dos facciones, las de los Urbinos y Colonias, tenían siempre, con motivo de sus continuas discusiones, desenvainada la espada unos contra otros, a la vista misma del Pontífice, al que inquietaban incesantemente. De ello resultaba que la potestad temporal del pontificado permanecía siempre débil y vacilante<sup>294</sup>.

Aunque a veces sobrevenía un Papa de vigoroso genio como Sixto IV, la fortuna o su ciencia no podían desembarazarle de este obstáculo, a causa de la brevedad de su pontificado. En el espacio de diez años, que, uno con otro, reinaba cada Papa, no les era posible, por más molestias que se tomaran, el abatir una de estas facciones. Si uno de ellos, por ejemplo, conseguía extinguir casi la de los Colonnas, otro Papa, que se hallaba enemigo de los Ursinos, hacía resucitar a los Colonnas. No le quedaba ya suficiente tiempo para aniquilarlos después; y con ello acaecía que hacían poco caso de las fuerzas temporales del Papa en Italia<sup>295</sup>.

Pero se presentó Alejandro VI, quien, mejor que todos sus predecesores, mostró cuánto puede triunfar un Papa, con su dinero y fuerzas, de todos los demás príncipes<sup>296</sup>. Tomando a su duque de Valentinois por instrumento, y aprovechándose de la ocasión del paso de los franceses, ejecutó cuantas cosas llevo referidas ya al hablar sobre las acciones de este duque. Aunque su intención no había sido aumentar los dominios de la Iglesia, sino únicamente proporcionar otros grandísimos al duque, sin embargo, lo que hizo por él, ocasionó el engrandecimiento de esta potestad temporal de la Iglesia, supuesto que a la extinción del duque heredó ella el fruto de sus guerras. Cuando el papa Julio vino después, la halló muy poderosa, pues ella poseía toda la Romaña; y todos los barones de Roma estaban sin fuerza,

supuesto que Alejandro, con los diferentes modos de hacer derrotar sus facciones, las había destruido<sup>297</sup>. Halló también el camino abierto para algunos medios de atesorar, que Alejandro no había puesto en práctica nunca. Julio no solamente siguió el curso observado por éste, sino que también formó el designio de conquistar Bolonia, reducir a los venecianos, arrojar de Italia a los franceses<sup>298</sup>. Todas estas empresas le salieron bien, y con tanta más gloria para él mismo, cuanto ellas llevaban la mira de acrecentar el patrimonio de la Iglesia y no el de ningún particular. Además de esto, mantuvo las facciones de los Urbinos y Colonnas en los mismos términos en que las halló<sup>299</sup>; y aunque había entre ellas algunos jefes capaces de turbar el Estado, permanecieron sumisos, porque los tenía espantados la grandeza de la Iglesia, y no había cardenales que fueran de su familia: lo cual era causa de sus disensiones. Estas facciones no estarán jamás sosegadas mientras que ellas tengan algunos cardenales<sup>300</sup>, porque éstos mantienen, en Roma y por afuera, unos partidos que los barones están obligados a defender; y así es como las discordias y guerras entre los barones, dimanen de la ambición de estos prelados<sup>301</sup>.

Sucediendo Su Santidad el papa León X a Julio, halló, pues, el pontificado elevado a un altísimo grado de dominación; y hay fundamentos para esperar que, si Alejandro y Julio le engrandecieron con las armas, este pontífice le engrandecerá más todavía, haciéndole venerar con su bondad y demás infinitas virtudes que sobresalen en su persona.

## Capítulo XII

### Cuántas especies de tropas hay; y de los soldados mercenarios

Después de haber hablado en particular de todas las especies de principados sobre las que al principio me había propuesto discurrir considerado, bajo algunos aspectos, las causas de su buena o mala constitución; y mostrando los medios con que muchos príncipes trataron de adquirirlos y conservarlos, me resta ahora discurrir, de un modo general, sobre los ataques y defensas que pueden ocurrir en cada uno de los Estados de que llevo hecha mención.

Los principales fundamentos de que son capaces todos los Estados, ya nuevos, ya antiguos, ya mixtos, son las buenas leyes y armas; y porque las leyes no pueden ser malas en donde son buenas las armas, hablaré de las armas echando a un lado las leyes<sup>302</sup>.

Pero las armas con que un príncipe defiende su Estado son o las suyas propias o armas mercenarias, o auxiliares, o armas mixtas.

Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas<sup>303</sup>. Si un príncipe apoya su Estado con tropas mercenarias, no estará firme ni seguro nunca, porque ellas carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos, y cobardes contra los enemigos, y que no temen temor de Dios, ni buena fe con los hombres. Si uno, con semejantes tropas, no queda vencido, es únicamente cuando no hay todavía ataque. En tiempo de paz te pillan ellas; y en el de guerra dejan que te despojen los enemigos.

La causa de esto es que ellas no tienen más amor, ni motivo que te las apegue que el de su sueldecillo; y este sueldecillo no puede hacer que estén resueltas a morir por ti. Tienen ellas a bien ser soldados tuyos, mientras que no hacen la guerra; pero si ésta sobreviene huyen ellas y quieren retirarse<sup>304</sup>.

No me costaría sumo trabajo el persuadir lo que acabo de decir, supuesto que la ruina de la Italia, en este tiempo (en el siglo XVI), no proviene sino de que ella, por espacio de muchos años, descuidó en las armas mercenarias, que lograron ciertamente, es verdad, algunos triunfos en provecho de tal o cual príncipe y se manifestaron animosas contra varias tropas del país; pero a la llegada del extranjero mostraron lo que realmente eran ellas. Por esto Carlos VIII, rey de Francia, tuvo la facilidad de tomar la Italia con greda; y el que decía que nuestros pecados eran la causa de ello, decía la verdad; pero no eran los que él creía, sino los que tengo mencionados ya. Y como e s t o s pecados eran los de los príncipes, llevaron ellos mismos también su castigo<sup>305</sup>.

Quiero demostrar todavía mejor la desgracia que el uso de esta especie de tropas acarrea. O los capitanes mercenarios son hombres excelentes o no lo son. Si no lo son, no puedes fiarte en ellos, porque aspiran siempre a elevarse ellos mismos a la grandeza, sea oprimiéndote, a ti que eres dueño suyo, sea oprimiendo a los otros contra tus intenciones<sup>306</sup>, y si el capitán no es un hombre de valor<sup>307</sup>, causa comúnmente tu ruina.

Si alguno replica diciendo que cuanto capitán tenga tropas a su disposición, sea o no mercenario, obrará del mismo modo, responderé mostrando cómo estas tropas mercenarias deben emplearse por un príncipe o república.

El príncipe debe ir en persona a su frente y hacer por sí mismo el oficio de capitán<sup>308</sup>. La república debe enviar a uno de sus ciudadanos para mandarlas; y si después de sus primeros principios no se muestra muy capaz de ello, debe sustituirle con otro. Si, por el contrario se muestra muy capaz, conviene que le contenga, por medio de sabias leyes para impedirle pasar del punto que ella ha fijado<sup>309</sup>.

La experiencia nos enseña que únicamente los príncipes que tienen ejércitos propios y las repúblicas que gozan del mismo beneficio hacen grandes progresos, mientras que las repúblicas y príncipes que se apoyan sobre ejércitos mercenarios no experimentan más que reveses<sup>310</sup>.

Por otra parte, una república cae menos fácilmente bajo el yugo del ciudadano que manda, y que desea esclavizarla, cuando está armada con sus propias armas<sup>311</sup> que cuando no tiene más que ejércitos extranjeros. Roma y Esparta se conservaron libres con sus propias armas por espacio de muchos siglos, y los suizos, que están armados del mismo modo, se mantienen también sumamente libres.

Por lo que mira a los inconvenientes de los ejércitos mercenarios de la antigüedad, tenemos el ejemplo de los cartagineses, que acabaron siendo sojuzgados por sus soldados mercenarios después de la primera guerra contra los romanos, aunque los capitanes de estos soldados eran cartagineses. Habiendo sido nombrado Filipo de Macedonia por capitán de los tebanos después de muerto Epaminondas, los hizo vencedores, es verdad; pero a continuación de la victoria, los esclavizó. Constituidos los milaneses en república después de la muerte del duque Felipe María Visconti, emplearon como mantenidos a su sueldo a Francisco Sforza y tropa suya contra los venecianos; y este capitán, después de haber vencido a los venecianos en Caravaggio, se unió con ellos para sojuzgar a los milaneses que, sin embargo, eran sus amos<sup>312</sup>. Cuando Sforza, su padre, que estaba con sus tropas al sueldo de la reina de Nápoles, la abandonó de repente, quedó ella tan bien desarmada que para no perder su reino se vio precisada a echarse en los brazos del rey de Aragón<sup>313</sup>.

Si los venecianos y florentinos extendieron su dominación con esta especie de armas durante los últimos años, y si los capitanes de estas armas no se hicieron príncipes de Venecia<sup>314</sup>; si, finalmente, estos pueblos se defendieron bien con ellas, los florentinos, que tuvieron particularmente esta dicha, deben dar gracias a la suerte por la cual sola ellos fueron singularmente favorecidos. Entre aquellos valerosos capitanes, que podían ser temibles, algunos, sin embargo, no tuvieron la dicha de haber ganado victorias<sup>315</sup>; otros encontraron insuperables obstáculos<sup>316</sup>, y, finalmente, hay varios que dirigieron su ambición hacia otra parte<sup>317</sup>. Del número de los primeros fue Juan Acat, sobre cuya fidelidad no podemos formar juicio, supuesto que él no fue vencedor; pero se convendrá en que si lo hubiera sido, quedaban a su discreción los florentinos. Si Santiago Sforza no invadió los Estados que le tenían a su sueldo, nace de que tuvo siempre contra sí a los Braceschis, que le contenían, al mismo tiempo que él los contenía<sup>318</sup>. Últimamente, si Francisco Sforza<sup>319</sup> dirigió eficazmente su ambición hacia la Lombardía fue porque Braccio dirigía la suya hacia los Estados de la Iglesia y el reino de Nápoles. Pero volvamos a algunos hechos más cercanos a nosotros<sup>320</sup>.

Tomemos la época en que los florentinos habían elegido por capitán suyo a Paulo Viteli, habilísimo sujeto y que había adquirido una grande reputación, aunque nacido en una condición vulgar. ¿Quién negará que si él se hubiera apoderado de Pisa, sus soldados, por más florentinos que ellos eran, hubieran tenido por conveniente el quedarse con él? Si él hubiera pasado al sueldo del enemigo, no era ya posible remediar cosa ninguna; y supuesto que le habían conservado por capitán, era cosa natural que le obedeciesen sus tropas<sup>321</sup>.

Si se consideran los adelantamientos que los venecianos hicieron, se verá que ellos obraron segura y gloriosamente mientras que hicieron ellos mismos la guerra. Lo cual se verificó mientras que no tentaron nada contra la tierra firme, y que su nobleza peleó valerosamente con el pueblo bajo armado<sup>322</sup>. Pero cuando se pusieron a hacer la guerra por tierra, abandonándolos entonces su valor abrazaron los estilos de la Italia y se sirvieron de legiones mercenarias. No tuvieron que desconfiarse mucho de ellas en el principio de sus adquisiciones, porque no poseían, entonces, en tierra firme, un país considerable, y gozaban todavía de una respetable reputación. Pero luego que se hubieron engrandecido, bajo el mando del capitán Carmagnola, echaron de ver bien pronto la falta en que ellos habían incurrido. Viendo a este hombre, tan hábil como valeroso, dejarse derrotar, sin embargo, al obrar por ellos contra el duque de Milán, su soberano natural, y sabiendo, además, que en esta guerra se conducía fríamente, comprendieron que no podían vencer ya con él<sup>323</sup>. Pero como hubieran corrido peligro de perder lo que habían adquirido si hubieran licenciado a este capitán, que se hubiera pasado al servicio del enemigo, y como también la prudencia no les permitía dejarle en su puesto, se vieron obligados, para conservar sus adquisiciones, a hacerle perecer<sup>324</sup>.

Tuvieron después por capitán a Bartolomé Colleoni de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y otros semejantes, con los que debían menos esperar ganar que temer perder; como sucedió en Vaila, donde en una sola batalla fueron despojados de lo que no habían adquirido más que con ochocientos años de enormes fatigas<sup>325</sup>.

Concluyamos de todo esto que con legiones mercenarias las conquistas son lentas, tardías, débiles, y las pérdidas repentinas e inmensas.

Supuesto que estos ejemplos me han conducido a hablar de la Italia, en que se sirven de semejantes armas muchos años hace, quiero volver a tomar de más arriba lo que le es relativo, a fin de que habiendo dado a conocer su origen y progresos pueda reformarse mejor el uso

suyo<sup>326</sup>. Es menester traer a la memoria, desde luego, cómo en los siglos pasados, luego que el emperador de Alemania hubo comenzado a ser echado de la Italia<sup>327</sup> y el Papa a adquirir en ella una grande dominación temporal, se vio dividida aquella en muchos Estados<sup>328</sup>. En las ciudades más considerables se armó el pueblo contra los nobles, quienes, favorecidos al principio por el emperador, tenían oprimidos a los restantes ciudadanos; y el Papa auxiliaba estas rebeliones populares para adquirir valimiento en las cosas terrenas<sup>329</sup>. En otras muchas ciudades, diversos ciudadanos se hicieron príncipes de ellas<sup>330</sup>. Habiendo caído con ello la Italia casi toda bajo el poder de los papas, si se exceptúan algunas repúblicas<sup>331</sup>, y no estando habituados estos pontífices ni sus cardenales a la profesión de las armas, se echaron a tomar a su sueldo tropas extranjeras. El primer capitán que puso en crédito a estas tropas, fue el romañol Alberico de Como, en cuya escuela se formaron, entre otros varios, aquel Braccio y aquel Sforza, que fueron después los árbitros de la Italia; tras ellos vinieron todos aquellos otros capitanes mercenarios que, hasta nuestros días, mandaron los ejércitos de nuestra vasta península<sup>332</sup>. El resultado de su valor es que este hermoso país, a pesar de ellos, pudo recorrerse libremente por Carlos VIII, tomarse por Luis XII, sojuzgarse por Fernando e insultarse por los suizos<sup>333</sup>.

El método que estos capitanes seguían consistía primeramente en privar de toda consideración a la infantería, a fin de proporcionarse la mayor a sí mismos; y obraban así porque, no poseyendo Estado ninguno, no podían tener más que pocos infantes, ni alimentar a muchos, y que, por consiguiente, la infantería no podía adquirirles un gran renombre<sup>334</sup>. Preferían la caballería, cuya cantidad proporcionaban a los recursos del país que había de alimentarla, y en el que era tanto más honrada cuanto más fácil era su mantenimiento. Las cosas habían llegado al punto que, en un ejército de veinte mil hombres, no se contaban dos mil infantes<sup>335</sup>.

Habían tomado, además, todos los medios posibles para desterrar de sus soldados y de sí mismos la fatiga y el miedo, introduciendo el uso de no matar en las refriegas, sino de hacer en ellas prisioneros, sin degollarlos<sup>336</sup>. De noche los de las tiendas no iban a acampar en las tierras, y los de las tierras no volvían a las tiendas; no hacían fosos ni empalizadas alrededor de su campo ni se acampaban durante el invierno. Todas estas cosas permitidas en su disciplina militar se habían imaginado por ellos, como lo hemos dicho, para ahorrarles algunas fatigas y peligros<sup>337</sup>. Pero con estas precauciones condujeron la Italia a la esclavitud y envilecimiento<sup>338</sup>.

## Capítulo XIII

### De los soldados auxiliares, mixtos y propios

Las armas auxiliares que he contado entre las inútiles, son las que otro príncipe os presta para socorremos y defenderos<sup>339</sup>. Así, en estos últimos tiempos, habiendo hecho el papa Julio una desacertada prueba de las tropas mercenarias en el ataque de Ferrara, convino con Fernando, rey de España, que éste iría a incorporarse con sus tropas. Estas armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas<sup>340</sup>; pero son infaustas siempre para el que las llama; porque si pierdes la batalla, quedas derrotado, y si la ganas te haces prisionero suyo en algún modo<sup>341</sup>.

Aunque las antiguas historias están llenas de ejemplos que prueban esta verdad<sup>342</sup>, quiero detenerme en el de Julio II, que está todavía muy reciente. Si el partido que él abrazó de

ponerse todo entero en las manos de un extranjero para conquistar Ferrara, no le fue funesto, es que su buena fortuna engendró una tercera causa, que le preservó contra los efectos de esta mala determinación<sup>343</sup>. Habiendo sido derrotados sus auxiliares en Rávena, los suizos que sobrevivieron, contra su esperanza y la de todos los demás, echaron a los franceses que habían ganado la victoria. No quedó hecho prisionero de sus enemigos, por la única razón de que ellos iban huyendo; ni de sus auxiliares, a causa de que él había vencido realmente, pero con armas diferentes de las de ellos<sup>344</sup>.

Hallándose los florentinos sin ejército totalmente, llamaron a diez mil franceses para ayudarlos a apoderarse de Pisa; y esta disposición les hizo correr más peligros que no habían encontrado nunca en ninguna empresa marcial.

Queriendo oponerse el emperador de Constantinopla a sus vecinos, envió a la Grecia diez mil turcos, los que, acabada la guerra, no quisieron ya salir de ella<sup>345</sup>; y fue el principio de la sujeción de los griegos al yugo de los infieles<sup>346</sup>.

Únicamente el que no quiere estar habilitado para vencer<sup>347</sup> es capaz de valerse de semejantes armas, que miro como mucho más peligrosas que las mercenarias. Cuando son vencidas, no quedan por ello todas menos unidas y dispuestas a obedecer a otros que a ti, en vez de que las mercenarias, después de la victoria, tienen necesidad de una ocasión más favorable para atacarle, porque no forman todas un mismo cuerpo. Por otra parte, hallándose reunidas y pagadas por ti, el tercero a quien has conferido el mando suyo no puede tan pronto adquirir bastante autoridad sobre ellas para disponerlas inmediatamente a atacarte. Si la cobardía es lo que debe temerse más en las tropas mercenarias, lo más temible en las auxiliares es la valentía<sup>348</sup>.

Un príncipe sabio evitó siempre valerse de unas y otras; y recurrió a sus propias armas, prefiriendo perder con ellas a vencer con las ajenas. No miró jamás como una victoria real lo que se gana con las armas de los otros. No titubearé nunca<sup>349</sup> en citar, sobre esta materia, a César Borgia y conducta suya en semejante caso. Entró este duque con armas auxiliares en la Romaña, conduciendo a ella las tropas francesas con que tomó Imola y Forli<sup>350</sup>; pero no pareciéndole bien pronto seguras semejantes armas, y juzgando que había menos riesgo en servirse de las mercenarias, tomó a su sueldo las de los Ursinos y Vitelis. Hallando después que éstos obraban de un modo sospechoso, infiel y peligroso, se deshizo de ellas, recurrió a unas armas que fuesen suyas propias<sup>351</sup>.

Podemos juzgar fácilmente de la diferencia que hubo entre la reputación del duque César Borgia, sostenido por los Ursinos y Vitelis, y la que él se granjeó luego que se hubo quedado con sus propios soldados, no apoyándose más que sobre sí mismo. Se hallará ésta muy superior a la precedente. No fue bien apreciado bajo el afecto militar, más que cuando se vio que él era enteramente poseedor de las armas que empleaba.

Aunque no he querido desviarme de los ejemplos italianos tomados en una era inmediata a la nuestra, no olvidaré por ello a Hierón de Siracusa, del que tengo yo hecha mención anteriormente<sup>352</sup>. Desde que fue elegido por los siracusanos para jefe de su ejército, como lo he dicho, conoció al punto que no era útil la tropa mercenaria, porque sus jefes eran lo que fueron en lo sucesivo los capitanes de Italia. Creyendo que él no podía conservarlos, ni retirarlos, tomó la resolución de destrozarlos<sup>353</sup>; hizo después la guerra con sus propias armas y nunca ya con las ajenas<sup>354</sup>.

Quiero traer a la memoria todavía un hecho del Antiguo Testamento que tiene relación con mi materia<sup>355</sup>. Ofreciendo David a Saúl ir a pelear contra el filisteo Goliat, Saúl, para darle alientos, le revistió con su armadura real; pero David, después de habérsela puesto, la desechó diciendo que cargado así no podía servirse libremente de sus propias fuerzas y que gustaba más de acometer con honda y cuchillo al enemigo. En suma, si tomas las armaduras ajenas, o ellas se te caen de los hombros, o te pesan mucho, o te aprietan y embarazan.

Carlos VII, padre de Luis XI, habiendo librado con su valor y fortuna la Francia de la presencia de los ingleses, conoció la necesidad de tener armas que fuesen suyas<sup>356</sup> y quiso que hubiera caballería e infantería en su reino. El rey Luis XI, su hijo, suprimió la infantería y tomó a su sueldo suizos<sup>357</sup>. Imitada esta falta por sus sucesores, es ahora, como lo vemos (en el año de 1513), la causa de los peligros en que se halla el reino. Dando alguna reputación a los suizos desalentó su propio ejército, y suprimiendo enteramente la infantería hizo dependiente de las armas ajenas su propia caballería, que acostumbrada a pelear con el socorro de los suizos cree no poder ya vencer sin ellos<sup>358</sup>. Resulta de ello que los franceses no bastaron para pelear contra los suizos, y que sin ellos no intentan nada contra los otros.

Los ejércitos de la Francia se compusieron, pues, en parte, de sus propias armas, y en parte de las mercenarias. Reunidas las unas y otras valen más que si no hubiera más que mercenarias o auxiliares; pero un ejército así formado es inferior con mucho a lo que él sería si se compusiera de armas francesas únicamente<sup>359</sup>. Este ejemplo basta, porque el reino de Francia sería invencible si se hubiera acrecentado o conservado solamente la institución militar de Carlos VII<sup>360</sup>. Pero a menudo una cierta cosa, que los hombres de una mediana prudencia establecen con motivo de algún bien que ella promete, esconde en sí misma un funestísimo veneno, como lo dije antes hablando de las fiebres tísicas. Así, pues, el que estando al frente de un principado no descubre el mal en su raíz, ni le conoce hasta que él se manifiesta, no es verdaderamente sabio. Pero está acordada a pocos príncipes esta perspicacia<sup>361</sup>.

Si se quiere subir al origen de la ruina del imperio romano se descubrirá que ella trae su fecha de la época en que él se puso a tomar godos a sueldo, porque desde entonces comenzaron a enervarse sus fuerzas<sup>362</sup>; y cuanto vigor se le hacía perder se convertía en provecho de ellos.

Concluyo que ningún principado puede estar seguro cuando no tiene armas que le pertenezcan en propiedad<sup>363</sup>. Hay más: depende él enteramente de la suerte, porque carece del valor que sería necesario para defenderle en la adversidad. La opinión y máxima de los políticos sabios fue siempre que ninguna cosa es tan débil, tan vacilante, como la reputación de una potencia que no está fundada sobre sus propias fuerzas.

Las propias son las que se componen de los soldados, ciudadanos o hechuras del príncipe: todas las demás son mercenarias o auxiliares<sup>364</sup>. El modo para formarse armas propias, será fácil de hallar<sup>365</sup> si se examinan las instituciones de que hablé antes, y si se considera cómo Filipo, padre de Alejandro, igualmente que muchas repúblicas y príncipes se formaron ejércitos y los ordenaron. Remito enteramente a sus constituciones para este objeto<sup>366</sup>.

## Capítulo XIV

### De las obligaciones del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra

Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos<sup>367</sup>, porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. Este arte es de una tan grande utilidad que él no solamente mantiene en el trono a los que nacieron príncipes, sino que también hace subir con frecuencia a la clase de príncipe a algunos hombres de una condición privada<sup>368</sup>. Por una razón contraria, sucedió que varios príncipes, que se ocupaban más en las delicias de la vida que en las cosas militares, perdieron sus Estados<sup>369</sup>. La primera causa que te haría perder el tuyo sería abandonar el arte de la guerra, como la causa que hace adquirir un principado al que no le tenía, es sobresalir en este arte. Mostrose superior en ello Francisco Sforza por el solo hecho de que, no siendo más que un simple particular, llegó a ser duque de Milán<sup>370</sup>; y sus hijos, por haber evitado las fatigas e incomodidades de la profesión de las armas, de duques que ellos eran pasaron a ser simples particulares con esta diferencia<sup>371</sup>.

Entre las demás raíces del mal que te acaecerá, si por ti mismo no ejerces el oficio de las armas, debes contar el menosprecio que habrán concebido para con tu persona<sup>372</sup>, lo que es una de aquellas infamias de que el príncipe debe preservarse, como se dirá más adelante al hablar de aquellas a las que se propasa él con utilidad. Entre el que es guerrero y el que no lo es no hay ninguna proporción. La razón nos dice que el sujeto que se halla armado no obedece con gusto a cualquiera que sea desarmado<sup>373</sup>; y que el amo que está desarmado no puede vivir seguro entre sirvientes armados<sup>374</sup>. Con el desdén que está en el corazón del uno y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que ellos hagan juntos buenas operaciones<sup>375</sup>.

Además de las otras calamidades que se atrae un príncipe que no entiende nada de guerra, hay la de no poder ser estimado de sus soldados, ni fiarse de ellos<sup>376</sup>. El príncipe no debe cesar, pues, jamás, de pensar en el ejercicio de las armas, y en los tiempos de paz, debe darse a ellas todavía más que en los de guerra. Puede hacerlo de dos modos: el uno con acciones, y el otro con pensamientos.

En cuanto a sus acciones, debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas sus tropas, sino también ir con frecuencia a caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo a la fatiga, y por otra, aprende a conocer la calidad de los sitios, el declive de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, la naturaleza de los ríos, la de las lagunas. Es un estudio en el que debe poner la mayor atención<sup>377</sup>.

Estos conocimientos le son útiles de dos modos. En primer lugar, dándole a conocer bien su país le ponen en proporción de defenderle mejor; y, además, cuando él ha conocido y frecuentado bien los sitios, comprende fácilmente, por analogía, lo que debe ser otro país que él no tiene a la vista, y en el que no tenga operaciones militares que combinar. Las colinas, valles, llanuras, ríos y lagunas que hay en la Toscana, tienen con los de los otros países una cierta semejanza que hace que, por medio del conocimiento de una provincia, se pueden conocer fácilmente las otras<sup>378</sup>.

El príncipe que carece de esta ciencia práctica no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán, porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar un territorio con acierto<sup>379</sup>. Entre las alabanzas que los escritores dieron a Filopémenes, rey de los acayos, es la de no haber

pensado nunca, aun en tiempo de paz, más que en los diversos modos de hacer la guerra<sup>380</sup>. Cuando él se paseaba con sus amigos por el campo, se paraba con frecuencia, y discurría con ellos sobre este objeto, diciendo: «Si los enemigos estuvieran en aquella colina inmediata, y nos halláramos aquí con nuestro ejército, ¿cuál de ellos o nosotros tendría la superioridad? ¿Cómo se podría ir seguramente contra ellos, observando las reglas de la táctica? ¿Cómo convendría darles el alcance, si se retiraran?»<sup>381</sup>. Les proponía, andando, todos los casos en que puede hallarse un ejército, oía sus pareceres, decía el suyo y lo corroboraba con buenas razones; de modo que teniendo continuamente ocupado su ánimo en lo que concierne al arte de la guerra, nunca conduciendo sus ejércitos, habría sido sorprendido por un accidente para el que él no hubiera preparado el conducente remedio<sup>382</sup>.

El príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias<sup>383</sup>; y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente cómo se condujeron ellos en las guerras, examinar las causas de sus victorias, a fin de conseguirlas él mismo; y las de sus pérdidas, a fin de no experimentarlas. Debe, sobre todo, como hicieron ellos, escogerse, entre los antiguos héroes cuya gloria se celebró más, un modelo cuyas acciones y proezas estén presentes siempre en su ánimo<sup>384</sup>. Así como Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César seguía a Alejandro, y Scipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Xenofonte, reconocerá después en la de Scipión, cuánta gloria le resultó a éste de haberse propuesto a Ciro por modelo y cuán semejante se hizo a él, por otra parte, con su continencia, afabilidad, humanidad y liberalidad, según lo que Xenofonte nos refirió de su vida<sup>385</sup>.

Estas son las reglas que un príncipe sabio debe observar. Tan lejos de permanecer ocioso en tiempo de paz, fórmese entonces un copioso caudal de recursos que puedan serle de provecho en la adversidad, a fin de que si la fortuna se le vuelve contraria, le halle dispuesto a resistirse a ella.

## Capítulo XV

### De las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados

Nos resta ahora ver cómo debe conducirse un príncipe con sus gobernados y amigos. Muchos escribieron ya sobre esta materia; y al tratarla yo mismo después de ellos, no incurriré en el cargo de presunción, supuesto que no hablaré más que con arreglo a lo que sobre esto dijeron ellos<sup>386</sup>. Siendo mi fin escribir una cosa útil para quien la comprende, he tenido por más conducente seguir la verdad real de la materia<sup>387</sup> que los desvaríos de la imaginación en lo relativo a ella<sup>388</sup>; porque muchos imaginaron repúblicas y principados que no se vieron ni existieron nunca<sup>389</sup>. Hay tanta distancia entre saber cómo viven los hombres y saber cómo deberían vivir ellos, que el que, para gobernarlos, abandona el estudio de lo que se hace, para estudiar lo que sería más conveniente hacerse aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella; supuesto que un príncipe que en todo quiere hacer profesión de ser bueno, cuando en el hecho está rodeado *de gentes que no lo son*<sup>390</sup>, no puede menos de caminar hacia su ruina. Es, pues, necesario que un príncipe que desea mantenerse, aprenda a poder no ser bueno, y a servirse o no servirse de esta facultad, según que las circunstancias lo exijan<sup>391</sup>.

Dejando, pues, a un lado las cosas imaginarias de las que son verdaderas, digo que cuantos hombres hacen hablar de sí, y especialmente los príncipes, porque están colocados en mayor altura que los demás, se distinguen con alguna de aquellas prendas patentes, de las que más atraen la censura y otras la alabanza. El uno es mirado como liberal, el otro como *miserable* en lo que me sirve de una expresión toscana en vez de emplear la palabra *avaro*; porque en nuestra lengua un avaro es también el que tira a enriquecerse con rapiñas, y llamamos *miserable* a aquel únicamente que se abstiene de hacer uso de lo que él posee. Y para continuar mi enumeración añado: éste pasa por dar con gusto, aquel por ser rapaz; el uno se reputa como cruel, el otro tiene la fama de ser compasivo; éste pasa por carecer de fe, aquél por ser fiel en sus promesas; el uno por afeminado y pusilánime, el otro por valeroso y feroz; tal por humano, cuál por soberbio; uno por lascivo, otro por casto; éste por franco, aquél por artificioso; el uno por duro, el otro por dulce y flexible; éste por grave, aquél por ligero; uno por religioso, otro por incrédulo, etc.<sup>392</sup>.

No habría cosa más loable que un príncipe que estuviera dotado de cuantas buenas prendas<sup>393</sup> he entremezclado con las malas que les son opuestas; cada uno convendrá en ello, lo sé. Pero como uno no puede tenerlas todas, y ni aun ponerlas perfectamente en práctica, porque la condición humana no lo permite, es necesario que el príncipe sea bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su principado; y aun para preservarse, si lo puede, de los que no se lo harían perder<sup>394</sup>. Si, no obstante esto, no se abstuviera de los últimos, estaría obligado a menos reserva abandonándose a ellos<sup>395</sup>. Pero no tema incurrir en la infamia ajena a ciertos vicios si no puede fácilmente sin ellos conservar su Estado; porque si se pesa bien todo, hay una cierta cosa que parecerá ser una virtud, por ejemplo, la bondad, clemencia, y que si la observas, formará tu ruina, mientras que otra cierta cosa que parecerá un vicio formará tu seguridad y bienestar si la practicas.

## Capítulo XVI

### De la liberalidad y miseria (avaricia)

Comenzando por la primera de estas prendas, diré cuán útil sería el ser liberal; sin embargo, la liberalidad que te impidiera que te temieran, te sería perjudicial. Si la ejerces prudentemente como ella debe serlo, de modo que no lo sepan<sup>396</sup>, no incurrirás por esto en la infamia del vicio contrario. Pero como el que quiere conservarse entre los hombres la reputación de ser liberal no puede abstenerse de parecer suntuoso, sucederá siempre que un príncipe que quiere tener la gloria de ello consumirá todas sus riquezas en prodigalidades; y al cabo, si quiere continuar pasando por liberal, estará obligado a gravar extraordinariamente a sus gobernados, a ser extremadamente fiscal y hacer cuanto es imaginable para tener dinero. Pues bien, esta conducta comenzará a hacerle odioso a sus gobernados<sup>397</sup>; y empobreciéndose así más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de tal modo, que después de haber perjudicado a muchas personas para ejercer esta prodigalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de éstas sentirá vivamente la primera necesidad<sup>398</sup>, y peligrará al menor riesgo<sup>399</sup>. Si reconociendo entonces su falta, quiere mudar de conducta, se atraerá repentinamente la infamia ajena a la avaricia<sup>400</sup>.

No pudiendo, pues, un príncipe, sin que de ello le resulte perjuicio, ejercer la virtud de la liberalidad de un modo notorio, debe, si es prudente, no inquietarse de ser notado de avaricia, porque con el tiempo le tendrán más y más por liberal, cuando vean que por medio de su

parsimonia le bastan sus rentas para defenderse de cualquiera que le declaró la guerra y para hacer empresas sin gravar a sus pueblos<sup>401</sup>; por este medio ejerce la liberalidad con todos aquellos a quienes no toma nada, y cuyo número es infinito mientras que no es avaro más que con aquellos hombres a quienes no da, y cuyo número es poco crecido<sup>402</sup>.

¿No hemos visto en estos tiempos que solamente los que pasaban por avaros hicieron grandes cosas y que los pródigos quedaron vencidos? El Papa Julio II, después de haberse servido de la reputación de hombre liberal para llegar al pontificado<sup>403</sup>, no pensó ya después en conservar este renombre cuando quiso habilitarse para pelear contra el rey de Francia. Sostuvo muchas guerras sin imponer un tributo extraordinario, y su larga parsimonia le suministró cuanto era necesario para los gastos superfluos<sup>404</sup>. El actual rey de España (Fernando, rey de Castilla y Aragón), si hubiera sido liberal, no hubiera hecho tan famosas empresas, ni vencido en tantas ocasiones<sup>405</sup>.

Así, pues, un príncipe que no quiere verse obligado a despojar a sus gobernados y quiere tener siempre con qué defenderse, no ser pobre y miserable, ni verse precisado a ser rapaz, debe temer poco el incurrir en la fama de avaro, supuesto que la avaricia es uno de aquellos vicios que aseguran su reinado<sup>406</sup>. Si alguno me objetara que César consiguió el imperio con su liberalidad<sup>407</sup>, y que otros muchos llegaron a puestos elevadísimos porque pasaban por liberales, respondería yo: o estás en camino de adquirir un principado, o te lo has adquirido ya; en el primer caso, es menester que pases por liberal<sup>408</sup>, y en el segundo, te será pernicioso la liberalidad. César era uno de los que querían conseguir el principado de Roma; pero si hubiera vivido él algún tiempo después de haberlo logrado, y no moderado sus dispendios, hubiera destruido su imperio.

¿Me replicarán que hubo muchos príncipes que, con sus ejércitos, hicieron grandes cosas y, sin embargo, tenían la fama de ser muy liberales?<sup>409</sup> Responderé: o el príncipe en sus larguezas expende sus propios bienes y los de sus súbditos o expende el bien ajeno. En el primer caso debe ser económico; y en el segundo, no debe omitir ninguna especie de liberalidad<sup>410</sup>. El príncipe que con sus ejércitos va a llenarse de botín, saqueos, carnicerías, y disponer de los caudales de los vencidos, está obligado a ser pródigo con sus soldados, porque, sin esto, no le seguirían ellos<sup>411</sup>. Puedes mostrarte entonces ampliamente generoso, supuesto que das lo que no es tuyo ni de tus soldados, como lo hicieron Ciro, César, Alejandro<sup>412</sup>; y este dispendio que en semejante ocasión haces con el bien de los otros, tan lejos de perjudicar a tu reputación, le añade una más sobresaliente<sup>413</sup>. La única cosa que pueda perjudicarte, es gastar el tuyo.

No hay nada que se agote tanto de sí mismo como la liberalidad; mientras que la ejerces, pierdes la facultad de ejercerla, y te vuelves pobre y despreciable<sup>414</sup>; o bien, cuando quieres evitar volvértelo, te haces rapaz y odioso<sup>415</sup>. Ahora bien, uno de los inconvenientes de que un príncipe debe preservarse, es el de ser menospreciado y aborrecido. Conduciendo a uno y otro la liberalidad, concluyo de ello que hay más sabiduría en no temer la reputación de avaro que no produce más que una infamia sin odio, que verse, por la gana de tener fama de liberal, en la necesidad de incurrir en la nota de rapaz, cuya infamia va acompañada siempre del odio público<sup>416</sup>.

## Capítulo XVII

### De la severidad y clemencia, y si vale más ser amado que temido

Descendiendo después a las otras prendas de que he hecho mención, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por clemente y no por cruel. Sin embargo, debo advertir que él debe temer el hacer mal uso de su clemencia<sup>417</sup>. César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, sin embargo, había reparado los males de la Romaña, extinguido sus divisiones, restablecido en ella la paz, y hechósela fiel<sup>418</sup>. Si profundizamos bien su conducta, veremos que él fue mucho más clemente que lo fue el pueblo florentino, cuando para evitar la reputación de crueldad dejó destruir Pistoia.

Un príncipe no debe temer, pues, la infamia ajena a la crueldad, cuando necesita de ella para tener unidos a sus gobernados, e impedirles faltar a la fe que le deben<sup>419</sup>; porque con poquísimos ejemplos de severidad serás mucho más clemente que los príncipes que, con demasiada clemencia, dejan engendrarse desórdenes acompañados de asesinatos y rapiñas, visto que estos asesinatos y rapiñas tienen la costumbre de ofender la universalidad de los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanen del príncipe no ofenden más que a un particular<sup>420</sup>.

Por lo demás, le es imposible a un príncipe nuevo el evitar la reputación de cruel<sup>421</sup> a causa de que los Estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio disculpa la inhumanidad del reinado de Dido con el motivo de que su Estado pertenecía a esta especie<sup>422</sup>; porque hace decir por esta Reina:

*Res dura et regni novitus me talia cogunt*

*Moliri, et late fines custode tueri.*

[«la dura situación y la novedad del reino me obligan a actuar de esta manera, y a asegurar las fronteras con guardia en todos lados», Virgilio, *Eneida*, I, 563-64]

Un semejante príncipe no debe, sin embargo, creer ligeramente el mal de que se le advierte; y no obrar, en su consecuencia, más que con gravedad, sin atemorizarse nunca él mismo<sup>423</sup>. Su obligación es proceder moderadamente, con prudencia y aun con humanidad, sin que mucha confianza le haga impróvido, y que mucha desconfianza le convierta en un hombre insufrible<sup>424</sup>.

Se presenta aquí la cuestión de saber si vale más ser temido que amado<sup>425</sup>. Se responde que sería menester ser uno y otro juntamente; pero como es difícil serlo a un mismo tiempo, el partido más seguro es ser temido primero que amado, cuando se está en la necesidad de carecer de uno u otro de ambos beneficios<sup>426</sup>.

Puede decirse, hablando generalmente, que los hombres son ingratos, volubles, disimulados, que huyen de los peligros y son ansiosos de ganancias<sup>427</sup>. Mientras que les haces bien y que no necesitas de ellos, como lo he dicho, te son adictos, te ofrecen su caudal, vida e hijos<sup>428</sup>, pero se rebelan cuando llega esta necesidad. El príncipe que se ha fundado enteramente sobre la palabra de ellos<sup>429</sup> se halla destituido, entonces, de los demás apoyos preparatorios, y decae; porque las amistades que se adquieren, no con la nobleza y grandeza de alma<sup>430</sup>, sino con el dinero, no pueden servir de provecho ninguno en los tiempos

peligrosos, por más bien merecidas que ellas estén; los hombres temen menos el ofender al que se hace amar que al que se hace temer<sup>431</sup>, porque el amor no se retiene por el solo vínculo de la gratitud, que en atención a la perversidad humana, toda ocasión de interés personal llega a romper; en vez de que el temor del príncipe se mantiene siempre con el del castigo, que no abandona nunca a los hombres<sup>432</sup>.

Sin embargo, el príncipe que se hace temer debe obrar de modo que si no se hace amar al mismo tiempo, evite el ser aborrecido<sup>433</sup>, porque uno puede muy bien ser temido sin ser odioso; y él lo experimentará siempre, si se abstiene de tomar la hacienda de sus gobernados y soldados, como también de robar sus mujeres o abusar de ellas<sup>434</sup>.

Cuando le sea indispensable derramar la sangre de alguno, no deberá hacerlo nunca sin que para ello haya una conducente justificación y un patente delito<sup>435</sup>. Pero debe entonces, ante todas cosas, no apoderarse de los bienes de la víctima<sup>436</sup>; porque los hombres olvidan más pronto la muerte de un padre que la pérdida de su patrimonio<sup>437</sup>. Si fuera inclinado a robar el bien ajeno, no le faltarían jamás ocasiones para ello: el que comienza viviendo de rapiñas, halla siempre pretextos para apoderarse de las propiedades ajenas<sup>438</sup>, en vez de que las ocasiones de derramar la sangre de sus gobernados son más raras y le faltan con la mayor frecuencia<sup>439</sup>.

Cuando el príncipe está con sus ejércitos y tiene que gobernar una infinidad de soldados, debe de toda necesidad no inquietarse de pasar por cruel, porque sin esta reputación no puede tener un ejército unido, ni dispuesto a emprender cosa ninguna<sup>440</sup>. Entre las acciones admirables de Aníbal se cuenta que teniendo un numerosísimo ejército compuesto de hombres de países infinitamente diversos, y yendo a pelear en una tierra extraña<sup>441</sup>, su conducta fue tal que en el seno de este ejército, tanto en la mala como en la buena fortuna, no hubo nunca ni siquiera una sola disensión entre ellos, ni ninguna sublevación contra su jefe<sup>442</sup>. Esto no pudo provenir más que de su desapiadada inhumanidad, que unida a las demás infinitas prendas suyas, le hizo siempre tan respetable como terrible a los ojos de sus soldados. Sin cuya crueldad no hubieran bastado las otras prendas suyas para obtener este efecto<sup>443</sup>. Son poco reflexivos los escritores que se admiran, por una parte, de sus proezas; y que vituperan, por otra, la causa principal de ellas<sup>444</sup>. Para convencerse de esta verdad, que las demás virtudes suyas no le hubieran bastado, no hay necesidad más que del ejemplo de Scipión, hombre muy extraordinario, no solamente en su tiempo, sino también en cuantas épocas nos recuerda sobresalientes memorias de la Historia<sup>445</sup>. Sus ejércitos se rebelaron contra él en España, únicamente por un efecto de su mucha clemencia, que dejaba a sus soldados más licencia que la disciplina militar podía permitirlo<sup>446</sup>. Le reconvino de esta extremada clemencia, en Senado pleno, Fabio, quien, por esto mismo, le trató de corruptor de la milicia romana. Destruídos los Locrios por un teniente de Scipión, no había sido vengado, y ni aun él había castigado la insolencia de este lugarteniente. Todo esto provenía de su natural blando y flexible, en tanto grado que el que quiso disculparle por ello en el Senado dijo que había muchos hombres que sabían mejor no hacer faltas que corregir las de los demás<sup>447</sup>. Si él hubiera conservado el mando, con un semejante genio, hubiera alterado a la larga su reputación y gloria; pero como vivió después bajo la dirección del Senado desapareció esta perniciosa prenda, y aun la memoria que de ella se hacía, fue causa de convertirla en gloria suya<sup>448</sup>.

Volviendo, pues, a la cuestión de ser temido y amado, concluyo que, amando los hombres a su voluntad y temiendo a la del príncipe, debe éste, si es cuerdo, fundarse en lo que depende de él<sup>449</sup> y no en lo que depende de los otros, haciendo solamente de modo que evite ser aborrecido como ahora mismo acabo de decir<sup>450</sup>.

## Capítulo XVIII

### De qué modo los príncipes deben guardar la fe dada

¡Cuán digno de alabanzas es un príncipe cuando él mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y no usa de astucia en su conducta!<sup>451</sup>. Todos<sup>452</sup> comprenden esta verdad; sin embargo, la experiencia de nuestros días nos muestra que haciendo varios príncipes poco caso de la buena fe, y sabiendo con la astucia, volver a su voluntad el espíritu de los hombres<sup>453</sup>, obraron grandes cosas<sup>454</sup> y acabaron triunfando de los que tenían por base de su conducta la lealtad<sup>455</sup>.

Es menester, pues, que sepáis que hay dos modos de defenderse: el uno con las leyes y el otro con la fuerza. El primero es el que conviene a los hombres; el segundo pertenece esencialmente a los animales; pero, como a menudo no basta, es preciso recurrir al segundo<sup>456</sup>. Le es, pues, indispensable a un príncipe, el saber hacer buen uso de uno y otro enteramente juntos. Esto es lo que con palabras encubiertas enseñaron los antiguos autores a los príncipes, cuando escribieron que muchos de la antigüedad, y particularmente Aquiles, fueron confiados, en su niñez, al centauro Chirón, para que los criara y educara bajo su disciplina<sup>457</sup>. Esta alegoría no significa otra cosa sino que ellos tuvieron por preceptor a un maestro que era mitad bestia y mitad hombre; es decir, que un príncipe tiene necesidad de saber usar a un mismo tiempo de una y otra naturaleza, y que la una no podría durar si no la acompañara la otra.

Desde que un príncipe está en la precisión de saber obrar competentemente según la naturaleza de los brutos, los que él debe imitar son la zorra y el león enteramente juntos. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la zorra sola no es más suficiente, porque ella no puede librarse de los lobos<sup>458</sup>. Es necesario, pues, ser zorra para conocer los lazos, y león para espantar a los lobos; pero los que no toman por modelo más que el león, no entienden sus intereses<sup>459</sup>.

Cuando un príncipe dotado de prudencia ve que su fidelidad en las promesas se convierte en perjuicio suyo y que las ocasiones que le determinaron a hacerlas no existen ya, no puede y aun no debe guardarlas, a no ser que él consienta en perderse<sup>460</sup>.

Obsérvese bien que si todos los hombres fueran buenos este precepto sería malísimo<sup>461</sup>, pero como ellos son malos y que no observarían su fe con respecto a ti si se presentara la ocasión de ello, no estás obligado ya a guardarles la tuya, cuando te es como forzado a ello<sup>462</sup>. Nunca le faltan motivos legítimos a un príncipe para cohonestar esta inobservancia<sup>463</sup>; está autorizada en algún modo, por otra parte, con una infinidad de ejemplos; y podríamos mostrar que se concluyó un sinnúmero de felices tratados de paz y se anularon infinitos empeños funestos por la sola infidelidad de los príncipes a su palabra<sup>464</sup>. El que mejor supo obrar como zorra tuvo mejor acierto.

Pero es necesario saber bien encubrir este artificioso natural y tener habilidad para fingir y disimular<sup>465</sup>. Los hombres son tan simples, y se sujetan en tanto grado a la necesidad, que el que engaña con arte halla siempre gentes que se dejan engañar<sup>466</sup>. No quiero pasar en silencio un ejemplo enteramente reciente. El Papa Alejandro VI no hizo nunca otra cosa más que engañar a los otros; pensaba incesantemente en los medios de inducirlos a error; y halló

siempre la ocasión de poderlo hacer<sup>467</sup>. No hubo nunca ninguno que conociera mejor el arte de las protestaciones persuasivas, que afirmara una cosa con juramentos más respetables y que al mismo tiempo observara menos lo que había prometido. Sin embargo, por más conocido que él estaba por un trapacero, sus engaños le salían bien, siempre a medida de sus deseos, porque sabía dirigir perfectamente a sus gentes con esta estratagema<sup>468</sup>.

No es necesario que un príncipe posea todas las virtudes de que hemos hecho mención anteriormente; pero conviene que él aparente poseerlas. Aun me atreveré a decir que si él las posee realmente, y las observa siempre, le son perniciosas a veces; en vez de que aun cuando no las poseyera efectivamente, si aparenta poseerlas, le son provechosas<sup>469</sup>. Puedes parecer manso, fiel, humano, religioso, leal, y aun serlo<sup>470</sup>; pero es menester retener tu alma en tanto acuerdo con tu espíritu, que, en caso necesario, sepas variar de un modo contrario.

Un príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiere mantenerse, debe comprender bien que no le es posible observar en todo lo que hace mirar como virtuosos a los hombres; supuesto que a menudo, para conservar el orden en un Estado, está en la precisión de obrar contra su fe, contra las virtudes de humanidad, caridad, y aun contra su religión<sup>471</sup>. Su espíritu debe estar dispuesto a volverse según que los vientos y variaciones de la fortuna lo exijan de él; y, como lo he dicho más arriba, a no apartarse del bien mientras lo puede<sup>472</sup>, sino a saber entrar en el mal, cuando hay necesidad. Debe tener sumo cuidado en ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca lleven impreso el sello de las cinco virtudes mencionadas; y para que, tanto viéndole como oyéndole, le crean enteramente lleno de bondad, buena fe, integridad, humanidad y religión<sup>473</sup>. Entre estas prendas no hay ninguna más necesaria que la última<sup>474</sup>. Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos; y si pertenece a todos el ver, no está más que a un cierto número el tocar. Cada uno ve lo que parece ser; pero pocos comprenden lo que eres realmente<sup>475</sup>; y este corto número no se atreve a contradecir la opinión del vulgo, que tiene, por apoyo de sus ilusiones, la majestad del Estado que le protege<sup>476</sup>.

En las acciones de todos los hombres, pero especialmente en las de los príncipes, contra los cuales no hay juicio que implorar, se considera simplemente el fin que ellos llevan. Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si sale con acierto, se tendrán por honrosos siempre sus medios, alabándoles en todas partes: el vulgo se deja siempre coger por las exterioridades, y seducir del acierto<sup>477</sup>. Ahora bien, no hay casi más que vulgo en el mundo; y el corto número de los espíritus penetrantes que en él se encuentra no dice lo que vislumbra, hasta que el sinnúmero de los que no lo son no sabe ya a qué atenerse<sup>478</sup>.

Hay un príncipe en nuestra era que no predica nunca más que paz, ni habla más que de la buena fe, y que, al observar él una y otra, se hubiera visto quitar más de una vez sus dominios y estimación. Pero creo que no conviene nombrarle.

## Capítulo XIX

### El príncipe debe evitar ser despreciado y aborrecido

Habiendo hecho mención, desde luego, de cuantas prendas deben adornar a un príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, a

lo menos brevemente y de un modo general, diciendo que el príncipe debe evitar lo que puede hacerle odioso y despreciable<sup>479</sup>. Cada vez que él lo evite habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro ninguno en cualquiera otra censura en que pueda incurrir<sup>480</sup>.

Lo que más que ninguna cosa le haría odioso sería, como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados, robar sus mujeres; y debe abstenerse de ello<sup>481</sup>. Siempre que no se quitan a la generalidad de los hombres su propiedad ni honor viven ellos como si estuvieran contentos; y no hay que preservarse ya más que de la ambición de un corto número de sujetos. ¿Pero los reprime uno con facilidad y de muchos modos?<sup>482</sup>

Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime, irresoluto. Ponga, pues, sumo cuidado en preservarse de una semejante reputación como de un escollo, e ingéniase para que en sus acciones se advierta grandeza, valor, gravedad y fortaleza<sup>483</sup>. Cuando él pronuncie sobre las tramas de sus gobernados debe querer que su sentencia sea irrevocable<sup>484</sup>. Últimamente, es menester que él los mantenga en una tal opinión de su genio, que ninguno de ellos tenga ni aun el pensamiento de engañarle, ni entramparle<sup>485</sup>. El príncipe no hace formar semejante concepto de si es muy estimado, y se conspira difícilmente contra el que goza de una grande estimación<sup>486</sup>. Los extranjeros, por otra parte, no le atacan con gusto, con tal, sin embargo, que él sea un excelente príncipe y que le veneren sus gobernados.

Un príncipe tiene dos cosas que temer, es a saber: en lo interior de su Estado, alguna rebelión por parte de sus súbditos; y segundo, por afuera, un ataque por parte de alguna potencia vecina. Se precaverá contra este segundo temor con buenas armas y, sobre todo, con buenas alianzas, que él conseguirá siempre si él tiene buenas armas<sup>487</sup>. Pues bien, cuando las cosas exteriores están aseguradas, lo están también las interiores, a no ser que las haya turbado ya una conjuración<sup>488</sup>. Pero aun cuando se manifestara en lo exterior alguna tempestad contra el príncipe que tiene bien arregladas las cosas interiores, si ha vivido como lo he dicho, con tal que no le abandonen los suyos<sup>489</sup> sostendrá toda especie de ataque de afuera, como ha mostrado que lo hizo Nabis de Esparta.

Sin embargo, con respecto a sus gobernados, aun en el caso de no maquinarse nada por afuera contra él, podría temer que, en lo interior, se conspirase ocultamente. Pero puede estar seguro de que no acaecerá esto si evita ser despreciado y aborrecido, y si hace al pueblo contento con su gobierno; ventaja esencial que hay que lograr, como lo he dicho muy por extenso antes<sup>490</sup>.

Uno de los más poderosos preservativos que el príncipe pueda tener contra las conjuraciones es, pues, el de no ser aborrecido ni menospreciado por la universidad de sus gobernados; porque el conspirador no se alienta más que con la esperanza de contentar al pueblo haciendo perecer al príncipe<sup>491</sup>. Pero cuando él tiene motivos para creer que ofendería con ello al pueblo, la amplitud necesaria de valor para consumir su atentado le falta, visto que son infinitas las dificultades que se presentan a los conjurados<sup>492</sup>. La experiencia nos enseña que hubo muchas conjuraciones, y que pocas tuvieron buen éxito; porque no pudiendo ser solo el que conspira, no puede asociarse más que a los que cree descontentos<sup>493</sup>. Pero, por esto mismo que él ha descubierto su designio a uno de ellos<sup>494</sup>, le ha dado materia para contentarse por sí mismo, supuesto que revelando al príncipe la trama que se le ha confiado, puede esperar éste todas especies de ventajas. Viendo, por una parte, segura la ganancia<sup>495</sup>, y por otra no hallándola más que dudosa y llena de peligros<sup>496</sup>, sería menester que él fuera, para el

que le ha iniciado en la conspiración, un amigo como se ven pocos, o bien un enemigo enteramente irreconciliable del príncipe, si tuviera la palabra que dio.

Para reducir la cuestión a pocos términos, digo que del lado del conspirador no hay más que miedo, celos y sospecha de una pena que le atemoriza; mientras que del lado del príncipe hay, para protegerle, la majestad de su soberanía, las leyes, la defensa de los amigos y del Estado<sup>497</sup>; de modo que si a todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es imposible que ninguno sea bastante temerario para conspirar<sup>498</sup>. Si todo conspirador, antes de la ejecución de su trama, está poseído comúnmente del temor de salir mal, lo está mucho más en este caso: porque debe temer también, aun cuando él triunfara, el tener por enemigo al pueblo<sup>499</sup>, porque no le quedaría refugio ninguno entonces.

Podríamos citar sobre este particular una infinidad de ejemplos<sup>500</sup>; pero me ciño a uno solo, cuya memoria nos transmitieron nuestros padres. Siendo príncipe de Bolonia mosén Aníbal Bentivoglio, abuelo de don Aníbal de hoy día, fue asesinado por los Cannuchis (*e*), a continuación de una conjuración; y estando todavía en mantillas su hijo único, mosén Juan, no podía vengarle; pero el pueblo se sublevó inmediatamente contra los asesinos y los mató atrocemente. Fue un efecto natural de la benevolencia popular que la familia de Bentivoglio se había ganado por aquellos tiempos en Bolonia. Esta benevolencia fue tan grande que, no teniendo ya la ciudad a persona ninguna de esta casa que, a la muerte de Aníbal, pudiera regir el Estado, y habiendo sabido los ciudadanos que existía en Florencia un descendiente de la misma familia que no era mirado allí más que como un hijo de un trabajador, fueron en busca suya y le confirieron el gobierno de su ciudad, que él gobernó efectivamente hasta que mosén Juan hubo estado en edad de gobernar por sí mismo<sup>501</sup>.

Concluyo de todo ello que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones cuando le tiene buena voluntad el pueblo<sup>502</sup>; pero cuando éste le es contrario y le aborrece, tiene motivos de temer en cualquiera ocasión y por parte de cada individuo<sup>503</sup>.

Los Estados bien ordenados y los príncipes sabios cuidaron siempre de no descontentar a los grandes hasta el grado de reducirlos a la desesperación<sup>504</sup>, como también de tener contento al pueblo<sup>505</sup>. Es una de las cosas más importantes que el príncipe debe tener en su mira. Uno de los reinos bien ordenados y gobernados de nuestros tiempos, es el de Francia. Se halla allí una infinidad de buenos estatutos, a los que van unidas la libertad del pueblo y la seguridad del rey. El primero es el Parlamento y la amplitud de su autoridad<sup>506</sup>. Conociendo el fundador del actual orden de este reino, la ambición e insolencia de los grandes, y juzgando que era preciso ponerles un freno que pudiera contenerlos; sabiendo, por otra parte, cuánto los aborrecía el pueblo a causa del miedo que les tenía, y deseando, sin embargo, sosegarlos, no quiso que este doble cuidado quedase a cargo particular del rey. A fin de quitarle esta carga que él podía repartir con los grandes, y de favorecer al mismo tiempo a los grandes y pueblo, se estableció por juez un tercero que, sin que el monarca sufriese, vino a reprimir a los grandes y favorecer al pueblo<sup>507</sup>. No podía imaginarse disposición ninguna más prudente, ni un mejor medio de seguridad para el rey y reino. Deduciremos de ello esta notable consecuencia: que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, reservándose a sí mismos las de gracia<sup>508</sup>; y concluyo de nuevo que un príncipe debe estimar a los grandes, pero no hacerse aborrecer del pueblo.

Creerán muchos, quizá, considerando la vida y muerte de diversos emperadores romanos, que hay ejemplos contrarios a esta opinión, supuesto que hubo un cierto emperador que perdió el imperio o fue asesinado por los suyos conjurados contra él, aunque se había

conducido perfectamente, y mostrado magnanimidad. Proponiéndome responder a semejantes objeciones, examinaré las prendas de estos emperadores, mostrando que la causa de su ruina no se diferencia de aquella misma contra la que he querido preservar a mi príncipe; y haré tomar en consideración ciertas cosas que no deben omitirse por los que leen las historias de aquellos tiempos<sup>509</sup>.

Me bastará tomar a los emperadores que se sucedieron en el Imperio desde Marco el Filósofo hasta Maximino, es decir, Marco Aurelio, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano Séptimo Severo, Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximino.

Nótese primeramente que en principados de otra especie que la de ellos, no hay que luchar apenas más que contra la ambición de los grandes e insolencia de los pueblos; pero que los emperadores romanos tenían, además, un tercer obstáculo que superar; es, a saber, la crueldad y avaricia de los soldados. Lo cual era tan dificultoso<sup>510</sup> que muchos se desgraciaron en ello. No es fácil, efectivamente, el contentar al mismo tiempo a los soldados y pueblo, porque los pueblos son enemigos del descanso, y lo son por esto mismo los príncipes cuya ambición es moderada<sup>511</sup>, mientras que los soldados quieren un príncipe que tenga el espíritu marcial, y que sea insolente, cruel y rapaz. La voluntad de los del Imperio era que el suyo ejerciera estas funestas disposiciones sobre los pueblos, para tener una paga doble, y dar rienda suelta a su codicia y avaricia<sup>512</sup>; de lo cual resultaba que los emperadores que no eran reputados como capaces de imponer respeto a los soldados y pueblo<sup>513</sup> quedaban vencidos siempre. Los más de ellos, especialmente los que habían subido a la soberanía como príncipes nuevos, conocieron la dificultad de conciliar estas dos cosas, y abrazaban el partido de contentar a los soldados<sup>514</sup>, sin temer mucho el ofender al pueblo; y casi no les era posible obrar de otro modo<sup>515</sup>. No pudiendo los príncipes evitar el ser aborrecidos de algunos<sup>516</sup>, deben, es verdad, esforzarse ante todas cosas a no serlo del número mayor; pero cuando no pueden conseguir este fin, deben ingeniarse para evitar, con toda especie de expedientes, el odio de su clase que es más poderosa<sup>517</sup>.

Así, pues, aquellos emperadores que con el motivo de ser príncipes nuevos necesitaban de extraordinarios favores se apegaron con mucho más gusto a los soldados que al pueblo; y esto se convertía en beneficio o daño del príncipe, según que él sabía mantenerse con una grande reputación en el concepto de los soldados<sup>518</sup>. Tales fueron las causas que hicieron que Pertinax y Alejandro, aunque eran de una moderada conducta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y buenos<sup>519</sup>, así como Marco (Aurelio), cuyo fin fue feliz, tuvieron, sin embargo, uno muy desdichado<sup>520</sup>. Únicamente Marco vivió y murió muy venerado, porque había sucedido al emperador por derecho hereditario, y no estaba en la necesidad de portarse como si él lo debiera a los soldados o pueblo<sup>521</sup>. Estando dotado, por otra parte, de muchas virtudes que le hacían respetable, contuvo hasta su muerte al pueblo y soldados dentro de unos justos límites, y no fue aborrecido ni despreciado jamás<sup>522</sup>.

Pero creado Pertinax para emperador contra la voluntad de los soldados que, en el imperio de Cómodo, se habían habituado a la vida licenciosa, y habiendo querido reducirlos a una decente vida que se les hacía insoportable<sup>523</sup>, engendró en ellos odio contra su persona<sup>524</sup>. A este odio se unió el menosprecio de la misma a causa de que él era viejo<sup>525</sup> y fue asesinado Pertinax en los principios de su reinado. Este ejemplo nos pone en el caso de observar que uno se hace aborrecer tanto con las buenas como con las malas acciones; y por esto, como lo he dicho más arriba, el príncipe que quiere conservar sus dominios, está precisado con frecuencia a no ser bueno<sup>526</sup>. Si aquella mayoría de hombres, cualquiera que ella sea, de soldados, de pueblo o grandes, de la que piensas necesitar para mantenerte, está corrompida,

debes seguir su humor y contentarla<sup>527</sup>. Las buenas acciones que hicieras entonces se volverían contra ti mismo<sup>528</sup>.

Pero volvamos a Alejandro (Severo), que era de una tan agradable bondad que, entre las demás alabanzas que de él hicieron, se halla la de no haber hecho morir a ninguno sin juicio en el espacio de catorce años que reinó. Estuvo expuesto a una conjuración del ejército, y pereció a sus golpes, porque, habiéndose hecho mirar como un hombre de genio débil<sup>529</sup>, y teniendo la fama de dejarse gobernar por su madre<sup>530</sup>, se había hecho despreciable con esto.

Poniendo en oposición con las buenas prendas de estos príncipes el genio y conducta de Cómodo, Séptimo Severo, Caracalla y Maximino, los hallaremos muy crueles y rapaces. Para contentar ellos a los soldados, no perdonaron especie ninguna de injuria al pueblo; y todos, menos Severo, acabaron desgraciadamente. Pero éste tenía tanto valor que, conservando con él la inclinación de los soldados, pudo, aunque oprimiendo a sus pueblos, reinar dichosamente<sup>531</sup>. Sus prendas le hacían tan admirable en el concepto de los unos y los otros, que los primeros permanecían asombrados en cierto modo hasta el grado de pasmo<sup>532</sup>, y los segundos respetuosos y contentos<sup>533</sup>.

Pero como las acciones de Séptimo tuvieron tanta grandeza cuanto podían tener ellas en un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente cómo supo diestramente hacer de zorra y león, lo cual le es necesario a un príncipe, como ya lo he dicho<sup>534</sup>. Habiendo conocido Severo la cobardía de Didier Juliano, que acababa de hacerse proclamar emperador, persuadió al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia que él haría bien en marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por la guardia imperial o pretoriana<sup>535</sup>. Evitando con este pretexto mostrar que él aspiraba al Imperio, arrastró a su ejército contra Roma, y llegó a Italia aun antes que se tuviera conocimiento de su partida<sup>536</sup>. Habiendo entrado en Roma, forzó al Senado, atemorizado a nombrarle por emperador<sup>537</sup>, y fue muerto Didier Juliano<sup>538</sup>, al que habían conferido esta dignidad. Después de este primer principio, le quedaban a Severo dos dificultades por vencer para ser señor de todo el Imperio: la una en Asia, en que Niger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador; y la otra en la Gran Bretaña, por parte de Albino, que aspiraba también al Imperio<sup>539</sup>. Teniendo por peligroso el declararse al mismo tiempo como enemigo de uno y otro, tomó la resolución de engañar al segundo mientras atacaba al primero<sup>540</sup>. En su consecuencia, escribió a Albino para decirle que, habiendo sido elegido emperador por el Senado, quería dividir con él esta dignidad; y aun le envió el título de César, después de haber hecho declarar por el Senado que Severo se asociaba a Albino por colega<sup>541</sup>. Éste tuvo por sinceros todos estos actos y les dio su adhesión. Pero luego que Severo hubo vencido y muerto a Niger, y habiendo vuelto a Roma, se quejó de Albino en Senado pleno, diciendo que aquel colega, poco reconocido a los beneficios que había recibido de él, había tirado a asesinarle por medio de la traición, y que por esto se veía precisado a ir a castigar su ingratitud. Partió, pues, vino a Francia al encuentro suyo y le quitó el Imperio con la vida<sup>542</sup>.

Cualquiera que examine atentamente sus acciones hallará que era, a un mismo tiempo, un león ferocísimo<sup>543</sup> y una zorra muy astuta. Se vio temido y respetado de todos, sin ser aborrecido de los soldados; y no se extrañará de que por más príncipe nuevo que él era hubiera podido conservar un tan vasto imperio; porque su grandísima reputación<sup>544</sup> le preservó siempre de aquel odio que los pueblos podían cogerle a causa de sus rapiñas.

Pero su hijo mismo Antonino fue también un hombre excelente en el arte de la guerra. Poseía bellísimas prendas que le hacían admirar de los pueblos y querer de los soldados.

Como era guerrero que sobrellevaba hasta el último grado toda especie de fatigas, despreciaba todo alimento delicado y desechaba las demás satisfacciones de la molicie le amaban los ejércitos<sup>545</sup>. Pero como a puras matanzas, en muchas ocasiones particulares había hecho perecer un gran parte del pueblo de Roma y todo el de Alejandría, su ferocidad y crueldad sobrepujaban a cuanto se había visto en esta horrenda especie, le hicieron extremadamente odioso a todos<sup>546</sup>. Comenzó haciéndose temer de aquellos mismos que le rodeaban, tan bien, que le asesinó un centurión en medio mismo de su ejército.

Es preciso notar con este motivo que unas semejantes muertes, cuyo golpe parte de un ánimo deliberado y tenaz, no pueden evitarse por los príncipes; porque cualquiera que hace poco caso de morir tiene siempre la posibilidad de matarlos. Pero el príncipe debe temer menos el acabar de este modo, porque estos atentados son rarísimos<sup>547</sup>. Debe únicamente cuidar de no ofender gravemente a ninguno de los que él emplea<sup>548</sup>, y especialmente de los que tiene a su lado en el servicio de su principado, como lo hizo el emperador Antonino Caracalla. Este príncipe dejaba la custodia de su persona a un centurión a cuyo hermano había mandado él dar muerte ignominiosa, y que hacía diariamente la amenaza de vengarse. Temerario hasta este punto<sup>549</sup>, Antonino no podía menos de ser asesinado, y lo fue.

Vengamos ahora a Cómodo<sup>550</sup>, al que le era tan fácil conservar el Imperio, supuesto que le había logrado por herencia como hijo de Marco. Bastábale seguir las huellas de su padre para contentar al pueblo y soldados. Pero siendo de un genio brutal y cruel, y queriendo estar en proporción de ejercer su rapacidad sobre los pueblos, prefirió favorecer a los ejércitos, y los echó en la licencia. Por otra parte, no sosteniendo su dignidad porque se humillaba frecuentemente hasta ir a luchar en los teatros con los gladiadores, y a hacer otras muchas acciones vilísimas y poco dignas de la majestad imperial, se hizo despreciable aun en el concepto de las tropas. Como estaba menospreciado por una parte y aborrecido por otra, se conjuraron contra él y fue asesinado<sup>551</sup>.

Maximino, cuyas prendas nos queda que exponer, fue un hombre muy belicoso. Elevado al Imperio por algunos ejércitos disgustados de aquella molicie de Alejandro que llevamos mencionada ya, no lo poseyó por mucho tiempo, porque le hacían despreciable y odioso dos cosas<sup>552</sup>. La una era su bajo origen<sup>553</sup>, pues había guardado los rebaños en la Tracia, lo cual era muy conocido, y le atraía el desprecio de todos. La otra era la reputación de hombre cruelísimo, que, durante las dilaciones de que usó, después de su elección al Imperio, para trasladarse a Roma y tomar allí posesión del trono imperial, sus prefectos le habían formado con las crueldades que según sus órdenes ejercían ellos en esta ciudad y otros lugares del Imperio<sup>554</sup>. Estando todos, por una parte, indignados de la bajeza de su origen, y animados, por otra, con el odio que el temor de su ferocidad engendraba, resultó de ello que el África se sublevó, desde luego, contra él, y que en seguida el Senado con el pueblo de Roma y la Italia entera conspiraron contra su persona. Su propio ejército, que estaba acampado bajo los muros de Aquilea, y experimentaba suma dificultad para tomar esta ciudad, juró igualmente su ruina<sup>555</sup>. Fatigado por su crueldad, y no temiéndola ya tanto desde que él le veía con tantos enemigos, le mató atrozmente.

Me desdeño de hablar de Heliogábalo, Macrino y Juliano, que hallándose menospreciados en un todo, perecieron casi luego que hubieron sido elegidos; y vuelvo en seguida a la conclusión de este discurso, diciendo que los príncipes de nuestra era experimentan menos, en su gobierno, esta dificultad de contentar a los soldados por medios extraordinarios<sup>556</sup>. A pesar de los miramientos que los soberanos están precisados a guardar con ellos, se allana bien pronto esta dificultad, porque ninguno de nuestros príncipes tiene

cuerpo ninguno de ejército que, por medio de una dilatada mansión en las provincias se haya amalgamado en algún modo con la autoridad que los gobierna, y administraciones suyas<sup>557</sup>, como lo habían hecho los ejércitos del Imperio romano. Si, convenía entonces necesariamente contentar a los soldados más que al pueblo, era porque los soldados podían más que el pueblo. Ahora es más necesario para todos nuestros príncipes, excepto, sin embargo, para el Turco y el Soldán, el contentar al pueblo que a los soldados, a causa de que hoy día los pueblos pueden más que los soldados<sup>558</sup>. Exceptúo al Turco, porque tiene siempre alrededor de sí doce mil infantes y quince mil caballos de que dependen la seguridad y fuerza de su reinado<sup>559</sup>. Es menester, por cierto absolutamente, que este soberano, que no hace caso ninguno del pueblo, mantenga sus guardias en la inclinación de su persona<sup>560</sup>. Sucede lo mismo con el reinado del Soldán, que está todo entero en poder de los soldados; conviene también que él conserve su amistad, supuesto que no guarda miramientos con el pueblo<sup>561</sup>.

Debe notarse que este estado del Soldán es diferente de todos los demás principados, y que se asemeja al del Pontificado cristiano, que no puede llamarse principado hereditario, ni nuevo<sup>562</sup>. No se hacen herederos de la soberanía los hijos del príncipe difunto, sino el particular al que eligen hombres que tienen la facultad de hacer esta elección<sup>563</sup>. Hallándose sancionado este orden por su antigüedad, el principado del Soldán o Papa no puede llamarse nuevo, y no presenta a uno ni otro ninguna de aquellas dificultades que existen en las nuevas soberanías. Aunque es allí nuevo el príncipe, las constituciones de semejante estado son antiguas, y combinadas de modo que le reciban en él como si fuera poseedor suyo por derecho hereditario<sup>564</sup>.

Volviendo a mi materia, digo que cualquiera que reflexione sobre lo que dejo expuesto, verá que el odio o menosprecio fueron la causa de la ruina de los emperadores que he mencionado. Sabrá también por qué habiendo obrado de un modo una parte de ellos, y de un modo contrario otra, solo uno, siguiendo esta o aquella vía, tuvo un dichoso fin, mientras que los demás no hallaron allí más que un desastrado fin. Se comprenderá porque Pertinax y Alejandro quisieron imitar a Marco, no solamente en balde, sino también con perjuicio suyo, en atención a que él último reinaba por derecho hereditario y que los dos primeros no eran más que príncipes nuevos<sup>565</sup>. Aquella pretensión que Caracalla, Cómodo y Maximino tuvieron de imitar a Severo, les fue igualmente adversa, porque no estaban adornados del suficiente valor para seguir en todo sus huellas.

Así, pues, un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede sin peligro imitar las acciones de Marco, y no le es indispensable imitar las de Severo<sup>566</sup>. Debe tomar de éste cuantos procederes le son necesarios para fundar bien su Estado, y de Marco lo que hubo, en su conducta, de conveniente y glorioso para conservar un Estado ya fundado y asegurado<sup>567</sup>.

## Capítulo XX

### **Si las fortalezas y otras muchas cosas que los príncipes hacen con frecuencia son útiles o perniciosas**

Algunos príncipes, para conservar seguramente sus Estados, creyeron deber desarmar a sus vasallos, y otros varios engendraron divisiones en los países que les estaban sometidos. Hay unos que en ellos mantuvieron enemistades contra sí mismos, y otros se dedicaron a ganarse a los hombres que les eran sospechosos en el principio de su reinado. Finalmente,

algunos construyeron fortalezas en sus dominios, y otros demolieron y arrasaron las que ya existían<sup>568</sup>.

Aunque no es posible dar una regla fija sobre todas estas cosas, a no ser que se llegue a contemplar en particular alguno de los estados en que hubiera de tomarse una determinación de esta especie, sin embargo hablaré de ello del modo extenso y general que la materia misma permita<sup>569</sup>.

No hubo nunca príncipe nuevo ninguno que desarmara a sus gobernados; y mucho más: cuando los halló desarmados los armó siempre él mismo<sup>570</sup>. Si obras así, las armas de tus gobernados se convierten en las tuyas propias; los que eran sospechosos se vuelven fieles; los que eran fieles se mantienen en su fidelidad; y los que no eran más que sumisos se transforman en partidarios de tu reinado.

Pero como no puedes armar a todos tus súbditos, aquellos a quienes armas reciben realmente un favor de ti, y puedes obrar, entonces, más seguramente con respecto a los otros<sup>571</sup>. Esta distinción de la que se reconocen deudores a ti, los primeros te los apega, y los otros te disculpan, juzgando que es menester ciertamente que aquéllos tengan más mérito que ellos mismos, supuesto que los expones a más peligros y que no les haces contraer más obligaciones.

Cuando desarmas a todos los gobernados empiezas ofendiéndolos, supuesto que manifiestas que desconfías de ellos, sospechándolos capaces de cobardía o poca fidelidad<sup>572</sup>. Una u otra de ambas opiniones que te supongan ellos con respecto a sí mismos, engendra el odio contra ti en sus almas. Como no puedes permanecer desarmado, estás obligado a valerte de la tropa mercenaria cuyos inconvenientes he dado a conocer<sup>573</sup>. Pero aun cuando fuera buena la que tomaras, no puede serlo bastante para defenderte al mismo tiempo de los enemigos poderosos que tuvieras por de fuera, y de aquellos gobernados que te causan sobresaltos en lo interior<sup>574</sup>. Por esto, como lo he dicho, todo príncipe nuevo en su soberanía nueva, se formó siempre una tropa suya<sup>575</sup>. Nuestras historias presentan innumerables ejemplos de ello.

Pero cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo en cuya posesión estaba ya, y este nuevo Estado se hace un miembro de su antiguo principado, es menester, entonces, que le desarme semejante príncipe, no dejando armados en él más que a los hombres que, en el acto suyo de adquisición, se declararon abiertamente por partidarios suyos<sup>576</sup>. Pero aun con respecto a aquellos mismos, debes, con el tiempo, y aprovechándote de las ocasiones propicias, debilitar su belicoso genio y hacerlos afeminados<sup>577</sup>. En una palabra, es menester que te pongas de modo que todas las armas de tu Estado permanezcan en poder de los soldados que te pertenecen a ti solo, y que viven, mucho tiempo hace, en tu antiguo Estado al lado de tu persona<sup>578</sup>.

Nuestros mayores (Florentinos), y principalmente los que se alaban como sabios, tenían costumbre de decir que sí; para conservar Pisa, era necesario tener en ella fortalezas, convenía, para tener Pistoya fomentar allí algunas facciones. Y por esto, en algunos distritos de su dominación, mantenían ciertas contiendas que les hacían efectivamente más fácil la posesión suya. Esto podía convenir en un tiempo en que había un cierto equilibrio en Italia; pero no parece que este método pueda ser bueno hoy día, porque no creo que las divisiones en una ciudad proporcionen jamás bien ninguno<sup>579</sup>. Aun es imposible que a la llegada de un enemigo las ciudades así divididas no se pierdan al punto; porque de los dos partidos que ellas

encierran, el más débil se mira siempre con las fuerzas que ataquen, y el otro con ello no bastará ya para resistir.

Determinados, en mi entender, los venecianos por las mismas consideraciones que nuestros antepasados mantenían en las ciudades de su dominación las facciones de los güelfos y gibelinos, aunque no los dejaban propagarse en sus pendencias hasta el grado de la efusión de sangre, alimentaban, sin embargo, entre ellas su espíritu de oposición, a fin de que ocupados en sus contiendas los que eran partidarios de una u otra no se sublevaran contra ellos<sup>580</sup>. Pero se vio que esta estratagema no se convirtió en beneficio suyo, cuando hubieron sido derrotados en Vailla, porque una parte de estas facciones tomó aliento entonces y les quitó sus dominios de tierra firme.

Semejantes medios dan a conocer que el príncipe tiene alguna debilidad<sup>581</sup>; porque nunca en un principado vigoroso se tomará uno la libertad de mantener tales divisiones. Son provechosas en tiempo de paz únicamente, porque se puede dirigir entonces, por su medio, más fácilmente a los súbditos<sup>582</sup>; pero si la guerra sobreviene, este expediente mismo muestra su debilidad y peligros.

Es incontestable que los príncipes son grandes cuando superan a las dificultades y resistencias que se les oponen<sup>583</sup>. Pues bien, la fortuna, cuando ella quiere elevar a un príncipe nuevo, que tiene mucha más necesidad que un príncipe hereditario de adquirir fama, le suscita enemigos y le inclina a varias empresas contra ellos a fin de que él tenga ocasión de triunfar, y con la escala que se le trae en cierto modo por ellos<sup>584</sup> suba más arriba. Por esto piensan muchas gentes que un príncipe sabio debe, siempre que le es posible, proporcionarse con arte algún enemigo a fin de que atacándole y reprimiéndole resulte un aumento de grandeza para el mismo<sup>585</sup>.

Los príncipes, y especialmente los que son nuevos, hallaron después en aquellos hombres que, en el principio de su reinado les eran sospechosos, más fidelidad y provecho que en aquellos en quienes al empezar ponían toda su confianza<sup>586</sup>. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, se servía en el gobierno de su Estado mucho más de los que le habían sido sospechosos que de los que no lo habían sido nunca.

Pero no puede darse sobre este particular una regla general, porque los casos no son siempre unos mismos<sup>587</sup>. Me limitaré, pues, a decir que si aquellos hombres que, en el principio de un principado eran enemigos del príncipe, no son capaces de mantenerse en su oposición sin necesitar de apoyos, podrá ganarlos el príncipe fácilmente<sup>588</sup>.

Estarán después tanto más precisados a servirle con fidelidad cuanto conocerán cuán necesario les es borrar con sus acciones la siniestra opinión que tenía formada de ellos el príncipe<sup>589</sup>. Así, pues, sacará siempre más utilidad de estas gentes que de aquellos sujetos que, sirviéndole con mucha tranquilidad de sí mismos<sup>590</sup>, no pueden menos de descuidar los intereses del príncipe.

Supuesto que lo exige la materia, no quiero omitir el recordar al príncipe que adquirió nuevamente un estado con el favor de algunos ciudadanos, que él debe considerar muy bien el motivo que los inclinó a favorecerle. Si ellos lo hicieron, no por un afecto natural a su persona, sino únicamente a causa de que no estaban contentos con el gobierno que tenían, no podrá conservarlos por amigos semejante príncipe más que con sumo trabajo y dificultades, porque es imposible que pueda contentarlos<sup>591</sup>. Discurriendo sobre esto con arreglo a los

ejemplos antiguos y modernos, se verá que es más fácil ganar la amistad de los hombres que se contentaban con el anterior gobierno, aunque no gustaban de él<sup>592</sup>, que de aquellos hombres que no estando contentos<sup>593</sup> se volvieron, por este único motivo, amigos del nuevo príncipe, y ayudaron a apoderarse del Estado<sup>594</sup>.

Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo, tuvieron la costumbre de construir fortalezas que sirviesen de rienda y freno a cualquiera que concibiera designios contra ellos<sup>595</sup> y de seguro refugio a sí mismos en el primer asalto de una rebelión<sup>596</sup>. Alabo esta precaución supuesto que la practicaron nuestros mayores. Sin embargo, en nuestro tiempo, se vio a mosén Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castela para conservarla. Habiendo vuelto Guy Ubaldo, duque de Urbino, a su Estado, del que le había echado César Borgia, arruinó hasta los cimientos todas las fortalezas de esta provincia, que sin ellas conservaría más fácilmente aquel Estado, y que había más dificultad para quitársele otra vez<sup>597</sup>. Habiendo vuelto a entrar en Bolonia los Bentivoglio, procedieron del mismo modo.

Las fortalezas son útiles o inútiles, según los tiempos, y si ellas te proporcionan algún beneficio bajo un aspecto te perjudican bajo otro. Puede reducirse la cuestión a estos términos: el príncipe que tiene más miedo de sus pueblos que de los extranjeros debe hacerse fortalezas<sup>598</sup>; pero el que teme más a los extranjeros que a sus pueblos debe pasarse sin esta defensa. El castillo que Francisco Sforza se hizo en Milán, atrajo y atraerá más guerras a la familia de los Sforza que cualquiera otro desorden posible en este Estado. La mejor fortaleza que puede tenerse es no ser aborrecido de sus pueblos<sup>599</sup>. Aun cuando tuvieras fortaleza, si el pueblo te aborrece no podrás salvarte en ellas<sup>600</sup>; porque si él toma las armas contra ti no le faltarán extranjeros que vengan a su socorro<sup>601</sup>.

No vemos que, en nuestro tiempo, las fortalezas se hayan convertido en provecho de ningún príncipe, sino es de la condesa de Forli después de la muerte de su esposo, el conde Gerónimo. Le sirvió su ciudadela para evitar acertadamente el primer choque del pueblo, para esperar con seguridad algunos socorros de Milán y recuperar su Estado<sup>602</sup>. Entonces no permitían las circunstancias que los extranjeros vinieran al socorro del pueblo<sup>603</sup>. Pero en lo sucesivo, cuando César Borgia fue a atacar a esta condesa y que su pueblo, al que ella tenía por enemigo, se reunió con el extranjero contra sí misma, le fueron casi inútiles sus fortalezas<sup>604</sup>. Entonces, y anteriormente, le hubiera valido más a la condesa el no estar aborrecida del pueblo, que el tenerlas<sup>605</sup>. Bien consideradas todas estas cosas, alabaré tanto al que haga fortalezas como al que no las haga, pero censuraré al que fiándose mucho en ellas tenga por causa de poca monta el odio de sus pueblos<sup>606</sup>.

## Capítulo XXI

### Cómo debe conducirse un príncipe para adquirir alguna consideración

Ninguna cosa le granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas<sup>607</sup>. De ello nos presenta nuestra era un admirable ejemplo en Fernando V, rey de Aragón, y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo<sup>608</sup>, porque de rey débil que él era llegó a ser, por su fama y gloria, el primer rey de la cristiandad<sup>609</sup>. Pues bien, si consideramos sus acciones las hallaremos todas sumamente grandes, y aun algunas nos parecerán extraordinarias<sup>610</sup>. Al comenzar a reinar

asaltó el reino de Granada<sup>611</sup>, y esta empresa sirvió de fundamento a su grandeza. La había comenzado, desde luego, sin pelear ni miedo de hallar estorbo en ello, en cuanto su primer cuidado había sido tener ocupado en esta guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndoles pensar incesantemente en ella, los distraía de discurrir en maquinar innovaciones durante este tiempo; y de este modo adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio y se proporcionaba una suma estimación<sup>612</sup>. Pudo, en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, mantener ejércitos y formarse, por medio de esta larga guerra, una buena tropa, que acabó atrayéndole mucha gloria<sup>613</sup>. Además, alegando siempre el pretexto de la religión para poder ejecutar mayores empresas, recurrió al expediente de una crueldad devota; y echó a los moros de su reino, que con ello quedó libre de su presencia<sup>614</sup>. No puede decirse cosa ninguna más cruel, y juntamente más extraordinaria, que lo que él ejecutó en esta ocasión. Bajo esta misma capa de religión se dirigió después de esto contra el África, emprendió su conquista de Italia y acaba de atacar recientemente a la Francia. Concertó siempre grandes cosas que llenaron de admiración a sus pueblos y tuvieron preocupados sus ánimos con las resultas que ellas podían tener<sup>615</sup>. Aun hizo engendrarse sus empresas en tanto grado más por otras<sup>616</sup>, que ellas no dieron jamás a sus gobernados lugar para respirar ni poder urdir ninguna trama contra él<sup>617</sup>.

Es también un expediente muy provechoso para un príncipe el imaginar cosas singulares en el gobierno interior de su Estado<sup>618</sup>, como las que se cuentan de mosén Barnabó Visconti de Milán. Cuando sucede que una persona hizo, en el orden civil, una acción nada común, tanto en bien como en mal, es menester hallar, para premiarla<sup>619</sup> o castigarla<sup>620</sup>, un modo notable que al público dé amplia materia de hablar. En una palabra<sup>621</sup>: el príncipe debe, ante todas cosas, ingeniarse para que cada una de sus operaciones se dirija a proporcionarle la fama de grande hombre, y de príncipe de un superior ingenio.

Se da a estimar, también, cuán es resueltamente amigo o enemigo de los príncipes; es decir, cuando sin timidez se declaran en favor del uno contra el otro<sup>622</sup>. Esta resolución es siempre más útil que la de quedar neutral<sup>623</sup>, porque cuando dos potencias de tu vecindad se declaran entre sí la guerra, o son tales que si la una llega a vencer, tengas fundamento para temerla después o bien ninguna de ellas es propia para infundirte semejante temor<sup>624</sup>. Pues bien, en uno y otro caso, te será siempre más útil el declararle y hacer tú mismo una guerra franca<sup>625</sup>. En el primero, si no te declaras serás siempre el despojo del que haya triunfado<sup>626</sup>, y el vencido experimentará gusto y contento con ello<sup>627</sup>. No tendrás, entonces, a ninguno que se compadezca de ti, ni que venga a socorrerte, y ni aun que te dé un asilo. El que ha vencido no quiere a sospechosos amigos que no le auxilién en la adversidad. No te acogerá el que es vencido, supuesto que no quisiste tomar las armas para correr las contingencias de su fortuna<sup>628</sup>.

Habiendo pasado Antíoco a Grecia, en donde le llamaban los etolios para echar de allí a los romanos, envió un embajador a los acayos para inducirlos a permanecer neutrales, mientras que les rogaba a los romanos que se armasen en favor suyo. Esto fue materia de una deliberación en los consejos de los acayos. En él insistía el enviado de Antíoco en que se resolviesen a la neutralidad; pero el diputado de los romanos, que se hallaba presente, le refutó por el tenor siguiente: «Se dice que el partido más sabio para vosotros y más útil para vuestro Estado es que no toméis parte ninguna en la guerra que hacemos; os engañan<sup>629</sup>. No podéis tomar resolución ninguna más opuesta a vuestros intereses; porque si no tomáis parte ninguna en nuestra guerra, privados vosotros, entonces, de toda consideración e indignos de toda gracia, serviréis de premio infaliblemente al vencedor».

Nota bien que el que te pide la neutralidad no es jamás amigo tuyo, y que, por el contrario, lo es el que solicita que te declares en favor suyo y tomes las armas en defensa de su causa. Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento, atrasan con la mayor frecuencia la vía de la neutralidad; pero también con la mayor frecuencia caminan hacia su ruina<sup>630</sup>. Cuando se declara el príncipe generosamente en favor de una de las potencias contendientes, si aquella a la que se une triunfa, y aun cuando él quedara a su discreción, y que ella tuviera una gran fuerza, no tendrá que temerla, porque le es deudora de algunos favores y le habrá cogido amor. Los hombres no son nunca bastante desvergonzados para dar ejemplo de la enorme ingratitud que habría en oprimirte en semejante caso<sup>631</sup>. Por otra parte, las victorias no son jamás tan prósperas que dispensen al vencedor de tener algún miramiento contigo, y particularmente algún respeto a la justicia<sup>632</sup>. Si, por el contrario, aquel con quien te unes es vencido, serás bien visto de él. Siempre que tenga la posibilidad de ello irá a tu socorro, y será el compañero de tu fortuna que puede mejorarse en algún día<sup>633</sup>.

En el segundo caso, es decir, cuando las potencias que luchan una contra otra, son tales que no tengas que temer nada de la que triunfe, cualquiera que sea, hay tanta más prudencia en unirse a una de ellas, cuanto por este medio concurre a la ruina de la otra, con la ayuda de aquella misma, que, si ella fuera prudente, debería salvarla<sup>634</sup>. Es imposible que con tu socorro ella no triunfe, y su victoria entonces no puede menos de ponerla a tu discreción<sup>635</sup>.

Es necesario notar aquí que un príncipe, cuando quiere atacar a otros, debe cuidar siempre de no asociarse con un príncipe más poderoso que él, a no ser que la necesidad le obligue a ello, como lo he dicho más arriba<sup>636</sup>; porque si éste triunfa, queda esclavo en algún modo<sup>637</sup>. Ahora bien, los príncipes deben evitar, cuanto les sea posible, el quedar a la disposición de los otros<sup>638</sup>. Los venecianos se ligaron con los franceses para luchar contra el duque de Milán, y esta confederación de la que ellos podían excusarse, causó su ruina<sup>639</sup>. Pero si uno no puede excusarse de semejantes ligas, como sucedió a los florentinos, cuando el Papa y la España fueron, con sus ejércitos reunidos, a atacar la Lombardía, entonces, por las razones que llevo dichas, debe unirse el príncipe con los otros.

Que ningún Estado, por lo demás, crea poder nunca en semejante circunstancia tomar una resolución segura<sup>640</sup>; que piense, por el contrario, en que no puede tomarla más que dudosa, porque es conforme al ordinario curso de las cosas que no trate uno de evitar nunca un inconveniente sin caer en otro<sup>641</sup>. La prudencia consiste en saber conocer su respectiva calidad y tomar por bueno el partido menos malo.

Un príncipe debe manifestarse también amigo generoso de los talentos y honrar a todos aquellos gobernados suyos que sobresalen en cualquier arte<sup>642</sup>. En su consecuencia, debe estimular a los ciudadanos a ejercer pacíficamente su profesión, sea en el comercio, sea en la agricultura, sea en cualquier otro oficio; y hacer de modo que, por el temor de verse quitar el fruto de sus tareas, no se abstengan de enriquecer con ello su Estado, y que por el de los tributos, no sean disuadidos de abrir un nuevo comercio<sup>643</sup>. Últimamente, debe preparar algunos premios para cualquiera que quiere hacer establecimientos útiles, y para el que piensa, sea del modo que se quiera, en multiplicar los recursos de su ciudad y Estado<sup>644</sup>.

La obligación es, además, ocupar con fiestas y espectáculos a sus pueblos<sup>645</sup> en aquel tiempo del año en que conviene que los haya. Como toda ciudad está dividida, o en gremios de oficios, o en tribus<sup>646</sup>, debe tener miramiento s con estos cuerpos<sup>647</sup>, reunirse a veces con ellos y dar allí ejemplos de humanidad y munificencia, conservando, sin embargo, de un

modo inalterable, la majestad de su clase; cuidado tanto más necesario, cuanto estos actos de popularidad<sup>648</sup> no se hacen nunca sin que se humille de algún modo su dignidad<sup>649</sup>.

## Capítulo XXII

### De los secretarios (o ministros) de los príncipes

No es de poca importancia para un príncipe la buena elección de sus ministros, los cuales son buenos o malos según la prudencia de que él usó en ella<sup>650</sup>. El primer juicio que hacemos, desde luego, sobre un príncipe y sobre su espíritu, no es más que conjetura<sup>651</sup>; pero lleva siempre por fundamento legítimo la reputación de los hombres de que se rodea este príncipe. Cuando ellos son de una suficiente capacidad, y se manifiestan fieles<sup>652</sup>, podemos tenerle por prudente a él mismo, porque ha sabido conocerlos bastante bien y sabe mantenerlos fieles a su persona<sup>653</sup>.

Pero cuando son de otro modo, debemos formar sobre él un juicio poco favorable; porque ha comenzado con una falta grave tomándolos así<sup>654</sup>. No había ninguno que, viendo a mosén Antonio de Venafío hecho ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgara que Pandolfo era un hombre prudentísimo, por el solo hecho de haber tomado por ministro a Antonio<sup>655</sup>.

Pero es necesario saber que hay entre los príncipes, como entre los demás hombres, tres especies de cerebros. Los unos imaginan por sí mismos<sup>656</sup>; los segundos, poco acomodados para inventar, cogen con sagacidad lo que se les muestra por los otros<sup>657</sup>, y los terceros no conciben nada por sí mismos, ni por los discursos ajenos<sup>658</sup>. Los primeros son ingenios superiores; los segundos, excelentes talentos; los terceros son como si ellos no existieran<sup>659</sup>. Si Pandolfo no era de la primera especie, era menester, pues, necesariamente que él perteneciera a la segunda. Por esto, sólo que un príncipe, aun sin poseer el ingenio inventivo, está dotado de suficiente juicio para discernir lo bueno y malo que otro hace y dice<sup>660</sup>, conoce las buenas y malas operaciones de su ministro, sabe echar de ver las primeras, corregir las segundas, y no pudiendo su ministro concebir esperanzas de engañarle, se mantiene íntegro, prudente y fiel.

Pero ¿cómo conoce un príncipe si su ministro es bueno o malo? He aquí un medio que no induce jamás a error. Cuando ves a tu ministro pensar más en sí que en ti, y que en todas sus acciones inquiere su provecho personal, puedes estar persuadido de que este hombre no te servirá nunca bien<sup>661</sup>. No podrás estar jamás seguro de él, porque falta a la primera de las máximas morales de su condición. Esta máxima es que el que maneja los negocios de un Estado no debe nunca pensar en sí mismo, sino en el príncipe<sup>662</sup>, ni recordarle jamás cosa ninguna<sup>663</sup> que no se refiera a los intereses de su principado.

Pero también, por otra parte, el príncipe, a fin de conservar a un buen ministro y sus buenas y generosas disposiciones, debe pensar en él, rodearle de honores, enriquecerle y atraérsele por el reconocimiento con las dignidades y cargos que él le confiera.

Los grados honoríficos y riquezas que él le acuerda colman los deseos de su ambición<sup>664</sup>, y los importantes cargos de que éste se halla provisto, le hacen temer que el príncipe sea mudado de su lugar, porque conoce bien que no puede mantenerse más que con él<sup>665</sup>. Así,

pues, cuando el príncipe y el ministro están formados y se conducen de este modo, pueden fiarse el uno en el otro<sup>666</sup>; pero si no lo están, acaban siempre mal uno u otro<sup>667</sup>.

## Capítulo XXIII

### Cuándo debe huirse de los aduladores

No quiero pasar en silencio un punto importante, que consiste en una falta de la que se preservan los príncipes difícilmente cuando no son muy prudentes o carecen de un tacto fino y juicioso. Esta falta es más bien la de los aduladores, de que están llenas las cortes<sup>668</sup>; pero se complacen tanto los príncipes en lo que ellos mismos hacen, y en ello se engañan con una tan natural propensión, que únicamente con dificultad pueden preservarse contra el contagio de la adulación. Aun, con frecuencia, cuando quieren librarse de ella, corren peligro de caer en el menosprecio<sup>669</sup>.

No hay otro medio para preservarte del peligro de la adulación más que hacer comprender a los sujetos que te rodean que ellos no te ofenden cuando te dicen la verdad<sup>670</sup>. Pero si cada uno puede decírtela<sup>671</sup>, no te faltarán al respeto. Para evitar este peligro, un príncipe dotado de prudencia debe seguir un curso medio, escogiendo en su Estado a algunos sujetos sabios, a los cuales sólo acuerde la libertad de decirle la verdad, únicamente sobre la cosa con cuyo motivo él los pregunte, y sobre ninguna otra<sup>672</sup>; pero debe hacerles preguntas sobre todas<sup>673</sup>, oír sus opiniones, deliberar después por sí mismo y obrar, últimamente, como lo tenga por conducente<sup>674</sup>. Es necesario que su conducta con sus consejeros reunidos, y con cada uno de ellos en particular, sea tal que cada uno conozca que, cuanto más libremente se le hable, tanto más se le agradará. Pero, excepto éstos, debe negarse a oír los consejos de cualquiera otro, hacer en seguida lo que ha resuelto en sí mismo, y manifestarse tenaz en sus determinaciones<sup>675</sup>. Si el príncipe obra de diferente modo, la diversidad de pareceres obligará a variar frecuentemente<sup>676</sup>, de lo cual resultará que harán muy corto aprecio de él. Quiero presentar, sobre este particular, un ejemplo moderno. El cura Luc, dependiente de Maximiliano, actual emperador, dijo, hablando de él, «que S. M. no tomaba consejo de ninguno, y que, sin embargo, no hacía nunca nada a su gusto»<sup>677</sup>. Esto proviene de que Maximiliano sigue un rumbo contrario al que he indicado. El emperador es un hombre misterioso que no comunica sus designios a ninguno, ni toma jamás parecer de nadie; pero cuando se pone a ejecutarlos, y se empieza a vislumbrarlos y descubrirlos, los sujetos que le rodean se ponen a contradecirlos<sup>678</sup> y desiste fácilmente de ellos<sup>679</sup>. De esto dimana que las cosas que él hace un día, las deshace el siguiente; que no se prevé nunca lo que quiere hacer, ni lo que proyecta, y que no es posible contar con sus determinaciones<sup>680</sup>.

Si un príncipe debe hacerse dar consejos sobre todos los negocios, no debe recibirlos más que cuando éste les agrada a sus consejeros<sup>681</sup>. Aun debe quitar a cualquiera la gana de aconsejarle sobre cosa ninguna, a no ser que él solicite serlo<sup>682</sup>. Pero debe frecuentemente, y sobre todos los negocios, pedir consejo, oír en seguida con paciencia la verdad sobre las preguntas que ha hecho, aun querer que ningún motivo de respeto sirva de estorbo para decírsela, y no desazonarse nunca cuando le oye<sup>683</sup>.

Los que piensan que un príncipe que se hace estimar por su prudencia no la debe a sí mismo, sino a la sabiduría de los consejeros que le circundan, se engañan muy ciertamente<sup>684</sup>. Para juzgar de esto hay una regla general que no nos induce jamás a error: es que un príncipe

que no es prudente de sí mismo no puede aconsejarse bien, a no ser que, por casualidad, se refiera a un sujeto único que le gobernara en todo y fuera habilísimo<sup>685</sup>. En cuyo caso podría gobernarse bien el príncipe; pero esto no duraría por mucho tiempo, porque este conductor mismo le quitaría en breve tiempo su Estado.

En cuanto al príncipe que se consulta con muchos y no tiene una grande prudencia en sí mismo<sup>686</sup>, como no recibirá jamás pareceres que concuerden, no sabrá conciliarlos por sí mismo. Cada uno de sus consejeros pensará en sus propios intereses, y el príncipe no sabrá corregirlos de ello, y ni aun echarlo de ver<sup>687</sup>. No es posible apenas hallar dispuestos de otro modo los ministros: porque los hombres son siempre malos, a no ser que los precisen a ser buenos<sup>688</sup>.

Concluyamos, pues, que conviene que los buenos consejos, de cualquiera parte que vengan, dimanen de la prudencia del príncipe, y que ésta no dimane de los buenos consejos que él recibe<sup>689</sup>.

## Capítulo XXIV

### ¿Por qué muchos príncipes de Italia perdieron sus estados?<sup>690</sup>

El príncipe nuevo que siga con prudencia las reglas que acabo de exponer tendrá la consistencia de uno antiguo, y estará inmediatamente más seguro en su Estado que si lo poseyera hace un siglo<sup>691</sup>. Siendo un príncipe nuevo mucho más observado en sus acciones que otro hereditario, cuando las juzgamos grandes y magnánimas, le ganan ellas mucho mejor el afecto de sus gobernados, y se los apegan mucho más que podría hacerlo una sangre esclarecida mucho tiempo hace<sup>692</sup>; porque se ganan los hombres mucho menos con las cosas pasadas que con las presentes<sup>693</sup>. Cuando hallan su provecho en éstas, se fijan en ellas sin buscar en otra parte. Mucho más abrazan de cualquiera manera la causa de este nuevo príncipe<sup>694</sup>, con tal que, en lo restante de su conducta, no se falte a sí mismo<sup>695</sup>. Así tendrá una doble gloria: la de haber dado origen a una nueva soberanía, y la de haberla adornado y corroborado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos<sup>696</sup>; así como tendrá una doble afrenta el que, habiendo nacido príncipe, haya perdido su Estado por su poca prudencia<sup>697</sup>.

Si se consideran aquellos príncipes de Italia, que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se reconocerá, desde luego, que todos ellos cometieron la misma falta en lo concerniente a las armas, según lo que hemos explicado extensamente. Se notará después que uno de ellos tuvo por enemigos a sus pueblos<sup>698</sup>, o que el que tenía por amigo al pueblo no tuvo el arte de asegurarse de los grandes<sup>699</sup>. Sin estas faltas, no se pierden los Estados que presentan bastantes recursos para que uno pueda tener ejércitos en campaña<sup>700</sup>. Felipe de Macedonia, no el que fue padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, no tenía un Estado bien grande, con respecto al de los romanos y griegos que le atacaron juntos; sin embargo, sostuvo por muchos años la guerra contra ellos, porque era belicoso y sabía no menos contener a sus pueblos que asegurarse de los grandes<sup>701</sup>. Si al cabo perdió la soberanía de algunas ciudades, le quedó, sin embargo, su reino<sup>702</sup>.

Que aquellos príncipes nuestros que, después de haber ocupado algunos Estados por muchos años los perdieron, acusen de ello a su cobardía y no a la fortuna<sup>703</sup>. Como en tiempo de paz no habían pensado nunca que pudieran mudarse las cosas, porque es un defecto común a todos los hombres el no inquietarse de las borrascas cuando están en bonanza<sup>704</sup>, sucedió que después, cuando llegaron los tiempos adversos, no pensaron más que en huir en vez de defenderse<sup>705</sup>, esperando que fatigados sus pueblos con la insolencia del vencedor no dejarían de llamar otra vez<sup>706</sup>.

Este partido es bueno cuando faltan los otros; pero el haber abandonado los otros remedios por éste es cosa malísima, porque un príncipe no debería caer nunca por haber creído hallar después a alguno que le recibiera. Esto no sucede, o si sucede no hallarás seguridad en ello, porque esta especie de defensa es vil y no depende de ti<sup>707</sup>. Las únicas defensas que sean buenas, ciertas y durables, son las que dependen de ti mismo y de tu propio valor<sup>708</sup>.

## Capítulo XXV

### **Cuánto dominio tiene la fortuna en las cosas humanas, y de qué modo podemos resistirle cuando es contraria**

No se me oculta que muchos creyeron y creen que la fortuna, es decir, Dios, gobierna de tal modo las cosas de este mundo que los hombres con su prudencia no pueden corregir lo que ellas tienen de adverso, y aun que no hay remedio ninguno que oponerles<sup>709</sup>. Con arreglo a esto podrían juzgar que es en balde fatigarse mucho en semejantes ocasiones, y que conviene dejarse gobernar entonces por la suerte. Esta opinión no está acreditada en nuestro tiempo, a causa de las grandes mudanzas que, fuera de toda conjetura humana, se vieron y se ven cada día<sup>710</sup>. Reflexionándolo yo mismo, de cuando en cuando, me incliné en cierto modo hacia esta opinión; sin embargo, no estando anonadado nuestro libre albedrío, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones; pero también que es cierto que ella nos deja gobernar la otra, o a lo menos siempre algunas partes<sup>711</sup>. La comparo con un río fatal que, cuando se embravece<sup>712</sup>, inunda las llanuras, echa a tierra los árboles y edificios, quita el terreno de un paraje para llevarle a otro. Cada uno huye a la vista de él, todos ceden a su furia sin poder resistirle. Y, sin embargo, por más formidable que sea su naturaleza, no por ello sucede menos que los hombres, cuando están serenos los temporales, pueden tomar precauciones contra semejante río, haciendo diques y explanadas<sup>713</sup>; de modo que cuando él crece de nuevo está forzado a correr por un canal, o que a lo menos su fogosidad no sea tan licenciosa ni perjudicial<sup>714</sup>.

Sucede lo mismo con respecto a la fortuna<sup>715</sup>: no ostenta ella su dominio más que cuando encuentra un alma y virtud preparadas<sup>716</sup>; porque cuando las encuentra tales, vuelve su violencia hacia la parte en que sabe que no hay diques ni otras defensas capaces de mantenerla.

Si consideramos la Italia, que es el teatro de estas revoluciones y el receptáculo que les da impulso, veremos que es una campiña sin diques ni otra defensa ninguna. Si hubiera estado preservada con la conducente virtud<sup>717</sup>, como lo están la Alemania, España y Francia, la inundación de las tropas extranjeras que ella sufrió no hubiera ocasionado las grandes

mudanzas que experimentó<sup>718</sup>, o ni aun hubiera venido<sup>719</sup>. Baste esta reflexión para lo concerniente a la necesidad de oponerse a la fortuna en general<sup>720</sup>.

Restringiéndome más a varios casos particulares, digo que se ve a un cierto príncipe que prosperaba ayer caer hoy, sin que se le haya visto de modo ninguno mudar de genio ni propiedades<sup>721</sup>. Esto dimana, en mi creencia, de las causas que he explicado antes con harta extensión, cuando he dicho que el príncipe que no se apoya más que en la fortuna, cae según que ella varía<sup>722</sup>. Creo también que es dichoso aquel cuyo modo de proceder se halla en armonía con la calidad de las circunstancias, y que no puede menos de ser desgraciado aquel cuya conducta está en discordancia con los tiempos<sup>723</sup>. Se ve, en efecto, que los hombres, en las acciones que los conducen al fin que cada uno de ellos se propone, proceden diversamente: el uno con circunspección, el otro con impetuosidad; éste con violencia, aquél con maña; el uno con paciencia, y el otro con una contraria disposición; y cada uno, sin embargo, por estos medios diversos puede conseguirlo<sup>724</sup>. Se ve también que de dos hombres moderados el uno logra su fin y el otro no; que, por otra parte, otros dos, uno de los cuales es violento y el otro moderado, tienen igualmente acierto con dos expedientes diferentes, análogos a la diversidad de su respectivo genio. Lo cual no dimana de otra cosa más que de la calidad de los tiempos que concuerdan o no con su modo de obrar<sup>725</sup>. De ello resulta lo que he dicho; es, a saber, que obrando diversamente dos hombres, logran un mismo efecto, y que, otros dos que obran del mismo modo, el uno consigue su fin y el otro no lo logra. De esto depende también la variación de su felicidad; porque si, para el que se conduce con moderación y paciencia, los tiempos y cosas se vuelven de modo que su gobierno sea bueno, prospera él; pero si varían los tiempos y cosas, obra su ruina; porque no muda de modo de proceder. Pero no hay hombre ninguno, por más dotado de prudencia que esté, que sepa concordar bien sus proceder con los tiempos, sea porque no le es posible desviarse de la propensión a que su naturaleza le inclina<sup>726</sup>, sea también porque habiendo prosperado siempre caminando por una senda no puede persuadirse de que obrará bien en desviarse de ella<sup>727</sup>. Cuando ha llegado, para el hombre moderado, el tiempo de obrar con impetuosidad, no sabe él hacerlo<sup>728</sup>, y resulta de ello ruina. Si él mudara de naturaleza con los tiempos y cosas<sup>729</sup> no se mudaría su fortuna.

El papa Julio II procedió con impetuosidad en todas sus acciones<sup>730</sup>, y halló los tiempos y cosas tan conformes con su modo de obrar, que logró acertar siempre. Considérese la primera empresa que él hizo contra Bolonia, en vida todavía de mosén Juan Bentivoglio: la verán los venecianos con disgusto; y el rey de España, como también el de Francia, estaban deliberando todavía sobre lo que harían en esta ocurrencia, cuando Julio, con su valentía e impetuosidad, fue él mismo en persona a esta expedición<sup>731</sup>. Este paso dejó suspensos e inmóviles a la España y venecianos<sup>732</sup>; a éstos por miedo, y a aquélla por la gana de recuperar el reino de Nápoles. Por otra parte, atrajo a su partido al rey de Francia que, habiéndole visto en movimiento y deseando que él se le uniese para abatir a los venecianos<sup>733</sup>, juzgó que no podría negarle sus tropas sin hacerle una ofensa formal. Así, pues, Julio, con la impetuosidad de su paso, tuvo acierto en una empresa que otro Pontífice, con toda la prudencia humana, no hubiera podido dirigir nunca<sup>734</sup>. Si, para partir de Roma, hubiera aguardado hasta haber fijado sus determinaciones y ordenado todo lo necesario, como lo hubiera hecho cualquier otro Papa<sup>735</sup>, no hubiera tenido jamás un feliz éxito, porque el rey de Francia le hubiera alegado mil disculpas, y los otros le hubieran infundido mil nuevos temores<sup>736</sup>. Me abstengo de examinar las demás acciones suyas, las cuales todas son de esta especie, y se coronaron con el triunfo. La brevedad de su pontificado<sup>737</sup> no le dejó lugar para experimentar lo contrario, que sin duda le hubiera acaecido; porque si hubieran convenido proceder con circunspección, él

mismo hubiera formado su ruina, porque no se hubiera apartado nunca de aquella atropellada conducta a que su genio le inclinaba<sup>738</sup>.

Concluyo, pues, que, si la fortuna varía, y los príncipes permanecen obstinados en su modo natural de obrar, serán felices, a la verdad, mientras que semejante conducta vaya acorde con la fortuna; pero serán desgraciados, desde que sus habituales proceder se hallan discordantes con ella. Pesándolo todo bien, sin embargo, creo juzgar sanamente diciendo que vale más ser impetuoso que circunspecto<sup>739</sup>, porque la fortuna es mujer, y es necesario, por esto mismo, cuando queremos tenerla sumisa, zurrarla y zaherirla. Se ve, en efecto, que se deja vencer más bien de los que le tratan así, que de los que proceden tibiamente con ella. Por otra parte, como mujer, es amiga siempre de los jóvenes<sup>740</sup>, porque son menos circunspectos, más iracundos y le mandan con más atrevimiento.

## Capítulo XXVI

### Exhortación a librar la Italia de los bárbaros<sup>741</sup>

Después de haber meditado sobre cuántas cosas acaban de exponerse, me he preguntado a mí mismo si, ahora en Italia, hay circunstancias tales que un príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria, y si se halla en la misma cuanto es menester para proporcionar al que la Naturaleza hubiera dotado de un gran valor y de una prudencia nada común, la ocasión de introducir aquí una nueva forma que, honrándole a él mismo, hiciera la felicidad de todos los italianos<sup>742</sup>. La conclusión de mis reflexiones sobre esta materia es que tantas cosas me parecen concurrir en Italia al beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si habrá nunca un tiempo más proporcionado para esta empresa<sup>743</sup>.

Si, como lo he dicho, era necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto, para que el valor de Moisés tuviera la ocasión de manifestarse; que los persas se viesan oprimidos por los medos, para que conociéramos la grandeza de Ciro; que los atenienses estuviesen dispersos, para que Teseo pudiera dar a conocer su superioridad; del mismo modo, para que estuviéramos hoy día en el caso de apreciar todo el valor de un alma italiana, era menester que la Italia se hallara traída al miserable punto en que está ahora; que ella fuera más esclava que lo eran los hebreos, más sujeta que los persas, más dispersa que los atenienses. Era menester que, sin jefe ni estatutos, hubiera sido vencida, despojada, despedazada, conquistada y asolada; en una palabra, que ella hubiera padecido ruinas de todas las especies<sup>744</sup>.

Aunque en los tiempos corridos hasta este día, se haya echado de ver en éste o aquel hombre algún indicio de inspiración que podía hacerle creer destinado por Dios para la redención de la Italia<sup>745</sup>, se vio, sin embargo, después que le reprobaba en sus más sublimes acciones la fortuna, de modo que permaneciendo sin vida la Italia, aguarda todavía a un salvador que la cure de sus heridas, ponga fin a los destrozos y saqueos de la Lombardía, a los pillajes y matanzas del reino de Nápoles; a un hombre, en fin, que cure a la Italia de llagas inveteradas tanto tiempo hace<sup>746</sup>. Vémosla rogando a Dios que le envíe alguno que le redima de las crueldades y ultrajes que le hicieron los bárbaros<sup>747</sup>. Por más abatida que ella está, la vemos con disposiciones de seguir una bandera, si hay alguno que la enarbole y la despliegue; pero en los actuales tiempos no vemos en quién podría poner ella sus esperanzas, si no es en vuestra muy ilustre casa<sup>748</sup>. Vuestra familia, que su valor y fortuna elevaron a los favores de

Dios y de la Iglesia, a la que ella dio su príncipe, es la única que pueda comprender nuestra redención<sup>749</sup>. Esto no os será muy dificultoso, si tenéis presentes en el ánimo las acciones y vida de los príncipes insignes que he nombrado<sup>750</sup>. Aunque los hombres de este temple hayan sido raros y maravillosos<sup>751</sup>, no por ello fueron menos hombres<sup>752</sup>, y ninguno de ellos tuvo una tan bella ocasión como la del tiempo presente. Sus empresas no fueron más justas ni fáciles que ésta, y Dios no les fue más propicio que lo es a vuestra causa. Aquí hay una sobresaliente justicia; porque una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria, y las guerras son actos de humanidad, cuando no hay ya esperanzas más que en ellas. Aquí son grandísimas las disposiciones de los pueblos, y no puede haber mucha dificultad en ello<sup>753</sup> cuando son grandes las disposiciones, con tal que éstas abracen algunas de las instituciones de los que os he propuesto por modelos.

Prescindiendo de estos socorros, veis aquí sucesos extraordinarios y sin ejemplo, que se dirigen patentemente por Dios mismo. El mar se abrió; una nube os mostró el camino; la peña abasteció de agua; aquí ha caído del cielo el maná<sup>754</sup>; todo concurre al acrecentamiento de vuestra grandeza; lo demás debe ser obra vuestra<sup>755</sup>. Dios no quiere hacerlo todo, para privaros del uso de nuestro libre albedrío y quitarnos una parte de la gloria que de ello nos redundará<sup>756</sup>.

No es una maravilla que hasta ahora ninguno de cuantos italianos he citado, haya sido capaz de hacer lo que puede esperarse de vuestra esclarecida casa. Si en las numerosas revoluciones de la Italia, y en tantas maniobras guerreras, pareció siempre que se había extinguido la antigua virtud militar de los italianos, provenía esto de que sus instituciones no eran buenas, y que no había ninguno que supiera inventar otras nuevas<sup>757</sup>. Ninguna cosa hace tanto honor a un hombre recientemente elevado, como las nuevas leyes, las nuevas instituciones imaginadas por él<sup>758</sup>. Cuando están formadas sobre buenos fundamentos, y tienen alguna grandeza en sí mismas, le hacen digno de respeto y admiración<sup>759</sup>.

Ahora bien, no falta en Italia cosa ninguna de lo que es necesario para introducir en ella formas de toda especie<sup>760</sup>. Vemos en ella un gran valor, que aun cuando carecieran de él los jefes, quedaría muy eminente en los miembros. ¡Véase cómo en los desafíos y combates de un corto número, los italianos se muestran superiores en fuerza, destreza e ingenio!<sup>761</sup> Si ellos no se manifiestan tales en los ejércitos, la debilidad de sus jefes es la única causa de ello; porque los que la conocen no quieren obedecer, y cada uno cree conocerla. No hubo, en efecto, hasta este día, ningún sujeto que se hiciera bastante eminente por su valor y fortuna, para que los otros se sometiesen a él<sup>762</sup>. De esto nace que, durante un tan largo transcurso de tiempo, y en un tan crecido número de guerras, hechas durante los veinte últimos años, cuando se tuvo un ejército enteramente italiano<sup>763</sup> se desgració él siempre como se vio a los primeros en Faro y sucesivamente después en Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre casa quiere imitar a los varones insignes que libraron sus provincias, es menester ante todas cosas (porque esto es el fundamento real de cada empresa), proveeros de ejércitos que sean vuestros únicamente; porque no puede tener uno soldados más fieles, verdaderos ni mejores que los suyos propios. Y aunque cada uno de ellos en particular sea bueno, todos juntos serán mejores cuando se vean mandados, honrados y mantenidos por su príncipe<sup>764</sup>. Conviene, pues, proporcionarse semejantes ejércitos, a fin de poder de defenderse de los extranjeros con un valor enteramente italiano<sup>765</sup>.

Aunque las infanterías suiza y española se miran como terribles, tienen, sin embargo, una y otra un gran defecto, a causa del cual una tercera clase de tropas podría no solamente

resistirles, sino también tener la confianza de vencerlas<sup>766</sup>. Los españoles no pueden sostener los asaltos de la caballería, y los suizos deben tener miedo a la infantería, cuando ellos se encuentran con una que pelea con tanta obstinación como ellos. Por esto se vio y se verá, por experiencia, que los españoles pueden resistir contra los esfuerzos de una caballería francesa, y que una infantería española abrumba a los suizos<sup>767</sup>. Aunque no se ha hecho por entero la prueba de esta última verdad, se vio, sin embargo, algo en la batalla de Ravena, cuando la infantería española llegó a las manos con las tropas alemanas, que observaban el mismo método que los suizos, mientras que habiendo penetrado entre las picas de los alemanes, los españoles, ágiles de cuerpo y defendidos con sus brazales, se hallaban en seguridad para sacudirlos, sin que ellos tuviesen medio de defenderse. Si no los hubiera embestido la caballería, hubieran destruido ellos a todos.

Se puede, pues, después de haber reconocido el defecto de ambas infanterías, imaginar una nueva que resista a la caballería y no tenga miedo de los infantes; lo que se logrará, no de esta o aquella nación de combatientes, sino mudando el modo de combatir<sup>768</sup>. Son éstas aquellas invenciones que, tanto por su novedad como por sus beneficios, dan reputación y proporcionan grandeza a un príncipe nuevo<sup>769</sup>.

No es menester, pues, dejar pasar la ocasión del tiempo presente sin que la Italia, después de tantos años de expectación, vea por último aparecer a su redentor<sup>770</sup>.

No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas estas provincias que sufrieron tanto con la inundación de los extranjeros. ¡Con qué sed de venganza, con qué inalterable fidelidad, con qué piedad y lágrimas sería acogido y seguido! ¡Ah! ¿Qué puertas podrían cerrarsele? ¿Qué pueblos podrían negarle la obediencia? ¿Qué celos podrían manifestarse contra él? ¿Cuál sería aquel italiano que pudiera no reverenciarle como a príncipe suyo, pues tan repugnante le es a cada uno de ellos esta bárbara dominación del extranjero?<sup>771</sup> Que vuestra ilustre casa abrace el proyecto de su restauración con todo el valor y confianza que las empresas legítimas infunden; últimamente, que bajo vuestra bandera se ennoblezca nuestra patria<sup>772</sup>, y que bajo vuestros auspicios se verifique, finalmente, aquella predicción de Petrarca: *El valor tomará las armas contra el furor; y el combate no será largo, porque la antigua valentía no está extinguida todavía en el corazón de los italianos*<sup>773</sup>.